Año II ¡Proletarios de todos los países, unios! Núm. 12

COMUNISMO

Organo teórico mensual de la Izquierda Comunista de España
(Sección Española de la Oposición Comunista Internacional)

MAYO 1932

SUMARIO

Págs.

EDITORIALES: De mes a mes, por la *Redacción*..... 1
Democracia y fascismo, por *L. Trotsky*..... 8
La situación alemana y la Oposición..... 14
Stalin corrige la Historia, por *M. Mill*..... 15
Alemania en un momento decisivo, por *L. V.* 18
Primeras conclusiones sobre las elecciones francesas, por *P. Naville*..... 21
Consideraciones sobre el problema de las nacionalidades, por *Andrés Nin*..... 25
La persecución contra *El Soviet*..... 28
La bancarrota de la socialdemocracia como sector obrero, por *Henri Lacroix*..... 29
Dictadura democrática o dictadura proletaria, por *Arlen*..... 34
El problema del burocratismo en la Unión Soviética, por *L. Fersen*..... 41
Fuerzas democráticas y fuerzas socialistas en el campo, por *Marino Vela*..... 47
Las jornadas del 1 y 2 de mayo, por *Juan Andrade*..... 51
Sobre la creación de un P. C. independiente, por *Emilio Ruiz*..... 55
Revista de libros..... 59
Revistas recibidas..... 64

Ejemplar suelto: UNA peseta
(Número extraordinario)

Toda la correspondencia al Apartado 918-Madrid

COMUNISMO

Organo teórico mensual de la Izquierda Comunista de España

La correspondencia al Apartado 918 - MADRID

Precios de suscripción:

España, Portugal y América.. Un año: 8 ptas. Seis meses: 4 ptas.

Demás países..... Un año: 12 ptas. Seis meses: 6 ptas.

Los giros al administrador, F. García Lavid
Cabeza, 30. MADRID

¿QUE QUIERE LA OPOSICION COMUNISTA DE IZQUIERDA?

Para conocer su programa, leed

LAS OBRAS DE TROTSKY

«El triunfo del bolcheviesmo», 4 pesetas; «Terrorismo y comunismo», 4; «Literatura y revolución», 5; «La revolución desfigurada», 5; «Mis peripecias en España», 5; «Mi vida», 18; «El gran organizador de derrotas», 6; «¿Adónde va Inglaterra?», 5; «Cómo hicimos la revolución de octubre», 2; «Lenin», 5; «Plataforma de la Oposición», 5; «La revolución permanente», 5; «De octubre rojo a mi destierro», 5; «La revolución española y la táctica de los comunistas», 0,50; «La revolución española y sus peligros», 0,50; «El Plan Quinquenal», 0,20; «Nueva etapa», 0,60; «Historia de la revolución de octubre», 16; «Alemania, clave de la situación internacional», 0,30.

Leed los folletos de "Ediciones Comunismo".

«Estado y Comunismo», por Lenin, 0,20; «El comunismo y la revolución agraria», por García Palacios, 0,20; «Qué es el trotskismo», por Fersen, 0,20; «Qué son los Comités de fábrica», por Lacroix, 0,20; «Qué son los Soviets», por A. Nin, 0,20; «Vida campesina», por Joaquín Bou, 0,20; «La huelga general de enero y sus enseñanzas», por A. Nin, 0,20; «La unificación comunista», por Esteban Bilbao, 0,20; «Democracia burguesa y dictadura proletaria», por Lenin, 0,20.

Los pedidos a EDICIONES COMUNISMO. Apartado 918, Madrid

(3)

EDITORIALES

DE MES A MES

Con este número se cumple el primer aniversario de la aparición de nuestra REVISTA. Para conmemorar dicha fecha hemos querido hacer el esfuerzo económico que supone este número extraordinario. No tenemos por qué ocultar que cuando en el mes de mayo del pasado año publicamos el primer número de COMUNISMO, no teníamos la seguridad de que apareciera el segundo. Gracias a una modesta suscripción abierta en las columnas de nuestro colega, el órgano de la Oposición francesa, *La Verité*, pudimos emprender la tarea de la publicación del primer número. Para el segundo ya no contábamos más que con la aportación de los camaradas españoles. Con nuestros pobrísimos medios hemos podido asegurar la continuación periódica de la REVISTA durante un año, durante el cual nuestros progresos y desarrollo han sido extraordinarios. Al cumplirse el aniversario, no sólo contamos con nuestra REVISTA mensual, sino que ha comenzado a publicarse en Barcelona nuestro órgano central, el semanario *El Soviet*. En el terreno organizativo, nuestros progresos no han sido menores: de meros grupos de propagandistas en distintos y separados puntos de España, hemos pasado a ser una organización que agrupa cerca de mil quinientos afiliados. Pero la proyección de nuestra propaganda es aún mucho mayor. El hecho de que el Congreso Comunista se haya celebrado bajo el santo y seña de la lucha contra el trotskismo, indica bien claramente que la burocracia indígena teme nuestros avances y está dispuesta a emprender contra nosotros el ataque a fondo, sin reparar en procedimientos ni métodos. Para nosotros es altamente confortador, sin estridencias ni exageración alguna, poder señalar hoy los progresos realizados.

* * *

Recientemente hemos tenido una prueba bien típica de esa campaña odiosa de calumnias que el Partido oficial está dispues-

to a llevar a cabo contra la Izquierda Comunista para intentar desacreditarla ante la clase trabajadora. Hace tres semanas apareció, presentado con unas titulares sensacionales, en *La Palabra*, el órgano «simpatizante» del P. C., un suelto en que se denunciaba que Kreuger había subvencionado al diario trotskista de Suecia con 350.000 coronas. La conclusión era la siguiente: Ya lo veis, obreros: el capitalismo financiero subvenciona a los trotskistas, esos inmundos agentes de la burguesía. Y de esta manera, jugando con la ingenuidad de las masas, se fomenta el odio contra la Oposición. Hay que advertir que en dicho suelto no había ni una sola palabra de verdad. Bastará decir que, desgraciadamente, en Suecia no hay ni un solo trotskista, y, por lo tanto, menos puede publicarse en aquel país un diario de la Oposición. Los redactores de *La Palabra* saben muy bien que Kilbom, que es al que se acusa de haber recibido la subvención del rey de las cerillas, es el jefe de un Partido Comunista de derecha existente en Suecia y que cuenta con bastante fuerza. Pero para los fines de su campaña de descrédito contra la Oposición no reparan en medios. Conviene advertir también que semejante infamia es invención de los redactores de *La Palabra*, pues ni un solo periódico comunista extranjero se ha atrevido a lanzar esa calumnia. Es más: en la edición francesa de la *C. I.* se ha publicado un artículo sobre esta cuestión, y ni una sola vez se dice que Kreuger haya subvencionado a los trotskistas, sino al partido de Kilbom. Respecto a si Kilbom, efectivamente, recibió dinero de Kreuger, nada podemos decir; es cosa que seguramente podrá aclararnos Maurin, gran amigo y camarada de tendencia de Kilbom, del que en el número de hace dos semanas de *La Batalla* publicó un saludo al Bloque Obrero y Campesino, y al que la redacción tributaba grandes elogios.

* * *

Como ya anunciábamos en nuestro pasado número, los intentos del Bloque y de su jefe, Maurin, para dar una extensión nacional a su organización, han encontrado eco en ciertos elementos de Madrid, que se disponen resueltamente a secundar la organización de un Partido Comunista independiente. En una carta completamente equívoca, a la que nosotros no hemos contestado ni pensamos contestar, porque la contestación supone siempre la concesión de beligerancia, se invita a la Izquierda Comunista a formar parte de la Comisión organizadora. Nuestra posición es suficientemente clara y concreta para que nos prestemos a semejante juego. Lo mismo en España que en otros países, los partidos que se organizan con el título de independientes, al margen de la Internacional y de la Oposición, no son, en

realidad, más que los exponentes de corrientes contrarias al Comunismo, que combaten a los partidos oficiales no por la línea equivocada que siguen en la actualidad, sino por lo que de revolucionarios y comunistas tienen. Desde ahora declaramos que la cualidad de miembro de la Izquierda Comunista es completamente incompatible con la de militante del nuevo partido. En la lucha contra estas tendencias confusionistas del movimiento siempre estaremos al lado del Partido oficial. Conocemos suficientemente los tumbos y los tropezones políticos del Bloque maurinista desde su fundación para que el nuevo partido creado bajo su inspiración pueda ofrecernos la menor garantía.

* * *

Después de innumerables aplazamientos, las Cortes se deciden, por fin, a discutir el Estatuto de Cataluña y la reforma agraria. Los dos problemas democráticos más importantes de la revolución, son, como es natural, los últimos que discuten las Cortes. Como su misión es escamotearlos, procuraron, primero, ir capeando el temporal con promesas y aplazamientos. Mientras tanto, se pertrechaban debidamente para dejar ambos problemas sin solución. ¿Qué es y para qué sirve, en realidad, esa reforma agraria? Al fingir que se echaban las bases de una reforma gradual, lo que se hizo fué echar las bases de un robo gradual. La reforma agraria, donde exprimió los sesos Marcelino Domingo, será, entre las muchas que hay en España, una fuente más de turbios negocios entre propietarios, técnicos y políticos. No tiene más mérito que ése. Los asentamientos que se han de ir dando con cuentagotas a los campesinos no han de aportar ni la menor mejora a la situación del campo. Lo que se hace, so pretexto de hacer una reforma agraria, es crear un fondo más, que se lo merienden los políticos, presentes y los futuros, las generaciones presentes y las futuras, porque con los ritmos que lleva no estará terminada la reforma agraria ni en el año 2000. Se ha elaborado un proyecto de reforma agraria que nada tiene que ver con las necesidades de la clase campesina. Más bien parece responder a las paternales preocupaciones de un hombre interesado en que no le falte el pan a los distintos equipos de técnicos y ministros que hayan de sucederle.

* * *

Cosa curiosa. Uno de los problemas más importantes de España, el problema agrario, llega a las Cortes y a nadie interesa. Han conseguido las Cortes que el problema haya dejado de interesar. Después de haber descargado golpe tras golpe sobre los

campesinos que pedían la tierra, de haber tranquilizado a los propietarios—todos, en general, están muy satisfechos del proyecto de reforma—, la cuestión agraria ha perdido el interés. Los campesinos ya saben que no van a obtener nada; los propietarios saben también que nada van a perder. Después de esta labor previa, empiezan las Cortes la discusión de la llamada «reforma agraria». Los socialistas ponían la reforma agraria como una condición indispensable para su colaboración con la República. ¡Qué farsa! En cada episodio de la política republicana, sin que pueda contarse ni una excepción, ha de aparecer la huella de la política tan vilmente traidora de los socialistas. Han sabido estar a la cabeza en la represión prometiendo una reforma agraria que se haría por vías legales. La reforma agraria que ellos defendían y sin la cual no colaborarían con la República, resulta ser ese cínico mamotreto que se va a discutir en las Cortes. No son las Cortes quienes tienen que hacer la reforma agraria. La reforma agraria tienen que hacerla los campesinos, apropiándose directamente la tierra.

* * *

En cuanto al Estatuto de Cataluña, también vemos lo que de él ha quedado. Entre invocar el pacto de San Sebastián y «la soberanía de las Cortes», la cuestión catalana ha ido quedando reducida a la simple concesión de un Estatuto cada vez más menguado. La política seguida en este caso fué la misma que con la cuestión agraria: promesas, aplazamientos, mientras se tomaban posiciones para degollar el asunto. Pero la cuestión catalana ha venido a poner también de relieve la inmensidad de la capitulación de las huestes políticas pequeñoburguesas que acaudilla Maciá. A pesar de la fuerza inmensa que tenían fueron cediendo posiciones, y sucede que invariablemente a cada embate de Maura baja la testuz Lluhí-Companys. Se ha ido creando todo un tejido constitucional, el cual se opone a una solución justa de la cuestión catalana. Porque es inútil andar con paños calientes en un problema que no admite semejantes paños. La labor de las Cortes ha sido crear un edificio constitucional y afirmar la «integridad del Estado» con el único y exclusivo objeto de que Cataluña pueda determinar por sí misma sus destinos, pudiendo separarse si así lo acuerda, o situarse en condiciones de poder entrar en relaciones con el resto de España sobre una base federativa. Esta es la solución justa de la cuestión.

* * *

Nosotros, la Izquierda Comunista, nos hemos esforzado por no inventar problemas y contra la tendencia doctrinaria a darle en España a la cuestión nacional una extensión que no tiene. Aunque somos decididamente partidarios del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, siempre hemos creído indispensable que los pueblos reclamen previamente este derecho. El Partido Comunista no hace más que repetir en el vacío la fórmula del «derecho de los pueblos a disponer de sí mismos». El B. O. C., queriendo dar un paso adelante, adopta una posición ridículamente maquiavélica: es partidario del mayor fraccionamiento posible de la España actual en nombre de la lucha contra el Estado semifeudal. En nombre de este principio, el B. O. C. sostiene que los comunistas deben crear y fomentar la cuestión nacional aun allí donde no se ha manifestado. Se diría que el B. O. C., sintiéndose revolucionario, pero débil, degenera en un histerismo femenino: no sintiéndose con fuerza para derribar el Estado semifeudal, se decide a ir arrancándole jirones. Nosotros no tenemos nada que ver con este doctrinarismo grotesco. Para nosotros, la cuestión nacional está fundamentalmente planteada en Cataluña. Y del mismo modo que nos negamos a crear problemas en el aire, nos oponemos decididamente a todo lo que tienda a mermar el derecho del pueblo catalán a disponer de sí mismo y a todo truco o argucia que tienda a sacarle importancia al problema.

* * *

En nombre de un internacionalismo barato, de esa especie de esperantismo político y cultural que no tiene nada que ver con el internacionalismo, se tiende a manifestarse en contra o a sacarle importancia a la cuestión nacional. La índole de argumentos que se esgrimen son los que utiliza siempre toda reacción desesperada: si el problema no existe, si lo ha inventado una minoría de locos y exaltados, etc., etc. A esto reduce un reaccionarismo frenético uno de los problemas de mayor densidad histórica y que viene siendo el eje de la política española desde principios de siglo. El problema catalán levanta más tempestad en las Cortes que ningún otro; apasiona en pro o en contra a toda la opinión; el problema catalán fué uno de los motivos más serios en que apoyó Primo de Rivera su golpe de Estado. Y este problema es un problema artificial, por lo visto. No; no es un problema artificial ni secundario. No lo es, como vemos, en España, como tampoco lo ha sido en ninguna parte del mundo. En la política contemporánea, la cuestión de las nacionalidades viene ocupando uno de los lugares más importantes: desde muchos años la cuestión de Irlanda ha venido ocupando el primer pues-

to en la política inglesa; en la revolución austriaca, en la alemana, en la rusa, ocupa también el primer plano la cuestión nacional. No hay más que repasar en el mapa de Europa de postguerra para ver la importancia del problema. Los intentos actuales de oponerse a las reivindicaciones nacionales de Cataluña son, además de inútiles, criminales. Será precisamente esa minoría de fanáticos, los políticos de la pequeña burguesía catalana, quien seguirá claudicando. Pero el problema seguirá, no obstante, en pie, y sólo servirá para demostrar que nadie más que el proletariado revolucionario puede dar una solución radical y completa a este problema.

* * *

Después de las elecciones presidenciales alemanas y a la Dieta prusiana han seguido en Europa las elecciones legislativas francesas. Por si de las primeras nos quedaba alguna duda acerca del retroceso que hace sufrir a todos los partidos comunistas la política staliniana, las elecciones francesas han venido a ratificar dicha opinión. Es inútil buscar la explicación de las pérdidas de votantes en hechos ajenos a los propios partidos. La verdad concreta es que en este período de profunda crisis económica, cuando los proletarios debían más estrechamente unirse en torno a los partidos comunistas, se opera todo lo contrario. Hemos repetido numerosas veces que lo más alarmante de la actual crisis de la Internacional son las enormes fluctuaciones en los efectivos de las secciones. Estas fluctuaciones son el indicio más claro de que los trabajadores no siguen siempre las acciones y la política de su partido de clases. En lo que se refiere a las elecciones francesas, es profundamente significativo que los elementos derechistas disidentes del Partido oficial hayan obtenido un número igual de puestos, y que Cachin y Semard, las dos figuras más destacadas del Partido, hayan sido derrotados por dos derechistas. Claro está que esto ha sido posible también porque han encontrado un apoyo en los elementos de la pequeña burguesía; pero si el Partido hubiera contado verdaderamente con la confianza del proletariado, esta anomalía no se hubiera producido. Es evidente, cada nuevo acontecimiento lo hace más perentorio, acabar con la política staliniana, que conduce al Comunismo a la derrota.

* * *

Para los comunistas, el papel de Litvinov, el representante soviético en Ginebra, es verdaderamente extraño. No sólo la Delegación soviética ha presentado de nuevo su programa de *desarme integral*; no sólo apoyada por Alemania, Turquía, Italia y la socialdemocracia internacional ha aportado a continuación un proyecto de *reducción parcial* de los armamentos, sino que ha *votado la resolución de John Simon afirmando que la cuestión del desarme debe ser resuelta por la reducción, por la entrega al servicio de la S. de las N. de los armamentos existentes*. O sea, que por primera vez la U. R. S. S. se ha colocado en el terreno del adversario. Stalin no se contenta ya con hacer bloques con Purcell y Citrine; en el momento en que la Conferencia del Desarme se descubre ante los ojos de las masas como un engaño sangriento, que oculta los pillajes y asesinatos en China, que permite el aplastamiento de las poblaciones de Europa central y oriental, etc., etc., la Delegación de Stalin vota las resoluciones del ministro imperialista inglés. Por primera vez en Ginebra una resolución semejante ha sido *votada por unanimidad*, es decir, también por Litvinov.

* * *

El asesinato del presidente de la República francesa por el súbdito ruso Gorguloff ha servido para que la gran burguesía y su Prensa redoblasen la campaña de ataques contra la Unión Soviética. La personalidad eminentemente reaccionaria del asesino debía ser suficiente para prescindir de toda acusación contra el Gobierno soviético y para demostrar la audacia de los guardias blancos rusos, que no retroceden ante el asesinato del jefe de Estado de un país capitalista si con ello creen posible provocar hostilidad hacia los Soviets. Las grandes agencias de «información», con ocasión de este asesinato, han puesto a contribución sus medios de difamación y desorientación. Ha sido la propia Agencia oficiosa del Gobierno francés, la Agencia Havas, la que, recogiendo las patrañas de la Jefatura de Policía de París, ha querido presentar como comunista al fascista Gorguloff. Actualmente, el furor de las potencias reaccionarias contra Rusia es cada día mayor. Saben muy bien que la Unión Soviética es el ejemplo mundial en el que el proletariado de todo el mundo tiene puesta su fe. Los peligros de guerra contra la Unión Soviética son ahora mayores que nunca. Para convencerse basta ver como un hecho así ha servido para redoblar la campaña de excitación abierta contra Rusia. Corresponde al proletariado de todo el mundo estar alerta contra las maniobras que se llevan a cabo, cada vez más reiteradamente, contra los Soviets. El afán que demuestra la prensa capitalista, a pesar de todos los testimonios terminantes demostrativos de lo contrario, en presentar a Gorguloff como comunista, no es en el fondo más que una maniobra para justificar un ataque contra Rusia.

DEMOCRACIA Y FASCISMO

El XI Pleno del C. E. de la I. C. consideró indispensable terminar con las concepciones falsas que se apoyan en «la construcción liberal de la contradicción entre el fascismo y la democracia burguesa, así como entre las formas parlamentarias de la dictadura burguesa y las formas abiertamente fascistas...» El sentido de esta filosofía staliniana es muy simple; de la negación marxista de la contradicción *absoluta* deduce la negación de *toda* contradicción, incluso relativa. Es éste el error típico del radicalismo vulgar. Pero si entre democracia y fascismo no existe *ninguna* contradicción, ni siquiera en el dominio de las *formas* de la dominación de la burguesía, estos dos regímenes deberían coincidir simplemente. De ahí la conclusión: socialdemocracia = fascismo.

Sin embargo, se llama a la socialdemocracia *social* fascismo. ¿Qué significa en este enlace la palabra «social»? Todavía nadie nos lo ha explicado hasta ahora (1).

Con todo, la naturaleza de las cosas no cambia a fuerza de decisiones de los plenos del C. E. de la I. C. Entre la democracia y el fascismo hay una contradicción. Esta contradicción no es de ninguna manera «absoluta» o, para hablar como marxista, no significa en modo alguno la dominación de dos clases irreductibles. Pero significa sistemas diferentes de dominación de una sola y misma clase. Estos dos sistemas, el sistema parlamentario-democrático y el sistema fascista, se apoyan en diferentes combinaciones de las clases oprimidas y explotadas y chocan entre sí inevitablemente y de una manera aguda.

La socialdemocracia, que hoy es la representante principal del régimen parlamentario-burgués, se apoya en los obreros. El fascismo se apoya en la pequeña burguesía. La socialdemocracia no puede tener influencia sin las organizaciones obreras de masa. El fascismo no puede consolidar su poder sino destruyendo las organizaciones obreras. La arena principal de la socialdemocracia es el Parlamento. El sistema del fascismo está basado sobre la destrucción del parlamentarismo. Para la burguesía monopolista el régimen parlamentario y el régimen fascista no representan más que diferentes

(1) Entre los metafísicos (gentes que piensan antidialécticamente), una misma abstracción tiene dos o tres funciones y más, frecuentemente, hasta funciones directamente opuestas. «La democracia» en general y «el fascismo» en general no se diferencian en nada uno de otro, como se nos dice. En compensación, hay en el mundo una dictadura de obreros y campesinos» (para China, India, España). ¿Una dictadura proletaria? ¡No! ¿Una dictadura capitalista? ¡No! ¿Cuál, pues? ¡Una dictadura *democrática*! Parece que existe en el mundo una democracia pura fuera de las clases. Pero el XI Pleno ha explicado que la democracia no difiere del fascismo. En ese caso, ¿la «dictadura democrática» difiere de la... dictadura fascista?

Sólo gentes demasiado ingenuas pueden esperar de los stalinianos una respuesta seria y honrada a esta cuestión principal: algunas injurias más; he ahí todo lo que puede esperarse. Y, sin embargo, a esta cuestión está ligada la suerte de la revolución en Oriente.

instrumentos de su dominación; recurre a uno u otro, según las condiciones históricas. Pero para la socialdemocracia, lo mismo que para el fascismo, la elección de uno u otro instrumento tiene una importancia particular; más aún: es para ellos una cuestión de vida o muerte política.

La hora del régimen fascista llega en el momento en que los medios militares-policíacos «normales» de la dictadura burguesa, con su cubierta parlamentaria, son insuficientes para mantener la sociedad en equilibrio. Mediante la agencia fascista, la burguesía pone en movimiento a las masas de la pequeña burguesía enfurecida, a las bandas de «declasificados», a los lumpen-proletarios desmoralizados, a todas estas innumerables existencias humanas que el mismo capital financiero ha lanzado a la desesperación y a la furia.

La burguesía exige del fascismo un trabajo «limpio»; puesto que ella ha admitido los métodos de guerra civil, quiere tener la paz para una serie de años. Y la agencia fascista, sirviéndose de la pequeña burguesía como de un ariete y aniquilando todo en su camino, prosigue su trabajo hasta el fin. La victoria del fascismo conduce al acaparamiento directo e inmediato, por el capital financiero, de todos los órganos e instituciones de dominación, de dirección y de educación: el aparato de Estado y el ejército, las municipalidades, las Universidades, las escuelas, la Prensa, los sindicatos, las cooperativas. La fascización del Estado significa no sólo mussolinizar formas y procedimientos de dirección—en este campo los cambios representan en fin de cuentas un papel secundario—, sino, ante todo y sobre todo, destruir las organizaciones obreras, reducir al proletariado a un estado amorfo, crear un sistema de organismos que penetren profundamente en las masas y destinados a impedir la cristalización independiente del proletariado. Precisamente en esto consiste la esencia del régimen fascista.

Lo que acaba de decirse no contradice el hecho de que entre el sistema democrático y el sistema fascista se establece, durante un período dado, un régimen transitorio que contiene rasgos de uno y otro sistemas; tal es, en general, la ley del cambio de dos regímenes sociales, incluso de los regímenes irreductiblemente hostiles. Hay momentos en que la burguesía se apoya en la socialdemocracia y en el fascismo, es decir, cuando se sirve simultáneamente de su agencia conciliadora y de su agencia terrorista. Tal fué, en cierto sentido, el Gobierno Kerenski durante los últimos meses de su existencia; se apoyaba a medias en los Soviets y conspiraba al mismo tiempo con Kornilov. Tal es el Gobierno Brüning, que baila en la cuerda floja entre dos campos irreconciliables, con los decretos-leyes en la mano como balancín. Pero semejante situación del Estado y del Gobierno tiene un carácter provisional. Expresa un período transitorio en que la socialdemocracia está ya próxima al agotamiento de su misión, mientras que ni el comunismo ni el fascismo están aún preparados para la toma del Poder.

Los comunistas italianos, obligados desde hace mucho tiempo a ocuparse de la cuestión del fascismo, han protestado a menudo contra el abuso muy frecuente del empleo de la noción del fascismo. En la época del VI Congreso de la I. C. Ercoli todavía desarrollaba puntos de vista sobre el fascismo que ahora son considerados como puntos de vista «trotskistas». Al determinar el fascismo como un sistema de reacción consecuente y completo, Ercoli explicaba: «Esta afirmación se apoya no en los actos de terror salvaje, o en el número elevado de los obreros y campesinos muertos, o en la atrocidad de diferentes clases de suplicios que se aplicaban ampliamente, o

en la severidad de las condenas; esta afirmación es motivada por la destrucción sistemática de todas las formas de organización independientes de las masas.» Ercoli tiene aquí razón en absoluto: la esencia y la función del fascismo consisten en abolir completamente las organizaciones obreras y en impedir su restablecimiento. En una sociedad capitalista desarrollada este objetivo no puede alcanzarse por medios policíacos solamente. El único camino para ello es el de oponer al ataque del proletariado—en el momento de su debilitación—el ataque de las masas pequeño-burguesas enfurecidas. Precisamente este sistema particular de reacción capitalista es el que ha entrado en la historia con el nombre de fascismo.

«La cuestión de las relaciones existentes entre el fascismo y la socialdemocracia—escribió Ercoli—forma parte del mismo dominio (la irreconciliabilidad del fascismo con las organizaciones obreras). A este respecto, el fascismo difiere netamente de todos los demás regímenes reaccionarios que se han afirmado hasta ahora en el mundo capitalista contemporáneo. El rechaza todo compromiso con la socialdemocracia, la ha perseguido ferozmente, la ha privado de toda posibilidad legal de existencia, la ha constreñido a emigrar.»

¡Así se expresaba el artículo publicado en el órgano dirigente de la I. C.! Después de esto, Manuilski «apuntó» a Molotov la idea del «tercer período». Se decretó que Francia, Alemania y Polonia se hallaban «en la primera fila del asalto revolucionario». Como tarea inmediata se declaró la toma del Poder. Y puesto que, ante la insurrección proletaria, todas los partidos, salvo el Partido Comunista, son contrarrevolucionarios, no había necesidad de distinguir entre el fascismo y la socialdemocracia. La teoría del socialfascismo fué sancionada. Los funcionarios de la I. C. se rearmaron. Ercoli se apresuró a demostrar que la verdad le era cara, pero que quería aún más a Molotov, y... escribió un informe defendiendo la teoría del socialfascismo. «La socialdemocracia—ha declarado en febrero de 1930—se fasciza con una extrema facilidad.» ¡Ay!, con mayor facilidad aun se servilizan los funcionarios del comunismo oficial.

Nuestra crítica de la teoría y de la práctica del «tercer período» ha sido declarada, ciertamente, contrarrevolucionaria. La experiencia funesta, que costó muy caro a la vanguardia proletaria, forzó, sin embargo, a cambiar de rumbo en este dominio igualmente. El «tercer período» fué revisado, lo mismo que Molotov fué despedido de la I. C. Pero la teoría del socialfascismo ha quedado como el único fruto maduro del tercer período. Aquí los cambios son imposibles; al tercer período sólo fué ligado Molotov; en el socialfascismo se ha complicado el mismo Stalin.

Como epígrafe a sus investigaciones sobre el socialfascismo, la *Rote Fahne* eligió las palabras de Stalin: «El fascismo es la organización de combate de la burguesía que se apoya en la ayuda activa de la socialdemocracia. La socialdemocracia es objetivamente el ala moderada del fascismo.»

Como le sucede a Stalin cuando trata de generalizar, la primera frase está en contradicción con la segunda. Que la burguesía se apoye en la socialdemocracia y que el fascismo sea una organización de combate de la burguesía, esto es completamente incontestable y conocido desde hace mucho tiempo. Pero de ello dimana solamente que la socialdemocracia, lo mismo que el fascismo, son instrumentos de la gran burguesía. Cómo se convierte la socialdemocracia, al mismo tiempo, además, en «el ala» del fascismo, eso es difícil de comprender. No menos profunda es esta otra definición del mismo autor: «El fascismo y la socialdemocracia no son enemigos, sino gemelos.»

Algunos gemelos pueden ser los peores enemigos; por otra parte, los aliados no tienen que haber nacido necesariamente el mismo día y de la misma madre. En la construcción de Stalin está ausente no sólo la dialéctica, sino hasta la lógica formal. La fuerza de esta construcción consiste en que nadie se atreve a contradecirla.

Entre la democracia y el fascismo no hay diferencia «en cuanto al contenido de clase», nos enseña, siguiendo a Stalin, Werner Hirsch (*Die Internationale*, enero de 1932). El tránsito de la democracia al fascismo puede tener un carácter de «proceso orgánico», es decir, puede producirse «gradualmente» y por la «vía fría» (1). Este razonamiento sería sorprendente si los epígonos no nos hubiesen enseñado a olvidar el admirarnos.

Entre la democracia y el fascismo no hay «diferencia de clase». Esto debe de significar, evidentemente, que la democracia tiene un carácter burgués, lo mismo que el fascismo. Nos lo sospechábamos aun antes de enero de 1932. Pero la clase dominante no vive en el vacío. Sostiene ciertas relaciones con las demás clases. En el régimen «democrático» de la sociedad capitalista desarrollada, la burguesía se apoya ante todo en la clase obrera domesticada por los reformistas. Este sistema se manifiesta de la manera más acabada en Inglaterra, tanto bajo el Gobierno laborista como bajo el Gobierno conservador. En el régimen fascista, por lo menos en su primer estado, el capital se apoya en la pequeña burguesía, que destruye las organizaciones del proletariado. ¡Tal es el ejemplo de Italia! ¿Hay alguna diferencia en «el contenido de clase» entre estos dos regímenes? Si no se plantea más que la cuestión de la clase *dominante*, no hay ninguna diferencia. Pero si se interpretan la situación y las relaciones entre *todas las clases*, desde el punto de vista del proletariado, la diferencia se manifiesta bastante grande.

Durante numerosas décadas, dentro de la democracia burguesa, sirviéndose de ella y luchando contra ella, los obreros edificaron sus fortificaciones, sus bases, sus hogares de *democracia proletaria*: sindicatos, partidos, clubs de educación, organizaciones deportivas, cooperativas, etc. El proletariado puede llegar al Poder no dentro de los cuadros formales de la democracia burguesa, sino sólo por la vía revolucionaria. Esto está demostrado al mismo tiempo por la teoría y por la experiencia. Pero precisamente para la vía revolucionaria el proletariado necesita las bases de apoyo de la democracia obrera dentro del Estado burgués. En la creación de tales bases se ha manifestado el trabajo de la II Internacional, en la época en que todavía realizaba un trabajo históricamente progresivo.

El fascismo tiene como función esencial y única la destrucción hasta en sus cimientos de todas las instituciones de la democracia proletaria. ¿Este hecho tiene para el proletariado «una importancia de clase» o no? Que nuestros grandes teóricos reflexionen un poco en ello. Al dar al régimen el nombre de burgués—lo que es incontestable—, Hirsch y sus maestros han olvidado un detalle: el puesto del proletariado en ese régimen. Reemplazan el proceso histórico por una vacua abstracción sociológica. Pero la lucha de clases se desarrolla en el terreno de la historia y no en la estratoesfera de la sociología. El punto de partida de la lucha contra el fascismo no es la abstracción del Estado democrático, sino las organizaciones

(1) *N. del T.*—«Par la voie froide», que hemos traducido literalmente respetando lo gráfico de la frase, puede verterse libremente por «insensiblemente».

vivas del proletariado mismo, en las cuales está concentrada toda su experiencia y son las que preparan su porvenir.

La tesis de que el tránsito de la democracia al fascismo puede tener un carácter «orgánico» y «gradual» no significa, evidentemente, nada más que esto: se puede arrebatar al proletariado no sólo todas sus conquistas materiales—cierto nivel de vida, la legislación social, los derechos civiles y políticos—, sino también el instrumento esencial de sus conquistas, es decir, sus organizaciones, y esto sin conmociones y sin combates. El tránsito al fascismo «por la vía fría» supone así la más terrible de las capitulaciones políticas del proletariado que pueda imaginarse.

Los razonamientos teóricos de Werner Hirsch no son casuales; prosiguiendo el desarrollo de las sentencias teóricas de Stalin, generalizan al mismo tiempo toda la agitación actual del Partido Comunista. Sus esfuerzos principales se dirigen al objetivo de demostrar que entre el régimen de Brüning y el régimen de Hitler no hay diferencia. Thaelmann y Remmele ven ahora en esto la quintaesencia de la política bolchevique.

El asunto no se limita a Alemania. La idea de que la victoria de los fascistas no aportará nada nuevo se propaga hoy con celo en todas las secciones de la I. C. En el número de enero de la revista francesa *Les Cahiers du bolchevisme* leemos: «Los trotskistas, actuando en la práctica como Breitscheid, siguen la teoría del «mal menor», según la cual Brüning es menos malo que Hitler, morir de hambre es menos desagradable bajo Brüning que bajo Hitler e infinitamente preferible ser fusilado por Groener que por Frick.» Esta cita no es la más estúpida, aunque sea menester hacerle esta justicia: lo es suficientemente. Pero, ¡ay!, expresa toda la esencia de la filosofía política de los jefes de la I. C.

Los stalinianos comparan dos regímenes bajo el ángulo de la democracia vulgar. En efecto; si se examina el régimen Brüning con el criterio de la «democracia» formal, la conclusión será incontestable: de la famosa Constitución de Weimar sólo quedan migajas. Pero para nosotros este hecho no resuelve aún la cuestión. Hay que abordar el problema desde el punto de vista de la democracia *proletaria*. También es el único criterio firme en lo referente a la cuestión de saber dónde y cuándo la reacción policíaca «normal» del capitalismo en putrefacción se reemplaza por el régimen fascista.

Que Brüning sea «mejor» que Hitler (¿más simpático o qué?), esta cuestión nos interesa, verdaderamente, muy poco. Pero basta lanzar una ojeada a la carta de las organizaciones obreras para decir: en Alemania el fascismo todavía no ha vencido. Obstáculos y fuerzas gigantescas quedan aún en su camino hacia la dictadura.

El régimen actual de Brüning es un régimen de dictadura burocrática, más exactamente: de dictadura de la burguesía aplicada por los medios militares policíacos. La pequeña burguesía fascista y las organizaciones proletarias parece que mantienen un equilibrio recíproco. Si las organizaciones obreras estuviesen agrupadas en Soviets; si los Comités de fábrica luchasen por el control de la producción, se podría hablar de *dualidad de poderes*. Por consecuencia de la dispersión de las fuerzas obreras y de la impotencia táctica de la vanguardia proletaria, todavía no hemos llegado ahí. Pero el hecho mismo de la existencia de organizaciones obreras poderosas que, *en ciertas condiciones*, son capaces de oponer una resistencia decisiva al fascismo, no permite a Hitler llegar al Poder y comunica al aparato burocrático una cierta «independencia».

La dictadura de Brüning es una caricatura del bonapartismo.

Esta dictadura no es estable, está poco segura de sí misma y es poco durable. Significa, no el comienzo de un nuevo equilibrio social, sino el preludio del derrumbamiento próximo del viejo equilibrio. No apoyándose de una manera inmediata más que en una pequeña minoría burguesa, tolerado por la socialdemocracia contra la voluntad de los obreros, amenazado por el fascismo, Brüning sólo es capaz de los rayos de los decretos-leyes, pero no de rayos reales. Disolver el Parlamento con el consentimiento de éste, dictar algunos decretos contra los obreros, declarar la tregua de Navidad para arreglar algunos asuntos obscuros, con este pretexto, dispersar una centena de reuniones; prohibir una decena de periódicos, cambiar con Hitler una correspondencia digna de un farmacéutico de provincia; he ahí todo para lo que Brüning sirve. Para algo más, tiene los brazos demasiado cortos.

Brüning está obligado a tolerar la existencia de las organizaciones obreras en la medida en que no se decide todavía hoy a entregar el Poder a Hitler y en la medida en que no tiene fuerzas propias para su liquidación. Brüning está obligado a tolerar a los fascistas y a protegerlos en la medida en que teme mortalmente la victoria de los obreros. El régimen Brüning es un régimen transitorio, un régimen de corta duración, que precede a la catástrofe. El Gobierno actual sólo se sostiene porque los campos principales no han medido aún sus fuerzas. La verdadera batalla todavía no se ha empeñado. Todavía la tenemos delante. La pausa de antes de la batalla, esta pausa que precede al choque decisivo de las fuerzas opuestas está ocupada por la dictadura de la impotencia burocrática.

Los sabios que se empeñan en no reconocer la diferencia «entre Brüning y Hitler» dicen, en realidad, esto: que nuestras organizaciones existan aún o que ya se destruyan, eso no tiene importancia. Bajo esta fraseología seudorradical se oculta la pasividad más cobarde; ¡nosotros no podemos evitar la derrota, hágase lo que se hiciere! Releed atentamente la cita del periódico de los stalinianos franceses; todo el problema se reduce a esto: ¿Bajo quién es mejor sufrir hambre, bajo Brüning o bajo Hitler? En cuanto a nosotros, planteamos el problema de saber no en qué condiciones se muere mejor, sino cómo luchar y vencer.

Nuestra conclusión es la siguiente: hay que empeñar la batalla general antes de que la dictadura burocrática de Brüning sea reemplazada por el régimen fascista, es decir, antes de que sean aplastadas las organizaciones obreras.

Para la batalla general hay que prepararse por el desarrollo, la extensión y la exasperación de las batallas parciales. Pero para esto hay que tener una perspectiva justa y, ante todo, no declarar vencedor al enemigo que todavía está lejos de la victoria.

Ahí está el nudo de la cuestión, la clave estratégica de la situación, la posición de partida para la lucha. Todo obrero que reflexione, y el obrero comunista el primero, debe darse cuenta de todo lo que hay de vacuo, de miserable y de podrido en las palabras de la burocracia staliniana, según las cuales Brüning y Hitler es el mismo asunto. ¡Os perdéis en la confusión!, les respondemos nosotros. Caéis en esa confusión vergonzosa por temor a las dificultades, por miedo a las tareas inmensas; capituláis antes de la lucha, declaráis que ya hemos sufrido la derrota. ¡Mentís! La clase obrera está escindida, debilitada por los reformistas, desorientada por los titubeos de su propia vanguardia; pero todavía no está aplastada, sus fuerzas no están agotadas. No; el proletariado de Alemania es poderoso. Los cálculos más optimistas serán superados considerablemente si su

energía revolucionaria se abre camino hacia la arena de la acción.

El régimen de Brüning es un régimen preparatorio. ¿Para qué? Para la victoria del fascismo o para la victoria del proletariado. Este régimen es preparatorio, porque los dos campos no hacen más que prepararse para la lucha decisiva. Identificar a Brüning con Hitler significa identificar la situación antes de la batalla con la situación después de la derrota; significa reconocer de antemano la derrota inevitable; significa apelar a la capitulación sin combate.

La mayoría aplastante de los obreros, sobre todo de los comunistas, no quiere nada de eso. Ciertamente, la burocracia staliniana tampoco lo quiere. Pero hay que contar, no con buenas intenciones, con las que Hitler empedrará su infierno, sino con el sentido objetivo de la política, de su dirección y de sus tendencias. Es preciso denunciar hasta el fin el carácter pasivo, medrosamente expectativo, capitulante y declamatorio de la política de Stalin-Manuilski-Thaelmann-Remmele. Es necesario que los obreros revolucionarios comprendan: la llave de la posición está en manos del Partido, pero la burocracia staliniana trata de cerrar con ella las puertas de la acción revolucionaria.

L. TROTSKY.

LA SITUACION ALEMANA Y LA OPOSICION

Los acontecimientos políticos diarios en Alemania indican cada vez más que este país es la verdadera clave de la situación internacional. La Oposición Internacional ha concedido desde el primer momento al problema toda la importancia que en sí tiene. Ha señalado los fundamentales errores que para el desenvolvimiento de la revolución alemana tiene la teoría del socialfascismo, puesta de moda por el stalinismo. Los errores cometidos por la dirección del Partido Comunista han dado lugar a grandes avances del fascismo en los últimos tiempos. El nacionalsocialismo se apresta a escalar el poder.

Para conocer la situación alemana y la política que la Oposición Internacional preconiza, todos los trabajadores deben leer, además de los numerosos artículos publicados en esta REVISTA, el interesantísimo folleto de León Trotsky titulado *Alemania, clave de la situación internacional*, cuyo precio es de treinta céntimos.

En breve se pondrá a la venta: *¿Y ahora? Los problemas de la revolución alemana*, por L. Trotsky.

Nnestros lectores deben tomar buena nota de que toda la correspondencia, giros y donativos para EL SOVIET deben enviarse exclusivamente a: E. Azpelicueta, Riera Alta, 2, 2.°, 1.ª, Barcelona.

Stalin corrige la Historia

Aunque sólo sea someramente, queremos ocuparnos del artículo de Stalin en la *Revolución Proletaria* (1), en el cual el secretario general del Partido Comunista ruso se ha revuelto violentamente contra «el liberalismo podrido» que se exterioriza entre algunos miembros del Partido hacia el trotskismo.

¿Por qué esta cólera de Stalin? El «jefe de la revolución mundial», proclamado como tal por todos los burócratas, que no escatiman nada a su amo, y aclamado en todas las asambleas oficiales y por toda la Prensa staliniana mundial, debe sentir pánico ante ese «trotskismo» aplastado y aniquilado desde hace mucho tiempo. Y, además, ¿quiénes son esos «liberales podridos» que sin saberlo introducen el veneno trotskista en la historia del Partido ruso? Durante los ratos libres que le dejan sus asuntos de Estado, Stalin se ha dedicado a recorrer la historia de la Revolución y del Partido ruso. Cuál no sería su asombro al ver que en casi todas las ediciones dirigidas por los hombres más fieles a su persona, su papel de jefe del Partido ruso durante las primeras semanas de la Revolución de Febrero (antes de la llegada de Lenin a Rusia) no ha sido presentado en términos bastante elogiosos. Ciertos historiadores dicen, por ejemplo, que Lenin, inmediatamente de su llegada a Petrogrado, se vió obligado a cambiar radicalmente la orientación del partido bolchevique, dirigido hasta entonces por Stalin y Kamenef. Otros, como Slutsky, han llegado incluso a emplear el término de «rearmamento» del Partido, de que se ha servido el camarada Trotsky en su *Historia de la Revolución de Febrero*, para designar las tesis de abril de Lenin y la actividad gigantesca que él desplegó, a pesar de la resistencia de los llamados «viejos bolcheviques», para hacer adoptar estas tesis por todo el Partido.

Pero leyendo estos pasajes en la historia del Partido, Stalin no había llegado todavía al colmo de sus sorpresas. Comisionó a una legión de censores, y estos bravos funcionarios le han comunicado que las ideas «trotskistas» se han filtrado no sólo en los artículos históricos de un candidato cualquiera al Partido, como Slutsky, sino que en las obras completas de Lenin los «contrabandistas» han introducido alteraciones monstruosas de la historia, alteraciones que deben ser corregidas inmediatamente. Han encontrado, por ejemplo, que un cierto Ovsiannikov, que trabaja bajo la dirección inmediata de Kamenef, dice en la nota 79 del tomo 14 de las *Obras completas* de Lenin, que: 1.°, Trotsky «editaba en Viena un periódico obrero popular, la *Pravda*, destinado a Rusia, y que Trotsky ha roto con los mencheviques; 2.°, que Trotsky «adoptó desde el comienzo de la guerra imperialista una posición netamente internacionalista». En esta misma nota el autor osa «repetir» la leyenda trotskista según la cual Trotsky había, al parecer, dirigido la insurrección del 25 de octubre. (*Pravda* del 15 de diciembre de 1931.) ¿Es posible tolerar semejante contrabando «trotskista»?

---

(1) «Sobre algunos problemas del bolchevismo».

Otro historiador, Volosevitch, no se ha contentado sólo con narrar en su *Historia del Partido* los acontecimientos históricos universalmente conocidos por el testimonio viviente de John Reed (*Diez días que conmovieron al mundo*), o por las memorias de Schliaquikof sobre la Revolución de Febrero, y el papel vergonzoso de Stalin en esta época. Volosevitch trata incluso de analizar los hechos y las posiciones políticas adoptadas en el pasado por el Partido bolchevique para deducir las conclusiones lógicas que se imponen. He aquí lo que dice la *Pravda* de 17 de diciembre: «El *historiador* Volosevitch *demuestra* (con la abundancia de cursiva, la *Pravda* quiere ser irónica. M. M.) que Lenin, en 1915, no planteó el problema de la construcción del socialismo en un solo país. Volosevitch desfigura la historia del Partido a la manera trotskista, *oponiendo las tareas de la revolución mundial* a la cuestión de la *posibilidad completa* (subrayado por mí. M. M.) de construir el socialismo en un solo país tal como fué planteado por Lenin. Falsificando la historia y calumniando a Lenin, Volosevitch escribe que en Lenin «la cuestión no se plantea de ninguna manera desde el punto de vista del trascrecimiento de la revolución burguesa democrática en revolución socialista, sino *únicamente* bajo el ángulo de la realización de la consigna bolchevique fundamental del período dado y principalmente de la transformación de la guerra imperialista mundial en guerra civil mundial. Por lo tanto, no hay aquí cuestión sobre la construcción del socialismo en un solo país». (Tercera edición, pág. 64.) Volosevitch va incluso más lejos. Declara que «incluso cuando este trascrecimiento (de la revolución democrática burguesa en revolución socialista. M. M.) se ha convertido en un hecho, la construcción del socialismo en nuestro país solamente, mientras que los otros conservan el capitalismo, no se ha convertido todavía en una cuestión de actualidad». (Página 65.)

Y Schmidt, el autor de este artículo en la *Pravda*, no pudiendo contener su cólera, termina diciendo: «Y este contrabando «trotskista» que Volosevitch ofrece a los lectores, enmascarándose en citas de Lenin, en reflexiones profundas, etc.» Este desgraciado censor se ve obligado a hacer constar en este mismo artículo (la *Pravda* del 17 de diciembre), con gran amargura, que lo que más le indigna es que «este contrabando ha sufrido ya diez ediciones».

El artículo de Stalin en la *Revolución Proletaria* no es sólo una manifestación de la cólera impotente contra la verdad histórica; es también un *ukase* a todas las ediciones del Estado para que hagan una revisión completa de todo lo referente a la historia del Partido bolchevique y de la revolución. Los efectos de este *ukase* no han tardado en manifestarse. Leemos en toda la Prensa soviética que Yaroslavsky, uno de los culpables desventurados del «contrabando trotskista» en la *Historia del Partido*, ha reconocido sus errores y ha prometido «ponerse resueltamente a la corrección de todos los tomos ya editados de la *Historia del Partido*, para extirpar el «trotskismo» de la historia». Radek, que también fué aludido muy indirectamente por el artículo de Stalin, ha manifestado también su arrepentimiento y ha denunciado sus errores... luxemburguistas, «que le han conducido fatalmente a la oposición trotskista».

De esta manera, la historia del movimiento revolucionario ruso y de sus relaciones con el movimiento revolucionario de Occidente se va a rehacer. Stalin va a tener su historia hecha a la medida, como ya se ha creado también a su medida su aparato burocrático. Ya al destituir a D-B. Riazanov de sus funciones de director del Instituto Marx y Engels, Stalin ha comenzado a preparar una base «marxista científica» para la apología de su política. Ahora quiere hacer jugar este mismo papel servil e indigno a la historia del Partido y a la historia común. Pero lo mismo que no se puede construir el socialismo en un solo país, no se puede hacer la historia en un solo país. Puede ser que Stalin llegue a suprimir en la Unión Soviética todas las ediciones de la *Historia del Partido* y las obras completas de Lenin para reemplazarlas por su historia apologética. Logrará, indudablemente, con este procedimiento desviar durante un cierto tiempo a los jóvenes comunistas de la Unión Soviética. Pero la historia del movimiento revolucionario, que es una y universal, y que, para un marxista, debe ser «no una apología de las posiciones políticas, sino una imagen sólidamente coherente del proceso real de la revolución» (Trotsky, en la *Historia de la Revolución de Febrero*), esta historia está escrita sobre la base de los documentos y de los testimonios vivientes de la época por los marxistas revolucionarios en los distintos países.

En sus memorias, Rasktolnikov, uno de los sostenes actuales del régimen staliniano, relató entonces el discurso pronunciado por Lenin el día mismo de su llegada a Petrogrado, el 3 de abril de 1917: «Atacó de una manera decisiva la táctica que aplicaban antes de su llegada los grupos directores del Partido y los camaradas aislados... Los militantes más responsables del Partido estaban representados. Pero para ellos también el discurso de Ilitch fué una revelación. Pasó el Rubicón entre la táctica de ayer y la de hoy.»

¿Cuál fué esta «táctica de ayer» aplicada por Stalin en la *Pravda* y en los soviets mencheviques y socialistas revolucionarios? Ante el Gobierno provisional de Gutchkov-Kerensky-Muliukov, la posición de Stalin se resumía entonces así: «El Gobierno provisional ha adoptado, efectivamente, el papel de consolidación de las conquistas del pueblo revolucionario. Los soviets movilizan las fuerzas y ejercen el control... Esta situación tiene lados negativos, pero también lados positivos. No es ventajoso para nosotros forzar los acontecimientos, acelerando el proceso de alejamiento de las capas burguesas, que nos abandonarán inevitablemente en el porvenir.» En esta concepción, expresada por Stalin en la Conferencia del Partido el 29 de marzo de 1917, nosotros distinguimos claramente al autor futuro del bloque de las cuatro clases en China, que estranguló la revolución china. Es la política menchevista de una revolución democrática burguesa intermedia, en la cual la hegemonía de la burguesía es natural y legítima. Es esta táctica plenamente oportunista la que Lenin vino a barrer con sus tesis del 4 de abril, en las cuales puso a la orden del día del Partido bolchevique la revolución proletaria y la dictadura del proletariado.

El discurso de Stalin del 29 de marzo de 1917 y los textos taquigráficos de esta Conferencia son cuidadosamente ocultados al Partido. En su lugar, Stalin quiere editar una nueva historia en la que se demostrará como dos y dos son cuatro que Lenin, al llegar con un retraso de cinco semanas a Petrogrado, no ha venido, en realidad, más que a continuar la política instaurada por él, Stalin, en el Comité Central del Partido bolchevique. Pero Stalin se apercibirá en seguida que es más fácil violentar la conciencia, o lo que quede de conciencia revolucionaria de un Yaroslavsky o de un Radek, que violentar la verdad histórica.

M. Mill.

Alemania en un momento decisivo

La evolución de la situación conduce a Alemania hacia horas decisivas para el mundo entero. Después de las elecciones al Reichstag de 1930, los fascistas, que habían obtenido ya un número de votos considerable, no han hecho más que crecer. Cada elección parcial testimonia este hecho. En la primera vuelta para las elecciones presidenciales, el 15 de marzo último, Hitler obtuvo más de once millones de votos. Después tuvo lugar la segunda vuelta de las elecciones presidenciales, la «disolución» de las secciones de asalto de los *nazis*, las elecciones al Landtag prusiano; todos estos hechos han acentuado el desarrollo de la situación.

En la segunda vuelta de las elecciones presidenciales, en la que el triunfo de Hindenburg estaba asegurado principalmente por la capitulación de los jefes socialistas, que todavía arrastran detrás de ellos a millares de obreros, Hitler, por una parte, dió un gran salto de dos millones más de votos, y, por otra parte, el candidato del partido comunista, Thaelmann, perdió 1.200.000 votos. De un modo general se ha evidenciado que la vanguardia de la burguesía se ha reforzado, que el partido del centro y la socialdemocracia mantienen sus posiciones, mientras que el partido de la revolución proletaria retrocede. Si se examina atentamente el detalle de los votos, se observa que las pérdidas del partido comunista provienen, en parte, de abstenciones, pero también que un gran número de ellos se han pronunciado o por Hindenburg o por Hitler. Por ejemplo, en Leipzig (donde Duesterberg obtuvo 36.000 votos), Thaelmann perdió 23.000, e Hitler ganó 59.000; en Dresde (donde Duesterberg obtuvo 77.000 votos), Hindenburg ganó 15.000; Hitler, 92.000, y Thaelmann perdió 36.000 votos. El órgano central del P. C., la *Rote Fahne*, se ha visto obligada a reconocerlo implícitamente. En su artículo de 12 de abril decía: «La tentativa de los partidos de Hitler e Hindenburg para abrir una brecha en el frente del comunismo ha fracasado... Nada más que una pequeñísima parte se ha dejado arrastrar a dar sus votos a uno u otro de los candidatos de la burguesía.»

Semejante derrota no podía por menos de repercutir en las elecciones al Landtag prusiano del 24 de abril. El partido fascista ha aumentado aún más sus votos; teniendo en cuenta a los nacionalalemanes, que están tan próximos a los nacionalsocialistas, a éstos sólo les ha faltado doce puestos para disponer de la mayoría absoluta. El fascismo continúa arrastrando no sólo a los *declassés*, a los pequeños burgueses: ha obtenido también votos obreros, que en otras ocasiones votaban por la socialdemocracia o por el partido comunista. La acentuación de la crisis debe originar la disgregación de la socialdemocracia, de ese partido ligado a un funcionamiento regular del capitalismo. Pero esta disgregación se produce en beneficio del partido que pone a contribución una mayor ferocidad para combatir la revolución proletaria. El partido comunista, a pesar de que la crisis no hace más que agudizarse, no sólo no recupera los votos del 13 de marzo último, sino que ni incluso los obtenidos dos años antes, en septiembre de 1930. Por ejemplo, en Berlín, donde obtuvo entonces 739.000 votos, donde el 13 de marzo obtuvo 685.000, no ha obtenido

el P. C. el 24 de abril más qué 640.000. Una derrota no puede ser disimulada. Las habilidades estadísticas a que han recurrido como única razón los periódicos del comunismo oficial no podrán hacer desaparecer la fundamental trascendencia política de los hechos.

¿La batalla está perdida? ¿Ha ganado Hitler la partida? No; las batallas decisivas no han comenzado todavía. Hitler puede y debe ser derrotado; sus bandas pueden y deben ser dispersadas. ¿Quién puede hacerlo? ¿Brüning, Severing? Algunos abrigan ilusiones respecto a esto, tanto más cuanto que hace unos días se ha dispuesto la disolución de las secciones de asalto de los *nazis*. Estas disposiciones no alcanzarán de verdad a los fascistas, que, por otra parte, ya habían adoptado todas las medidas necesarias. Pero para obtener este gesto simbólico, la socialdemocracia ha pagado su tributo desarmando a los obreros socialdemócratas del «Frente de Acero», que amenazaban con desbordar a sus jefes y emplear sus armas contra los fascistas. Esta comedia de la disolución de las secciones de asalto no ha tenido incluso ni originalidad.

Hoy día los fascistas aceptan la legalidad; esto quiere decir simplemente que el capital financiero, que es el que los maneja, estima todavía posible servirse de la legalidad existente para mejor preparar las posiciones de sus fuerzas de choque. ¿Qué ocurrirá en las próximas semanas? Hitler no puede limitarse a que sus tropas descansen hasta que lleguen otras elecciones. Tiene ahora una posición de primer plano en Prusia, que equivale a decir en el Reich. No puede retroceder; tiene que obrar. ¿Intentará el golpe de Estado? Es poco probable que lo intente inmediatamente. Pero, precisamente bajo el pretexto de que él se coloca en los cuadros de la legalidad, la coalición que gobierna actualmente quedará desmoralizada y probablemente deshecha. Los socialdemócratas pueden estar satisfechos. Hitler participará momentáneamente del Poder con el partido del centro y bajo la bendición de Hindenburg, ese «baluarte» de la democracia contra el fascismo.

Pero la lucha en Alemania no puede resolverse más que en la lucha armada por la conquista del Poder. Para mantenerse, la burguesía alemana tiene que destruir todas las organizaciones obreras existentes y encuadrar a la clase obrera en organizaciones que pueda manejar a su gusto mejor que las socialdemócratas. Se ha visto claro su propósito cuando hace unos días Groener, el «buen republicano», que ha hecho la cama a los *nazis* en el aparato militar y policíaco de Alemania, ha lanzado su proyecto de organización de toda la juventud alemana.

Hasta ahora la socialdemocracia ha preparado el terreno del fascismo con su política de «mal menor»; pero el partido comunista, con su política de socialfascismo y de «liberación nacional y social», no ha opuesto nada a las traiciones socialistas y ha fomentado la confusión ya existente. Durante meses, el partido comunista alemán, incapaz de actuar sobre el terreno extraparlamentario, en el terreno de las reivindicaciones, consigue con dificultad enmascarar su impotencia detrás de débiles éxitos electorales. Actualmente no hay más que abrir un poco los ojos para ver la gravedad de la situación, para comprender la necesidad de un viraje. Ya hay en el partido alemán núcleos de camaradas que lo comprenden. Cuatro células de Charlotenburgo (uno de los principales barrios de Berlín) han votado contra la teoría del socialfascismo, contra la persecución de los oposicionistas, en favor de la discusión en el partido.

Pero esto no es sólo preciso llevarlo a cabo en Alemania: hay que proseguirlo en todas las secciones de la Internacional. Los miembros del partido comunista español, por ejemplo, deben luchar por

cambiar el curso actual del partido alemán. Ya en términos ambiguos, confusos, la *Pravda* del 13 de abril retrocedió en la posición que ha conducido a tan duras derrotas. Pero hay que luchar también contra esos virajes, que en el fondo no cambian nada el estado de cosas, que sólo sirven para, después de algunas semanas, aportar la desilusión de nuevas capas de obreros.

A consecuencia de los fracasos, no pueden por menos de manifestarse síntomas de desaliento en la clase obrera; esto puede ser propicio para los fascistas. Hay que luchar contra el desarrollo de semejantes tendencias. La tarea actual consiste, por el contrario, en reanimar la confianza de los obreros demostrándolos que, uniéndose, realizando el frente único para atacar al fascismo, triunfarán de los *nazis*. Es preciso que el partido alemán aporte también sus soluciones para las reivindicaciones inmediatas de los obreros: colaboración económica con la Unión Soviética, control obrero. Sólo con esta condición, el fascismo, a pesar de las posiciones que ya ha conquistado, puede ser vencido.

¿Cómo realizar el frente único en Alemania? Hoy día tiene planteada esta cuestión el partido alemán sin ninguna posibilidad de escape. ¿Qué hacer ante la amenaza directa de la toma del Poder por Hitler en Prusia? Se impone un viraje formidable. Es necesario que el partido comunista alemán se dirija al partido socialista, tanto a la cúspide como a la base, y le proponga el frente único a base del siguiente programa:

1.° Lucha común real contra las bandas de fascistas. Dispersión de las organizaciones fascistas. Para lograr esto, creación de una milicia proletaria para el armamento del proletariado.

2.° Libertad de agitación completa para el partido comunista y, por lo tanto, derogación de las medidas acordadas contra él y contra su Prensa por los ministros y prefectos de Policía socialistas. El partido, en las organizaciones proletarias (Sindicatos, Consejos de fábrica, milicias, etc.), defenderá su programa dentro de la democracia obrera.

3.° Lucha contra los decretos, contra las leyes Brüning, contra la disminución de salarios, contra la supresión de los seguros sociales. Por el control obrero por medio de los Comités de fábrica.

Si la socialdemocracia acepta estas reivindicaciones—esto no es imposible bajo la presión de los obreros reformistas que se encuentran ante el peligro fascista—, el frente único se realizará, se llevará a cabo la lucha directa contra el fascismo. Sólo en estas condiciones el partido comunista alemán podrá en el Landtag prusiano permitir con sus votos la existencia de un Gobierno de socialistas que proponga medidas que permitan el desarrollo de esta lucha.

El resultado de las elecciones al Landtag obliga a una decisión rápida. El partido comunista alemán no puede por menos de emprender este camino, porque, si no, va a la catástrofe. Pero seguir esta ruta supone dar un golpe mortal a la teoría del socialfascismo en toda la Internacional. Es una cuestión de vida o muerte. Las necesidades de la lucha revolucionaria deben acabar con todas las consideraciones de prestigio burocrático.

L. V.

Primeras conclusiones sobre las elecciones francesas

La primera vuelta de las elecciones legislativas francesas se ha verificado el 1.° de mayo. En este día debían coincidir con una bella manifestación revolucionaria del proletariado. Desgraciadamente, este 1.° de mayo tuvo, por el contrario, un carácter doblemente negativo para el proletariado francés. Por un lado, la jornada no revistió en ninguna parte de Francia un verdadero carácter de demostración combativa, y, por otra parte, los resultados del escrutinio presentan una pérdida de 300.000 votos para el Partido Comunista. Claro está que estos dos hechos no resumen sólo toda la significación de esta jornada electoral. Pero para nosotros, comunistas, son el rasgo característico. El partido del proletariado revolucionario en la primera gran consulta electoral que se ha verificado desde que la crisis económica se ha manifestado directamente en Francia, *pierde el* 30 *por* 100 *de los votos que había obtenido en* 1928, en pleno período de coyuntura ascendente.

Este es el hecho brutal. La Oposición de Izquierda lo examinará a fondo, exigirá una plena discusión sobre este hecho en el Partido e impedirá al aparato mentir, ocultarlo, esquivarlo. A la hora actual, *L'Humanité* no ha osado todavía dar una apreciación honrada de este hecho; ni siquiera ha osado confesar la cifra real de los votos obtenidos, ni, sobre todo, compararlos con las elecciones precedentes. En 1924, el Partido Comunista había agrupado 875.000 votos; en 1928, 1.070.000 votos, y en 1932, sólo ha logrado menos de 800.000. El 3 de mayo, *L'Humanité* decía: «Ochocientos mil trabajadores se han manifestado por el programa de lucha y de liberación social del P. C... Nosotros hubiéramos debido ser más numerosos, y es necesario realizar un esfuerzo decidido y sistemático.» Thorez ha escrito que los resultados «marcan, comparados absolutamente con los de 1928, un retroceso numérico, del que conviene establecer las causas». Y el 4 de mayo, Berlioz da en el editorial de *L'Humanité* la explicación siguiente: «La clase obrera ha podido dejarse engañar y sorprender el domingo último. Razón de más para que partamos de nuevo de una manera más decidida a la conquista de su mayoría...» Por lo tanto, la primera reacción de la burocracia staliniana ante el retroceso del Partido no es examinar las faltas que el Partido haya podido cometer, deducir cuál ha sido el error de la política que ha conducido a tales resultados, no; es simplemente acusar... a la clase obrera de «haberse dejado engañar y sorprender». Es una manera de eludir las responsabilidades indigna de una dirección comunista. El Partido, al que los burócratas mantienen artificialmente en el Limbo, se despertará bajo los efectos de este latigazo, que viene a justificar con claridad la lucha persistente de la fracción de izquierda. Incluso en Francia los hechos continúan siendo hechos, y sólo la Oposición podrá dar la explicación satisfactoria.

Thorez y Compañía han tratado de cubrir el fracaso general con éxitos parciales. Se han visto obligados así a hacer más confusa to-

davía la explicación. En las regiones parisinas (Sena, Sena-et-Oise y Sena-et-Marne), los votos comunistas pasan de 310.700 en 1928, a 277.000 en 1932, mientras que los votos socialistas en los mismos departamentos son en 1932 de 205.000. Pero como en Saint-Denis ha obtenido esta vez Doriot la mayoría absoluta en la primera vuelta, la burocracia canta victoria. En el Paso de Calais, región minera donde ha habido dos huelgas mineras, el Partido comunista ha pasado de 20.993 votos a 41.670. Pero en el Norte el Partido pierde cerca de 5.000 votos, mientras que los socialistas ganan 10.500; totalizando este departamento, 162.000. Este aumento en el Pas-de-Calais, por otra parte significativo, es suficiente para consolar al Buró Político, que no ve más lejos de sus narices.

Otro hecho característico es la victoria electoral indudable obtenida por los «pupistes» (1), derechistas, «regenados» excluídos del Partido desde 1930. En particular, Sellier, en el distrito 18 de París, ha arrancado 4.000 votos a Cachin, y se dispone a derrotarle en la segunda vuelta con el apoyo de los socialistas (2). El concejal Gélis ha obtenido el doble de votos que Semard, el secretario del Partido. Chasseigne, Beron, Plard, Berthon, excluídos recientemente del Partido, sin haberse aliado al partido socialista, han recogido cifras de votos triples o cuádruples que las del Partido. El partido de Unidad Proletaria tendrá en la Cámara una fracción tan importante como la del Partido Comunista. Claro está que estos «pescadores de actas» han recogido buen número de votos y la ayuda de toda clase de categorías de la pequeña burguesía, e incluso de la burguesía. Pero millares de proletarios les han seguido *porque la política staliniana les desconcierta.*

Estas elecciones no constituyen en sí una etapa verdaderamente decisiva en el desarrollo de los acontecimientos. Pero permiten que hagamos punto. Trescientos mil votos perdidos por el Partido y ganados no sólo por los socialistas, sino también por los radicales socialistas, demuestran de una manera brutal el balance negativo del stalinismo en Francia. Esto significa que la clase obrera no tiene confianza en su dirección comunista revolucionaria; esto significa que los obreros, desorientados, que buscan medios de defensa contra el ataque capitalista, contra la situación de miseria, cada vez peor, que les crea la crisis creciente, creen de nuevo que los radicales y los socialistas «pueden aportar una solución favorable a la crisis y harán retroceder el peligro de guerra...», como ha dicho Berlioz. Pero, ¿por qué lo creen? Porque el Partido Comunista no ha sabido mostrarles que sólo ellos pueden facilitar el camino de la defensa, de la resistencia y después del ataque. Tales son los hechos. Desde 1928, el Partido ha perdido un tercio de sus miembros; la U. G. T. U. ha perdido también más de un tercio; en fin, las elecciones legislativas aportan la misma indicación. Todo revolucionario debe reflexionar sobre estos hechos. Indudablemente, en España, la Prensa de Bullejos, Trilla y Compañía cantarán victoria especulando sobre la ignorancia de los trabajadores españoles acerca de la situación francesa. En Francia, los hermanos de Bullejos, los Gitton y los Thorez, harán la misma cosa en lo que concierne a España, afirmando mentiras sobre mentiras en su Prensa. Pero, como escribía recientemente el camarada

(1) Son los elementos que, excluídos del P. C., han formado un partido que corresponde bastante a la ideología del Bloque en España.—(*N. de la R.*)

(2) Los resultados de la segunda vuelta han confirmado los pronósticos de Naville. (*N. de la R.*)

Trotsky a propósito de la situación alemana: «La ventaja política de la clase obrera alemana consiste ya en que todas las cuestiones son planteadas públicamente y a tiempo... La Oposición marxista actúa acerca de ellas...» En todo país se hace oír la voz de la Oposición *internacional*, y por esto la burocracia staliniana no puede disculparse de sus dificultades en un país refugiándose en sus pretendidos «éxitos» en los otros.

* * *

¿Y cuál es la situación de los partidos «democráticos», es decir, del partido radical socialista y del partido socialista? En lo concerniente al partido socialista, ha ganado más de 250.000 votos. Es decir, que aun suponiendo desplazamientos en masa absolutos, no ha recogido todos los votos perdidos por el Partido Comunista. En cuanto al partido radical socialista, la imprecisión de sus límites hace difícil la definición de los votos recogidos por él. Sin embargo, el hecho cierto es que ha tenido un avance sobre los partidos de derecha, o más bien sobre las formaciones políticas de derecha, porque, como es sabido, los grupos de derecha de la burguesía francesa no están unidos en partidos firmemente organizados, disposiciones que ellos han heredado del desarrollo tímido y lento de la industria y del capital financiero, si se compara con el de Alemania, Inglaterra o los Estados Unidos. El aumento de los votos de los partidos socialista y radical socialista, comparado con la pérdida de los votos del P. C., demuestra que el desplazamiento general global de las masas trabajadoras hacia la izquierda no ha adquirido todavía un carácter rápido. Se opera, indudablemente; pero a un ritmo amortiguado. Lo que predomina todavía en el período presente es la ilusión de que si el P. C. no es capaz de defender al proletariado y a las capas progresivas del campo, el partido socialista, e incluso el partido radical socialista, puede ser que lo hagan. Por otra parte, los departamentos del Norte y del Pas-de-Calais acusan un desplazamiento global más marcado; los votos socialistas y comunistas juntos indican un progreso serio. Pero se trata de una región industrial ya asolada por la crisis, el paro forzoso, y que llevó a cabo durante dos años grandes huelgas (textil, minera), que arrastraron a decenas de millares de obreros franceses y extranjeros.

Finalmente, es necesario señalar un factor importante: *hay en Francia tres millones de obreros y obreras extranjeros que no votan.* Además, la mayoría de estos trabajadores, que conocen actualmente el paro forzoso, pertenecen a las categorías más explotadas (minas, metalurgia, textil, obreros agrícolas), y constituyen, indudablemente, uno de los factores principales de la renovación y combatividad del proletariado en Francia. Si se añade que en Francia las mujeres no votan, ni, por otra parte, los soldados y los jóvenes, se comprende en parte por qué la nueva animación indudable que se produce en el seno de la clase obrera no se ha manifestado claramente en los resultados electorales.

A pesar de esto, los indicios de desplazamiento son indiscutibles y son más bien indicativos para *el porvenir*, bastante próximo, que para el *presente* inmediato. En semejante momento, la carencia del Partido, la falta de confianza de la clase obrera en él, serán, por otra parte, un factor de enfriamiento del desarrollo de la crisis social. Por esto la tarea de la Oposición adquiere una importancia tan grande, porque sólo ella aclara *lo que es* y propone al Partido el único camino para una salida favorable a los intereses del proletariado.

Claro está que los radicales en el poder, incluso con la participación de los socialistas, o al contrario, con los elementos de centro, serán incapaces de atenuar en nada los efectos de la crisis económica, que ahora comienza en Francia a ponerse al diapasón mundial. Y los burócratas perezosos del P. C. cuentan con ello para reagrupar los votos perdidos, las simpatías desaparecidas. Siempre con la misma interpretación puerilmente mecánica y contenta de ella misma, la pandilla Thorez se dispone simplemente a canalizar de nuevo el descontento creciente de los obreros hacia los demócratas, socialistas y otros, hacia el Partido. Pero la evolución de los acontecimientos en Alemania demuestra lo que valen estos cálculos. En lugar de pasar en su mayoría de la socialdemocracia al comunismo, una gran parte de las clases explotadas se deja arrastrar por la demagogia fascista, mientras que sólo una corriente restringida evoluciona, a través del Partido Socialista Obrero (1), hasta el límite del comunismo. Con la pereza, con la suficiencia burocrática, con la continuación de la política infantil, la negativa de frente único, la ruptura del frente sindical único, etc., el Partido Comunista continuará sirviendo a los obreros no de fuerza de atracción, sino de polo de repulsión. Continuará desarrollando corrientes centrífugas, en lugar de agrupar a capas cada vez más amplias de proletarios o de semiproletarios.

Hasta ahora, el desarrollo de la crisis se ha verificado a un ritmo comparativamente lento. Pero nada permite excluir una aceleración brusca.

En particular la situación internacional, las exigencias de la supremacía política y hasta un cierto punto económica, heredada del Tratado de Versalles, que Francia comienza a no poder satisfacer, pueden arrastrar en el interior a rápidas rupturas de equilibrio, análogas a las del período del Ruhr. En fin, el desarrollo de la revolución alemana continúa estando en primer plano.

La actitud actual del partido radical, la de la mayoría parlamentaria que tomará el poder, se explicará así no sólo por la situación interior, sino, sobre todo en la fase actual, por la situación de tensión exterior. Después de las elecciones alemanas, después de las elecciones francesas, en vísperas de la Conferencia de Lausana, nos proponemos examinar este problema en nuestro próximo artículo.

P. NAVILLE.

París, 5 de mayo de 1932.

(1) Partido recientemente creado por los elementos de izquierda del partido socialdemócrata alemán.—(*N. de la R.*)

Consideraciones sobre el problema de las nacionalidades

La nación es un producto directo de la sociedad capitalista. La historia antigua y medieval no ha conocido en realidad la nación, sino únicamente gérmenes de la misma. El fundamento de la nación es el desarrollo del intercambio sobre la base económica del capitalismo. La nación se desarrolla en la medida en que se desarrolla el capitalismo, porque es la forma que corresponde a los intereses de clase de la burguesía. La nación es, pues, un resultante de la aparición y el desarrollo del capitalismo y se caracteriza por la existencia de relaciones económicas determinadas, la comunidad de territorio, idioma y cultura.

Los países que no han entrado en el período del desarrollo capitalista no pueden, en realidad, ser considerados como naciones. La burguesía nacional tiende en todas partes a constituirse en Estado. El movimiento de emancipación nacional expresa precisamente esta tendencia.

La formación de los Estados ruso y austrohúngaro precedió al desarrollo capitalista. La unidad establecida fué una unidad absolutista y despótica. En España, la unidad se produjo en formas parecidas, y por esto Marx, refiriéndose a la misma, ha podido hablar de Estados de tipo asiático. La unidad española ha sido una unidad artificiosa y despótica, cimentada en la dominación de los elementos semifeudales, los terratenientes y la Iglesia. Esto explica fundamentalmente el hecho de que sean precisamente los elementos más reaccionarios del país los que hayan levantado la cruzada contra las aspiraciones nacionales de Cataluña.

Si España hubiera sido un gran país industrial, sin ningún género de duda el capitalismo habría realizado su unidad y los problemas nacionales no surgirían con la acuidad con que se han producido.

El movimiento surgió en Cataluña, y es allí donde ha adquirido una mayor profundidad, precisamente porque se trata de un país industrial, cuyos intereses eran incompatibles con las reminiscencias del feudalismo español. En este sentido, es movimiento progresivo.

La lucha de las nacionalidades es uno de los aspectos de la revolución democrática, y, por lo tanto, está íntimamente ligada con la lucha de clases. En dicho movimiento, como en el democrático en general, la gran burguesía tiende siempre a ceder ante el poder central. La pequeña burguesía, por el contrario, tiende hacia las soluciones radicales. El ejemplo de Cataluña es bastante elocuente para que tengamos que insistir sobre el particular.

El proletariado no puede desentenderse de la cuestión. En todo movimiento de emancipación nacional hay un contenido democrático, y el proletariado ha de sostenerlo incondicionalmente. Enemigo de toda opresión, faltaría al más elemental de los deberes que su misión histórica le impone si no se levantara contra una de las formas más acentuadas de opresión, la nacional. «El principio de las nacionali-

dades—dice Lenin—es históricamente inevitable en la sociedad burguesa, y tomando en consideración esta sociedad, el marxismo reconoce plenamente la legitimidad de los movimientos nacionales. Pero para que este reconocimiento no se convierta en una apología del nacionalismo, es preciso que se limite rigurosamente sólo a lo que hay de progresivo en dichos movimientos, a fin de que ese reconocimiento no conduzca al obscurecimiento de la conciencia proletaria por la ideología burguesa.»

Los que so pretexto de defender el internacionalismo combaten los movimientos de emancipación nacional, en realidad hacen el juego de las clases explotadoras de la nación dominante. El revolucionario español que niega el hecho de la nacionalidad catalana y su derecho a disponer de sus destinos, sostiene prácticamente la absorción de las demás nacionalidades por la nación a que él pertenece. No hay que confundir *La Internacional* con la *Marcha de Cádiz*. El hecho de que haya movimientos nacionales reaccionarios no es un motivo para que los comunistas se declaren adversarios de los mismos en general. Esto sería lo mismo como preconizar la superioridad de la forma monárquica sobre la republicana por el hecho de que haya repúblicas más reaccionarias que algunas monarquías.

Antes de la guerra se manifestaban en el movimiento socialista internacional tres tendencias principales con respecto a esta cuestión: la de los oportunistas (los socialistas alemanes y otros), la de la izquierda (Kautsky, los bolcheviques) y la de la extrema izquierda (Rosa Luxemburgo, Radek y los socialistas polacos). Los primeros sostenían la necesidad de la tutela de los países avanzados sobre los atrasados. Es, en realidad, el mismo punto de vista que en nuestro país ha sostenido Pestaña con respecto a Marruecos. La extrema izquierda adoptaba una posición internacionalista abstracta, y afirmaba que el proletariado no tenía por qué interesarse por el problema nacional. La posición de los bolcheviques es la que heredó el Partido Comunista ruso y la Tercera Internacional y que constituyó uno de los factores que más poderosamente contribuyeron a la gloriosa victoria del mes de octubre de 1917.

¿Cuál es en el fondo la posición que el proletariado revolucionario debe adoptar?

Enemigos de toda opresión, los comunistas deben aceptar todo lo que tenga de democrático el movimiento nacional y reconocer incondicionalmente el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos. «Para que las distintas naciones—dice Lenin—puedan vivir juntas pacíficamente o separarse cuando les convenga, constituyendo Estados distintos, es preciso un democratismo completo, sostenido por la clase obrera. ¡*Ningún privilegio para ninguna nación, ningún privilegio para ninguna lengua*! ¡*Ninguna opresión, ninguna injusticia hacia la minoría nacional*! He aquí el principio de la democracia obrera.»

Desde el punto de vista de la democracia en general, el reconocimiento del derecho a la separación disminuye los peligros de la disgregación del Estado. En general, los pueblos no se deciden a la separación más que cuando la opresión nacional hace insoportable la propia existencia y dificulta las relaciones económicas.

El hecho de que el proletariado proclame el derecho de los pueblos a la autodeterminación no significa, ni mucho menos, que se identifique con la burguesía nacional, la cual quiere subordinar los intereses de clase a los nacionales.

Ningún demócrata sincero—y los comunistas son los demócratas más consecuentes—puede pronunciarse contra el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos. Pero esto no significa que se defienda la cosa en sí misma, es decir, que los comunistas, como lo hace, por ejemplo, el Bloque Obrero y Campesino, se declaren separatistas. El antídoto más poderoso contra la balcanización de España, que sería fatal a los intereses económicos de la Península, es precisamente el pleno reconocimiento del derecho a la separación.

La burguesía no puede resolver el problema de las nacionalidades, como no puede dar solución a ninguno de los inherentes a la revolución democrática. Una sociedad basada en la opresión no puede resolver un problema de libertad como es el de las nacionalidades. La postguerra nos ha dado una prueba elocuente de este aserto. Como ha dicho un escritor, antes había en Europa una Austria-Hungría. Ahora hay varias. El problema nacional no ha sido resuelto en ningún país burgués. En Polonia, los polacos, que representan el 52 por 100 de la población, tienen sometidos a los ucranianos, los judíos, los rusos blancos, los alemanes. En el nuevo Estado checoslovaco, la nación hegemónica, los checos, que representan el 44 por 100 de la población, tienen sometidos a los alemanes, los eslovacos, los húngaros y los judíos. En Yugoeslavia, los servios constituyen el 42 por 100 de la población y las minorías nacionales de los croatas, eslovenos, alemanes y húngaros no gozan de ningún derecho. Y no hablemos ya de los países balcánicos. Estados artificiales, que viven gracias a la caridad de las grandes potencias imperialistas para que formen un cinturón alrededor de la Rusia soviética.

Rusia nos ofrece, en ésta como en otras cuestiones, el ejemplo vivo de la aplicación de la verdadera táctica del marxismo revolucionario. Contrariamente a lo ocurrido en 1905, las naciones oprimidas tomaron una participación muy activa en la Revolución de Febrero de 1917, lo cual se explica por la circunstancia de que, gracias al desarrollo del capitalismo en aquellos doce años, el movimiento nacional había tomado un extraordinario impulso. Es evidente que, en un principio, fueron los elementos de la pequeña burguesía los que se pusieron al frente del movimiento y quisieron reemplazar la dominación de la burguesía rusa por la autóctona. Pero gracias principalmente a la acertada política de los bolcheviques, el movimiento fué evolucionando, y en la Asamblea democrática convocada por Kerenski la mayoría de los representantes de las nacionalidades votaron contra la coalición con la burguesía. El Gobierno provisional prometió mucho, pero en la práctica no hizo nada, dejando siempre la cuestión para la Asamblea Constituyente. En realidad no sólo no cumplió sus promesas, sino que realizó una política que fundamentalmente se diferenciaba poco de la del zarismo. Así, por ejemplo, se pronunció contra la decisión de autonomía adoptada por la Rada Ucraniana y disolvió con las armas el *Seim* finlandés. Es verdad que reconoció la independencia de Polonia; pero lo hizo cuando este país estaba ocupado por los alemanes. Fué con motivo de la escandalosa actitud del Gobierno provisional con respecto a Finlandia que Lenin formuló con una precisión admirable el punto de vista del marxismo revolucionario. Los demócratas burgueses, coreados por los mencheviques, decían que la cuestión de las relaciones entre el *Seim* finlandés y Rusia no podía ser resuelta más que mediante el acuerdo entre Finlandia y la Asamblea Constituyente. Lenin combatió enérgicamente este punto de vista, afirmando la libertad de Finlandia de separarse de Rusia. La fórmula del acuerdo, decía, no resuelve nada, porque ¿qué es lo que se hará si el acuerdo no se logra? El acuerdo no es posible

más que si se proclama el derecho a la separación. Debe haber igualdad de derechos: Rusia tiene el de no mostrarse de acuerdo, pero Finlandia también. ¡Qué sorprendente analogía entre el caso de Finlandia en 1917 y el de Cataluña en 1932!

Los bolcheviques, al llegar al poder, pusieron inmediatamente en práctica su programa, proclamando el derecho de los pueblos que formaran antes el Imperio a disponer de sus destinos. Hoy la Unión Soviética es una Confederación de pueblos libres, en la cual el problema nacional en realidad no existe.

* * *

Resumamos estas consideraciones aplicándolas al caso concreto de España.

La cuestión catalana no es más que un aspecto de la revolución democrática en general. Esta revolución ha sido escamoteada y, como consecuencia, se prepara asimismo el escamoteo de la única solución democrática que se puede dar al problema catalán: el derecho indiscutible de Cataluña a disponer de sí misma, incluso a separarse de España si ésta es su voluntad. Las Cortes Constituyentes no resolverán, no puede resolver el problema. La revolución democrática está por hacer. La lucha continuará. El proletariado, en esta lucha, estará con las nacionalidades, con su movimiento de emancipación, que tiene un carácter progresivo, y contra el unitarismo absorbente, que es la reacción, los obreros de fuera de Cataluña acentuarán particularmente el derecho de las nacionalidades a disponer de sí mismas; los obreros catalanes combatirán el chovinismo de «su» burguesía, las tentativas de la misma para fundir la lucha de clases en la lucha nacional y afirmarán la solidaridad de todo el proletariado de la Península en la lucha común contra todas las formas de opresión. El desarrollo de esta lucha demostrará que el problema de las nacionalidades oprimidas no puede ser resuelto más que por la instauración de la dictadura del proletariado.

ANDRÉS NIN.

LA PERSECUCION CONTRA «EL SOVIET»

Una nueva arbitrariedad del Gobierno republicanosocialista ha impedido la aparición de nuestro semanario *El Soviet*. Después de haber obtenido la correspondiente autorización del gobernador de Barcelona y de haber cumplido todos los requisitos legales, cuando ya estaba impreso el periódico y nuestros camaradas se disponían a depositarlo en Correos, se encuentran con que el gobernador no lo autorizaba, pretextando que faltaba el permiso del Ministerio de la Gobernación.

La Redacción de *El Soviet* ha hecho varias visitas al gobernador para obtener la autorización de circulación de nuestro semanario. Hasta el momento en que escribimos estas líneas nada se ha conseguido. Ya el trastorno que se nos ha originado ha sido enorme. Es una prueba más de cómo se practica en España el régimen *democrático*.

Sirvan estas líneas de explicación a todos los camaradas que con justa impaciencia esperaban la llegada de nuestro órgano central.

La bancarrota de la socialdemocracia como sector obrero

Es ya un hecho innegable que la socialdemocracia internacional ve declinar incesantemente su influencia dentro del movimiento obrero mundial. Paralelamente a ese fenómeno observamos que los partidos socialistas de todo el mundo se nutren de fuerzas considerables de la pequeña burguesía, que, naturalmente, imprimen a la socialdemocracia mundial una orientación cada vez más antiobrera.

Ocurre con frecuencia, y eso induce a error a muchos camaradas que llegan a considerar que la socialdemocracia es una fuerza casi invencible, que la afluencia de elementos pequeño-burgueses se produce en una proporción considerablemente mayor a la deserción de obreros del campo socialista, lo que hace que las fuerzas reales de la socialdemocracia aumenten en lugar de disminuir. Ese fenómeno, que se produce igualmente en momentos de flujo que de reflujo revolucionario, por ser precisamente las fuerzas antiobreras las que hoy se adhieren a la socialdemocracia—pero de esto ya hablaremos después—, es explotado por los dirigentes socialtraidores para alardear de sus «progresos», al mismo tiempo que pretenden notar una declinación decisiva—siempre es decisiva para ellos, de la misma forma que para Stalin lo es la «liquidación total del trotskismo»—del movimiento revolucionario, auténticamente revolucionario y que ellos califican de extremismo. Vemos, pues, un decrecimiento considerable del sector proletario de los partidos socialdemócratas, hecho que se produce paralelamente al aumento de los mismos, proporcionalmente más considerable, producido por la afluencia de elementos pertenecientes a la pequeña burguesía. Y es esta característica la que hace que, cuando los partidos socialdemócratas son más fuertes desde el punto de vista numérico, su influencia en los medios proletarios sea más intensa y efectiva. No se trata, por lo tanto, de calibrar el radio de influencia de la socialdemocracia a través del número de los adherentes a sus organizaciones, sino de la influencia real, general en el movimiento obrero. En este caso no hemos tenido ninguna vacilación en afirmar categóricamente que la socialdemocracia está en pleno período de declinación como sector obrerista.

Cuenta la socialdemocracia con una potente organización mundial cuya influencia en los medios obreros decrece sin cesar, aunque los efectivos de sus organizaciones aumenten en la mayoría de los países. Es este fenómeno el que motiva las disensiones entre los dirigentes de la socialdemocracia. La pretendida ala «izquierda» de la socialdemocracia, en la que casi siempre militan los socialistas aburguesados salidos del campo obrero, ve un peligro en la pérdida de la influencia en los medios proletarios, y consideran, con justa razón, que el aumento de efectivos no compensa la deserción de los elementos proletarios y la pérdida de la influencia y el control que hasta hace poco ejercían los socialdemócratas en el movimiento obrero mundial. No es que los elementos «obreristas» de la socialdemocracia quieran defender los intereses del proletariado frente al criterio «ampliamente político» de sus contradictores; es únicamente que les asusta el ambiente que les rodea y que temen

mucho el aislamiento en que les dejan los trabajadores. Interesa mucho insistir y recalcar bien sobre esto porque aun hay obreros que se dejan engañar por los jefes socialistas de «izquierda». Cuando, recientemente, Vandervelde y algunos otros líderes dimitieron sus cargos en la dirección del Partido Obrero Belga (socialdemócrata), después de la discusión habida con los elementos «obreristas» del Partido, no se hizo otra cosa que una maniobra para engañar a los obreros. Pero la política de la socialdemocracia belga continúa siendo tan reformista y antiobrera como antes, y Vandervelde continúa a la cabeza de la Segunda Internacional como delegado del Partido Obrero Belga precisamente.

Y el caso del Partido Obrero Belga es solamente un ejemplo. Ahí está, bien reciente aún, la deserción de Mac Donald y Thomas del Labour Party. Los elementos «obreristas» de las Trade Unions han llorado públicamente la infracción a la disciplina por parte de los «camaradas y jefes queridos». No ha sido una condenación categórica y enérgica de la acción de los jefes, porque no pueden hacerlo los elementos «obreristas» Citrine, Pug y otros, que siempre se han manifestado tan reformistas o más que el mismo Mac Donald. Otro caso bien significativo es la escisión habida en el campo de la socialdemocracia alemana y que ha dado lugar a la creación de un nuevo partido socialdemócrata titulado de «izquierda». Son sus componentes precisamente los elementos que más se han significado en el rompimiento de las huelgas obreras de estos últimos años. Lo son por razón de su origen proletario (en su mayoría) y por haber militado gran parte de ellos en las direcciones de las organizaciones sindicales de Alemania. Es el resultado de su política la deserción de proletarios del campo de la socialdemocracia y la pérdida de la influencia de éste en los medios obreros. Asustados por ese resultado, no encuentran otro medio para conservar su influencia que el de hacer algunas objeciones a la actuación de los jefes supremos. Su nuevo y flamante partido ha cambiado de frases, emplea un lenguaje un poco diferente del de sus antiguos camaradas, pero en el fondo realizan un política idéntica.

Todas esas manifestaciones de «disidencias» entre jefes socialdemócratas son la característica más saliente de la bancarrota de la socialdemocracia como sector obrero que antes hemos señalado. Podemos calificar el hecho de la siguiente manera: los jefes socialdemócratas «obreristas» temen perder el contacto y la influencia en la clase obrera, mientras los otros jefes, los de «amplia visión política», creen posible sostenerse a pesar de esa pérdida de influencia. No es otro el problema. Pero para nosotros, marxistas revolucionarios, la decadencia de la socialdemocracia como sector obrero tiene una enorme importancia y nos plantea el problema de la conquista de las masas obreras que escapan a la influencia del socialreformismo. Y no es con frases acerca del «socialfascismo» en abstracto, ni con fórmulas inadecuadas elaboradas en el laboratorio «leninista» de Stalin como hemos de conquistar esas masas obreras. Tampoco podemos aferrarnos a la creencia de que la socialdemocracia se descompone por sí misma y que ya carece por completo de fuerzas proletarias. Eso sería tanto como desconsiderar o creer falto de importancia un problema que la tiene verdaderamente enorme.

Hemos hablado de la decadencia de la socialdemocracia y hemos visto algunos de los aspectos característicos de esa decadencia, que reviste formas de verdadera bancarrota. Dejamos sentado que la socialdemocracia pierde *su influencia* en los medios obreros, lo cual

no quiere decir, ni mucho menos, que la socialdemocracia carezca de fuerzas proletarias organizadas. Sindicalmente sobre todo, las fuerzas socialdemócratas son muy considerables, lo que equivale a decir que aun hay muchísimos obreros agrupados en torno a la socialdemocracia, a pesar de esas conmociones internas que antes hemos señalado. Existen los elementos necesarios en la situación interior de la socialdemocracia internacional para arrancar las fuerzas obreras que siguen a los Vandervelde, Mertens, Citrine y compañía. Para ello hay que empezar por reconocer la existencia de esas fuerzas y realizar una política adecuada para conquistarlas. Los elementos dirigentes de la I. C. ven una bancarrota completa de la socialdemocracia (Maurin abunda en esas mismas apreciaciones) y enfocan el problema desde ese plano, lo que les conduce, naturalmente, a una depreciación absoluta del papel de los socialistas. Nuestra afirmación de que la socialdemocracia pierde vertiginosamente su influencia en los medios obreros no puede confundirse con la concepción staliniana, ni niega la fuerza organizada de aquélla. Y como confirmación de mi tesis podemos citar el caso concreto de Alemania. Los sindicatos obreros alemanes afectos a la Federación Sindical Internacional no han sufrido grandes pérdidas de adherentes. (La socialdemocracia como partido político tampoco ha perdido grandes fuerzas.) Hace cinco o seis años, con igual cantidad de fuerzas que en la actualidad no se producía ni un solo conflicto obrero que escapase al control de los sindicatos reformistas, pese a la fuerza y a los esfuerzos que por lograrlo realizaba el Partido Comunista Alemán. Las fuerzas comunistas alemanas no han aumentado orgánicamente en la proporción que se ha producido la pérdida de la influencia socialdemócrata; los sindicatos reformistas agrupan casi las mismas fuerzas que en la época que nos ocupa, y, sin embargo, en la actualidad, casi todos los conflictos y movimientos que se plantean entre el capital y el trabajo en Alemania se producen sin que la socialdemocracia tenga el control de ellos. El resultado de las últimas elecciones en Prusia es bien significativo en este sentido. La socialdemocracia conserva sus fuerzas organizadas política y sindicalmente en igual cantidad que al efectuarse la anterior elección. Y, sin embargo, el número de sufragios alcanzado es poco más de la mitad que entonces. (Desgraciadamente no podemos decir que las masas obreras se hayan «radicalizado» en Prusia y hayan dado sus votos al comunismo. El P. C. alemán apenas ha visto aumentar sus votos.)

En Francia el Partido Socialista ve aumentar sus efectivos de una forma enorme; la C. G. T. reformista aumenta, de 300.000 adherentes que tenía en 1926, a más de 800.000 que tiene en la actualidad. Pero todos los movimientos obreros escapan al control de la socialdemocracia con mucha más facilidad que en los años 1926-27, a pesar de que las fuerzas agrupadas en el P. C. y la C. G. T. U. han decrecido de una forma bastante sensible.

Vemos, pues, que la pérdida de la influencia socialista en los medios obreros decrece a pesar del aumento de los efectivos de sus organizaciones. Ahí está la confirmación de nuestra tesis acerca del crecimiento de la socialdemocracia por la afluencia de elementos de la pequeña burguesía.

Esa evolución y ese proceso se producen—hemos dicho al principio—igual o casi igual en períodos de flujo que de reflujo revolucionario. Nos referimos al aumento de los efectivos en las organizaciones socialdemócratas. Y basamos nuestra afirmación en el hecho concreto de ser elementos pequeño-burgueses los que hacen que se opere ese aumento de efectivos socialdemócratas. Es lógico y natu-

ral que en períodos de ascenso revolucionario las masas obreras se radicalicen y se hagan revolucionarias por razón misma de las circunstancias y por lo que de instructivo y experimental tiene todo hecho revolucionario, como lo es también el hecho de que la pequeña burguesía, e incluso algunos elementos de la burguesía, se adhieran a los partidos políticos que, como el socialdemócrata, juegan el papel de freno de la revolución.

Es general creencia, en la que abundan muchos comunistas, que los períodos de depresión revolucionaria traen consigo una inclinación del proletariado hacia orientaciones reformistas. Los acontecimientos y la experiencia demuestran lo contrario; y es que la depresión revolucionaria viene acompañada de la depresión general en el movimiento obrero revolucionario. Los trabajadores, por regla general, cuando llegan esos períodos, sufren los efectos de la desmoralización y se apartan de la lucha. Solamente la excepción retorna al campo reformista, y no puede decirse que entre los incluídos en esa excepción haya muchos convencidos. Pero es innegable que siempre existen esos elementos que en los momentos de depresión revolucionaria van a engrosar las filas de la socialdemocracia. Y el mismo caso se da entre los elementos de la pequeña burguesía radical, que no ven satisfechas sus aspiraciones en los regímenes reaccionarios. Tardieu, en Francia, realiza una política cada vez más reaccionaria, con lo que hace que muchos elementos pequeño-burgueses se incorporen al Partido Socialista; Mussolini, con su política fascista, hace que se opere el «milagro» de la incorporación al Partido Socialista Italiano de muchos elementos partidarios del difunto demócrata burgués Giolitti. Pero debemos declarar que es de un simplismo infantil considerar en abstracto que los períodos revolucionarios traen consigo, con carácter general, el fortalecimiento única y exclusivamente del ala más revolucionaria, y que los períodos de reflujo de la revolución producen el robustecimiento solamente de la reacción. La socialdemocracia juega un papel intermedio—y es esta apreciación la que nos separa de la teoría absurda de Stalin sobre el «socialfascismo»—, aunque sus jefes se inclinen casi siempre del lado de los enemigos del proletariado, que tiene la virtud de captarle casi siempre las simpatías de la pequeña burguesía. El caso concreto de España es verdaderamente significativo. Durante el período de las dictaduras de Primo de Rivera-Berenguer la socialdemocracia logra aumentar sus efectivos políticos y sindicales, aunque de una forma no muy importante, y consolidar su organización. Su influencia llega entonces a ser considerable entre el elemento obrero. En varias huelgas de Vizcaya, Asturias y otras partes los socialistas fueron quienes tuvieron su control. Vemos, pues, que en período de depresión obrera y reacción burguesa la socialdemocracia española aumenta sus efectivos y hasta su influencia. Al proclamarse la República cuenta la U. G. T. con unos 200.000 adherentes y con unos 4 ó 5.000 el Partido Socialista. Comienza el período de ascenso revolucionario. Las masas obreras se inclinan del lado de la revolución. No obstante, la U. G. T. ve aumentar sus efectivos hasta alcanzar la cifra de más de medio millón de adherentes y que el Partido Socialista aumenta sus efectivos en parecida proporción. La pequeña burguesía, ambiciosa, se ha volcado en el Partido Socialista, en el partido de los enchufes y los puestos en los Ministerios y las instituciones públicas. La crisis de trabajo ha dado a la U. G. T. una gran cantidad de adherentes. Resulta dificilísimo trabajar hoy en España, sobre todo en Madrid, sin tener previamente un carnet de la U. G. T. en el bolsillo. Los obreros inconscientes, la masa de obreros fluctuantes y sin formación política ha ido a la U. G. T. (aunque en proporción no tan importante como la pequeña burguesía) a hacer reverencia a la política de la pequeña burguesía.

En pleno período revolucionario la fuerza organizada de la socialdemocracia española ve aumentar enormemente sus efectivos, como hemos visto. No obstante, todos o casi todos los conflictos obreros que actualmente se declaran en España escapan por completo al control directo de la socialdemocracia. Casi ninguno de esos movimientos es dirigido por la U. G. T.; los dirigentes de la U. G. T. y del Partido Socialista no pueden hablar a los trabajadores porque éstos les silban, incluso en Jaén, que ha sido siempre uno de los feudos socialdemócratas; incluso en Extremadura, que es una de las regiones españolas que más diputados socialistas ha enviado a las Cortes Constituyentes. La socialdemocracia española posee hoy una gran fuerza organizada, pero carece de influencia en los medios obreros. Ha dejado de ser un sector obrero para convertirse en la antesala de la burguesía.

No puede juzgarse la influencia obrera de la socialdemocracia a través de las huelgas obreras que hace fracasar, porque para ello cuenta no solamente con la organización y los obreros inconscientes, no sólo con el paro forzoso y con la depresión del movimiento obrero que actualmente se observa en toda España, no sólo con la miopía del P. C. de E. y con la incapacidad manifiesta de la C. N. T., sino que cuenta con los guardias de asalto, con tres ministros socialistas y el poder coercitivo en sus manos, así como con su organización de impenitentes rompehuelgas. No; la fuerza de la socialdemocracia española ha aumentado sensiblemente, desplazándose más sensiblemente aún hacia el campo de la pequeña burguesía, paralelamente a la pérdida de elementos proletarios y a la pérdida de su influencia en los medios obreros.

Es ésa una característica internacional que ofrece la socialdemocracia mundial y a la que no puede escapar la española. Hoy los socialistas españoles pueden contener un poco a los «disidentes» jefes obreristas porque todos tienen enchufes y colocaciones de la «República de trabajadores». Mañana, cuando la socialdemocracia española pase a la oposición, cuando no haya ministros ni enchufes socialistas, se planteará el caso de Alemania, el de Inglaterra: la lucha por el miedo que supone el divorcio con la clase obrera.

Es ése, y no otro, el problema. Hay aún muchos, muchísimos obreros inconscientes, pero de buena fe, en el campo de la socialdemocracia. Estos obreros necesitan alguien que les oriente, y no es una forma muy adecuada la acusación constante de «socialfascismo». Esos obreros verán poco a poco que no están en un medio que les corresponda y que sus intereses son idénticos a los de los demás obreros y en pugna con los que defienden sus organizaciones No se trata ahora aún de convencer a esos obreros sobre la forma de hacer la revolución; es preciso persuadirles antes de la necesidad de hacerla y el error en que actualmente se encuentran. Hay que empezar por lo más elemental, que en este caso es conquistar a los obreros socialdemócratas, atraerles a nosotros. Esa misión compete a los comunistas, a su prensa, a sus libros, a sus manifiestos, a sus oradores. Pero hay que hablar al obrero socialista honrado un lenguaje de camaradas, de igual a igual, sin ese aire absurdo de los comunistas oficiales, aire de superioridad y pedantería verdaderamente antileninista.

HENRI LACROIX.

Cárcel Modelo de Madrid, 5 de mayo.

Dictadura democrática o dictadura proletaria

Esta cuestión, en la situación revolucionaria que atravesamos, tiene una importancia de principio y práctica verdaderamente excepcional. Nos parece que debiera estar ya plenamente dilucidada, máxime después de la experiencia de la revolución rusa de octubre de 1917, la primera revolución proletaria victoriosa. Sin embargo, la dirección burocrática del Partido oficial, sostenida, o mejor, inspirada por los dirigentes de la I. C. (fracción staliniana), resucita y airea la vieja fórmula de «dictadura democrática del proletariado y de los campesinos», que corresponde, según ella, a la «etapa actual de la revolución democrática».

En estos últimos tiempos se ha reforzado la agitación en defensa de tal consigna, acentuando fuertemente las líneas de demarcación de la revolución democrática en relación con la revolución proletaria. Se ha llegado a decir que sostener la dictadura del proletariado actualmente es contrarrevolucionario, nos separaría de los campesinos, etc. Naturalmente, si al propugnar la dictadura del proletariado quisiéramos decir que tratamos de imponerla «ahora mismo», sería una aventura, sería blanquismo. Me detengo en esto porque es uno de los argumentos empleados por los stalinianos españoles. Pero esta argumentación se vuelve contra sus esgrimidores. En efecto: si éstos tratasen de imponer «ahora mismo» su «dictadura democrática del proletariado y de los campesinos», caerían en la aventura, en el blanquismo igualmente. La apreciación del momento en que debe realizarse un cambio de régimen depende de las fuerzas de que se disponga para derribar el poder constituído. Para los comunistas, esto es muy claro: «La insurrección debe apoyarse, no en un complot, ni en un partido, sino en la clase avanzada. La insurrección debe apoyarse en el empuje revolucionario del pueblo. La insurrección debe estallar en el *apogeo* de la revolución ascendente en el momento en que la actividad de la vanguardia del pueblo es mayor...» (Lenin.)

Vemos, pues, que este argumento se hunde él solo, porque identifica o hace inseparables dos cuestiones distintas: el Poder por cuya instauración se lucha, y el momento de imponerlo. Como se comprende, es una cuestión general que en modo alguno tiene que ver con una forma de Poder determinada.

Lo que aquí se ventila es muy diferente. La revolución se desarrolla en España; ha franqueado ya una primera etapa con la proclamación de la República y el paso del Poder a la burguesía. Como ésta no se halla estabilizada y la revolución sigue su marcha ascendente, aunque progrese, como es natural, en zigzags se abren nuevas perspectivas de Poder, concretándose en consignas que intentan guiar a la vanguardia revolucionaria a lo largo del camino en su lucha por el poder. En este campo, pues, está situada la oposición, entre la «dictadura democrática del proletariado y de los campesinos» y la dictadura del proletariado. Y tan importante es esta cuestión, que Lenin decía en 1917: «El problema radical de toda revolución es el del Poder en el Estado. Ninguna participación consciente en la revolución—sin hablar de la dirección de esta última—es posible mientras este problema no esté dilucidado.»

Veamos la objeción de que la consigna de dictadura del proletariado nos separaría de los campesinos. ¿Acaso Lenin y los bolcheviques no se ligaron fuertemente a los campesinos en el período de abril a octubre de 1917? La Revolución de Octubre, ¿fué o no una revolución proletaria, y el poder instaurado la dictadura del proletariado? ¿No fué Lenin quien orientó a los bolcheviques hacia la dictadura del proletariado y la revolución proletaria? Entre los innumerables textos, podemos hacer las siguientes citas del gran jefe de la revolución soviética:

«Después de esta revolución (revolución de febrero de 1917), el Poder pertenece a *otra* clase, a una nueva clase: *la burguesía*.

»El paso del Poder de una *clase* a otra es el primer carácter principal, esencial, de una *revolución*, a la vez en el sentido estrictamente científico y en el sentido práctico o político de la palabra.

»La revolución burguesa o democráticoburguesa ha *terminado* por ello en Rusia.

»Oímos elevarse aquí las protestas de contradictores a los que les place llamarse «viejos bolcheviques»: ¿No hemos dicho siempre que la revolución democráticoburguesa no podía terminarse sino por la «dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos»? ¿La revolución agraria, democráticoburguesa también, ha terminado? ¿No es, al contrario, un hecho que *todavía no* ha comenzado?

»Yo respondo: las ideas y las consignas de los bolcheviques han sido completamente confirmadas por la historia *en su conjunto*; pero *en la realidad concreta* las cosas han pasado *de otra manera distinta* de la que podíamos prever; han pasado de manera más original y más variada.

»Ignorarlo u olvidarlo sería hacerse semejante a esos «viejos bolcheviques» que, ya más de una vez, desempeñaron un triste papel en la historia de nuestro Partido, repitiendo tontamente una fórmula *aprendida de memoria* en lugar de *estudiar* la originalidad de una realidad viva y nueva.

»La dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos se ha realizado ya (en cierta forma y hasta cierto punto) en la revolución rusa, porque esta fórmula no prevé más que una *relación entre las clases*, y no una institución *política concreta que materialice* esta relación, esta colaboración.

»Esta fórmula ha envejecido ya. La vida la ha conducido del reino de las fórmulas al de la realidad, le ha dado carne y sangre, la ha concretado, modificándola *por eso mismo*.

»No hablar *hoy* más que de «dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos» es ir a la zaga de la vida, es *pasarse* a la pequeña burguesía contra la lucha de clases proletaria, es merecer ser relegado al museo de las rarezas «bolchevistas» prerrevolucionarias (al archivo de los «viejos bolcheviques», se podría decir)» (1).

Así es que en Rusia, desde abril de 1917, orientándose directamente—no inmediatamente; ésta es la cuestión del *momento* ya explicada—hacia la revolución proletaria y la dictadura del proletariado, los bolcheviques no sólo no se separaron de los campesinos, sino que supieron unirse a ellos, como lo prueba la historia. Esta objeción, pues, no vale absolutamente nada. Proviene de la vulgaridad de creer o hacer creer que la dictadura del proletariado lleva en sí la *exclusiva* del Poder para esta clase, en el sentido de que ha de mostrarse *dictatorialmente intransigente* en sus relaciones con las demás clases

(1) *Obras completas*, tomo XX, págs. 111, 112, 113.

oprimidas por el capitalismo: los campesinos, por ejemplo. Ahora bien, no hay nada de esto. La dictadura proletaria establece sus relaciones cordiales con los campesinos; les da participación en el Poder; los eleva y dirige hacia la emancipación, a través de transacciones con sus intereses inmediatos y sus puntos de vista limitados. La dictadura del proletariado aparece con toda su fuerza y con toda su intransigencia contra la burguesía, y, naturalmente, contra los grandes terratenientes y los restos de feudalismo, a los que liquida de un golpe. La dictadura del proletariado en este respecto significa que los obreros desempeñan el papel político *dirigente* y *preponderante* del Estado en el período de transición del capitalismo al comunismo. Nos parece que esto se halla probado por la experiencia; pero para que no se nos tache de innovadores se nos ha de permitir citar el siguiente párrafo de Lenin, refiriéndose al período de la dictadura del proletariado. «En realidad, este período es, inevitablemente, el de una lucha de clases extremadamente encarnizada, con una violencia desconocida hasta ahora. En esta época, el Estado debe ser un Estado democrático (para los proletarios y desposeídos en general) *novador* y un Estado dictatorial (contra la burguesía) igualmente *novador*... (*Obras completas*, tomo XXI, páginas 469-470.)

También proviene esta hipotética separación de los campesinos que se arguye contra la dictadura del proletariado de suponer que ésta lleva en sí la socialización inmediata. Parece mentira que esto se diga después de ver cómo se ha desarrollado la dictadura en la U. R. S. S. Como sabemos, se introdujo la *Nep*; la colectivización agraria no ha comenzado seriamente hasta doce años después de triunfar la Revolución de Octubre, etc.

Se llega a suponer que la consigna de dictadura del proletariado es incompatible con las consignas democráticas. En Rusia, en 1917, se probó lo contrario. Se luchó ardientemente por las consignas democráticas, pero sin crear equívocos en la cuestión del Poder. Por eso, Lenin rechazó de plano la fórmula de la «dictadura democrática del proletariado y de los campesinos». Y a través de las consignas democráticas, con la conciencia esclarecida de la vanguardia proletaria, se avanzaba hacia el objetivo de la toma del poder por la clase obrera. No hay una muralla de la China entre la revolución democrática y la revolución proletaria. Los stalinianos deducen de ahí que no hay impedimento alguno para la «transformación» de la «dictadura democrática del proletariado y de los campesinos» en dictadura del proletariado, y de esta manera levantan un muro entre la revolución democrática y la revolución proletaria. En efecto: los stalinianos luchan por la dictadura democrática; así crean un Poder que no es el poder proletario, y que, si son omunistas consecuentes, han de derribar después para instaurar la dictadura del proletariado; porque el poder de una clase no se «transforma» en poder de otra, sino que se arrebata con las armas en la mano. La separación entre las dos revoluciones está señalada, pues, nada menos que por una lucha armada. Esta es la realidad, aunque los stalinianos sostengan que puede «transformarse» — sin que sepamos cómo—la dictadura democrática en dictadura proletaria.

Lo que se plantea hoy en España, como lo que se planteó en Rusia en 1917—en España con mayor razón por la crisis gigantesca del capitalismo, que ataca a los cimientos mismos del sistema, y por la existencia de la U. R. S. S., que influye considerablemente en las condiciones internas—, es desarrollar la situación revolucionaria hacia su única solución directa: la toma del Poder por el proletariado para transformar la revolución democrática en revolución proletaria, es decir, para *terminar la revolución democrática por la revolución proletaria*. Porque es así, sólo la revolución proletaria puede llevar hasta el fin la revolución democrática. Por eso, actualmente, en España, como en 1917 en Rusia, al mismo tiempo que se desarrolla la revolución democrática se lucha por la revolución proletaria. Ningún otro sentido tiene la lucha del proletariado contra la *burguesía* y la toma fugitiva del Poder—pero toma al fin—en la cuenca del Cardoner y del Alto Llobregat.

Y es que la revolución tiene una significación de proceso (en Rusia se inicia en 1917 y sigue hasta el socialismo integral) y otra fundamental, que es la lucha y la toma del poder por una clase, o sea la interrupción, la solución de continuidad. En este sentido podemos hablar hoy de revolución proletaria. Y, naturalmente, la revolución democrática puede y debe transformarse en revolución proletaria, como tales procesos, bajo el Poder que representa e inicia la revolución proletaria: la dictadura del proletariado. Hablar de «transformación» de Poderes es charlatanería pura; equivaldría a suprimir la revolución y aceptar la vía evolucionista de los socialdemócratas. La revolución-proceso de que hablamos no incluye nada *pacífico*, como alguien pudiera interpretar malévolamente, indica el desarrollo de la lucha de clases hasta que, en un momento dado, se ve impulsado bruscamente en sentido progresivo o regresivo, determinando una crisis de Poder, con la destrucción del antiguo y el ascenso de una clase nueva al Poder, o la plenitud de los elementos reaccionarios del viejo Poder. A partir de estos *momentos* (que resuelve la lucha armada) se cuentan las eras de las revoluciones y de las contrarrevoluciones.

Lenin es extraño a esa «transformación» de la «dictadura democrática del proletariado y de los campesinos» en dictadura del proletariado. Esto es obra de los epígonos. Lenin defendió la fórmula de «dictadura democrática» en 1905, mientras estimó que la revolución no podía salir de los límites de la sociedad capitalista. Si hubiese sido partidario de la tan cacareada «transformación», no tenía por qué combatir tan vigorosamente en abril de 1917 la fórmula de dictadura democrática o su fundamento: «la revolución democrática no ha terminado». «Esta fórmula ha envejecido. No sirve para nada. Ha muerto. Vanamente se intentará resucitarla.» Así se expresaba. Está bien claro. Sin embargo, no está de más hacer unas citas:

«La victoria decisiva de la revolución sobre el zarismo revestirá la forma de la dictadura revolucionaria de los obreros y campesinos... Ni que decir tiene que será una dictadura democrática y no socialista. No podrá *tocar* (*sin que se hayan franqueado toda una serie de grados intermedios del desarrollo revolucionario*) *a los fundamentos del capitalismo.*» (Subrayado por nosotros. *Obras completas*, tomo VI.)

¿No es evidente, según Lenin, que en 1917, después de febrero, al ver que *esos grados intermedios* se aproximaban unos a otros, en vez de obstinarse como los epígonos en la vieja fórmula, rompe con ella y señala la orientación hacia la dictadura del proletariado?

Como en España, en Rusia tampoco se había realizado la revolución agraria. Con todo, Lenin repetía: «La revolución democráticoburguesa ha terminado.» ¿Qué quería decir? Preparémonos para la dictadura del proletariado; bajo su poder se liquidará la revolución democrática y se iniciará la revolución proletaria. En el artículo *Los compromisos* decía con toda claridad: «Nuestro objetivo es la dictadura del proletariado revolucionario. Seis meses de

revolución han confirmado, con una claridad, una fuerza y un brillo extraordinarios, la justeza y la ineluctabilidad de esta reivindicación, precisamente en interés de nuestra revolución: sin la dictadura del proletariado, el pueblo no podrá obtener ni la paz democrática, *ni la entrega de la tierra a los campesinos*, ni la absoluta libertad.»

Pero sigamos con lo que Lenin esperaba de la dictadura democrática del proletariado y de los campesinos en 1905:

«Esta composición de la base social de la dictadura revolucionaria democrática posible y deseable influirá, evidentemente, en la composición del Gobierno revolucionario; hará inevitable la entrada, o hasta la *preponderancia*, en este Gobierno, de los *representantes más variados de la democracia revolucionaria.*» (*La socialdemocracia y el Gobierno revolucionario provisional.*)

«Sin esta revolución (democráticoburguesa) no se puede concebir ningún desarrollo importante de una organización independiente del proletariado para la revolución socialista.» (*La dictadura revolucionaria democrática del proletariado y de los campesinos.*)

«Ahora bien, ¡eso no es otra cosa que la dictadura revolucionaria del proletariado y de los campesinos! Cuanto más conquistemos hoy, cuanta más energía pongamos en defender nuestras conquistas, tanto menos grande será la parte que podrá arrebatarnos luego la *inevitable reacción*, tanto menos durará este intermedio de la reacción, menos difícil será la tarea de los combatientes proletarios que nos sucedan.» (Ibídem.)

«La clase campesina está ligada a la revolución, no sólo por la reforma agraria radical, sino también por sus intereses generales y permanentes. Hasta para luchar contra el proletariado, el campesino necesita la democracia, porque sólo el régimen democrático puede representar exactamente sus intereses y darle la preponderancia, como mayoría, como masa.» (*Dos tácticas.*)

«En el primer plano aparecen reivindicaciones cuya satisfacción desarrollará el capitalismo, lo depurará de las escorias feudales, mejorá las condiciones de existencia y de lucha del proletariado y de la burguesía a la vez.» (*Partido socialista y revolucionario sin partido.*)

«El proletariado de Rusia reclama, por el momento, cosas capaces, no de minar el capitalismo, sino de depurarlo, fortificarlo y acelerar su evolución. En cuanto a los campesinos, su «programa máximo», su objetivo final, no supera el capitalismo, que no haría más que crecer y embellecerse si toda la tierra pasase a manos de los campesinos y de toda la nación.» (Ibídem.)

Este es el cuadro que justificaba, según Lenin, la dictadura democrática del proletariado y de los campesinos. Como se ve, tratábase de empujar la revolución hasta suprimir todas las supervivencias feudales, sin que por ello el capitalismo sufriese; antes al contrario, se embellecería. La consigna revolucionaria de 1905 era reaccionaria en 1917. Si en 1905 la entrega de la tierra a los campesinos embellecía al capitalismo, en 1917, los Bancos, ligados a la gran propiedad por hipotecas cuantiosas y por la explotación, se hubieran resentido (y los Bancos dirigían ya la economía del país). La madurez de ciertos ramos de la producción para su nacionalización, la mayor conciencia de clase del proletariado, la situación internacional, etc., después de haber pasado el Poder a la burguesía en febrero, señalaban la ruta de la dictadura del proletariado. ¡Cuán reaccionaria no es hoy la dictadura democrática del proletariado y de los campesinos!

Ante una crisis inaudita del capitalismo y la dictadura del proletariado en la U. R. S. S., ante una situación revolucionaria como en España, con el Poder en manos de la burguesía, elevada a él en abril de 1931 por la inconsciencia de las masas en lucha contra la monarquía, después de un proceso de destrucción de las ilusiones democráticas, ante la lucha de los obreros industriales y agrícolas que «tantean» la toma del poder ante la contrarrevolución burguesa: ¡dictadura democrática del proletariado y de los campesinos! ¿Qué significa esto? Engancharse al carro de la pequeña burguesía (porque o la dictadura democrática no es nada, o es la preponderancia de los elementos pequeñoburgueses en el Poder. Véanse las citas de Lenin.), y por su mediación caer en las garras de la burguesía y «kuomintanguizar» al proletariado; o bien lanzarse a la aventura sin fuerzas suficientes, como en Cantón, por ser *más fácil, más asequible*, la dictadura democrática que la dictadura del proletariado. Estas dos variantes prevé Trotsky muy justamente en la política centrista de los dirigentes de la I. C. en relación con la revolución española.

Se dice por los stalinianos españoles que al propugnar la dictadura del proletariado identificamos la situación actual de España con la de Rusia de 1917; que la consigna debe ser la dictadura democrática, porque en España no hay Soviets, y que éstos eran en Rusia de 1917 (desde febrero) la dictadura democrática del proletariado y de los campesinos. En realidad, con esto demuestran los stalinianos que no han pasado todavía de 1905; que no han comprendido nada de la experiencia de 1917 y que tratan precisamente de hacer coincidir ambos procesos (los de las revoluciones rusa y española), a pesar de que en España no surgieron los Soviets en abril de 1931. Por eso dicen: vamos a la dictadura democrática del proletariado y de los campesinos para tener el mismo *punto de partida*. Verdaderamente, aquí no hay más que confusión, olvido de lo que son los Soviets y el esfuerzo desesperado de agarrarse a una fórmula hoy reaccionaria.

En 1905, cuando se lanzó la consigna dictadura democrática del proletariado y de los campesinos, se hablaba de Asamblea Constituyente y de República democrática. Los Soviets surgieron en ese año como órganos de combate, pero después; y no se consideraron como expresión de un Poder determinado. En 1917, los «viejos bolcheviques» clamaban por la dictadura democrática, y Lenin, combatiéndolos, tuvo que decirles que tal dictadura existía ya en Rusia, *realizada por la vida*, en el Soviet de diputados obreros y soldados, advirtiéndoles que semejante fórmula «sólo prevé una *relación entre las clases*, y no una institución *política concreta que materialice* esa relación, esa colaboración»; que «una colosal ola pequeñoburguesa lo ha inundado todo, ha aplastado al proletariado consciente, no sólo por su masa, sino también por la *idea*; lo ha contagiado de las concepciones políticas pequeñoburguesas; que «toda la pequeña burguesía se había inclinado, no accidentalmente, sino necesariamente, al «sostén» de la burguesía, a la sumisión a la burguesía, al *temor* de prescindir de ella.»

Por eso Lenin rechazó de plano la fórmula de la dictadura democrática, que no era lo que se esperaba en 1905: un verdadero Poder (aun sin salirse del marco del capitalismo). Representaba simplemente la confusión y la confianza en la burguesía. Pero al mismo tiempo vió Lenin que liberando al proletariado y a los campesinos más pobres de la influencia pequeñoburguesa, los Soviets serían la expresión, la forma de la dictadura del proletariado. Si no, los So-

viets morirían. No hay que decir que tuvo plena confirmación.

Los epígonos han unido la vieja fórmula muerta a la forma del Estado proletario: los Soviets, e intentan así *vanamente, resucitar* un cadáver: la dictadura democrática del proletariado y de los campesinos.

Inútil será pensar, como los stalinianos, que los Soviets surjan en España con las características de los rusos a principios de 1917. La diferencia es bien notoria: aquéllos nacen en lucha contra la autocracia; éstos (los de España) se erigirán contra la burguesía. Los dirigentes del Partido oficial, con su fórmula reaccionaria, intentan ir contra la corriente de los acontecimientos de la lucha de clases.

Al hablar de la alianza con los campesinos intentan someter el proletariado a la pequeña burguesía. Nosotros también queremos la alianza con los campesinos, pero planteamos la cuestión de la dictadura del proletariado. Sólo la dictadura del proletariado derribará a la burguesía y dará la tierra a los campesinos.

Después de las jornadas de julio de 1917, Lenin decía: «El derrocamiento de la contrarrevolución burguesa ninguna fuerza puede conseguirlo sino la fuerza del proletariado revolucionario. Este proletariado, después de los acontecimientos de julio de 1917, debe, independientemente, tomar el Poder: fuera de eso, la revolución *no puede* triunfar.»

Para terminar, no podemos substraernos a citar los siguientes juicios de Trotsky:

«Sí; Lenin propugnó en 1905 la fórmula hipotética de la «dictadura democrática del proletariado y de los campesinos». De existir en general un país en el cual pudiera esperarse una revolución agraria democrática *independiente* anterior a la toma del Poder por el proletariado, ese país era precisamente Rusia, donde el problema agrario dominaba toda la vida nacional, donde los movimientos campesinos revolucionarios se prolongaban durante décadas, donde existía un partido agrariorrevolucionario con una gran tradición y una amplia influencia entre las masas. Sin embargo, aun en Rusia, no hubo sitio para una revolución intermedia entre la burguesa y la proletaria. En abril de 1917, Lenin repetía sin cesar, refiriéndose a Stalin, Kamenev y otros que se aferraban a la vieja fórmula bolchevique de 1905: «No hay y no habrá otra «dictadura democrática» que la de Miliukov-Tseretelli-Chernov: *la dictadura democrática* es, por su esencia misma, *una dictadura de la burguesía sobre el proletariado*; sólo la dictadura del proletariado puede suceder a la *dictadura democrática*. Quien inventa fórmulas intermedias es un pobre visionario o un charlatán.» He aquí la conclusión que sacaba Lenin de la experiencia viva de las Revoluciones de Febrero y Octubre. Nosotros seguimos colocados sobre la base de esa experiencia y de esas conclusiones. Sólo la dictadura del proletariado puede derrocar la denominación de la burguesía. No hay, no habrá ni puede haber ninguna revolución intermedia más «simple», más «económica», más accesible a vuestras fuerzas. La historia no inventará para vosotros ninguna dictadura intermedia, dictadura de segunda clase, dictadura con descuento. El que os hable de ella os engaña. Preparaos seriamente, con tenacidad, de un modo incansable, para la dictadura del proletariado.» (*La revolución española y sus peligros.*)

El lector comprenderá fácilmente que Trotsky y la Oposición Comunista de Izquierda siguen a Lenin y no los epígonos y burócratas.

ARLEN.

El problema del burocratismo en la Unión Soviética

El enorme desarrollo que ha tomado la burocracia en la Unión Soviética, sus repercusiones en la marcha política de la Unión y del comunismo internacional, así como su peso en la economía soviética, constituye la base de la crítica de la Oposición de Izquierda. A pesar de haberse pronunciado sobre el fenómeno multitud de personas y de tendencias, son escasos los intentos encaminados a formular un juicio sistemático y orgánico sobre el problema. A nosotros no nos interesan, claro está, los tendenciosos juicios de los adversarios de clase, ni podemos considerar como estudios sobre el problema las simples reacciones sentimentales que se producen en el campo obrero. Sólo los intentos hechos de enjuiciar el problema desde el punto de vista marxista pueden importarnos fundamentalmente, por ser éste también el punto de vista nuestro y el único que consideramos legítimo.

Dos posiciones se dibujan hoy entre los comunistas disidentes al encararse con el problema del burocratismo en la Unión Soviética y en la Internacional Comunista. Una de ellas tiene su punto de partida en la afirmación de que la burocracia soviética ha llegado a constituir una nueva clase explotadora y que, por lo tanto, el Estado soviético ha dejado de ser un Estado proletario; que la Internacional Comunista, en cuanto no es más que el apéndice del Estado soviético burocratizado, ha dejado también de jugar un papel revolucionario en el mundo. Los que sostienen este punto de vista abogan, consecuentemente, por la creación de un nuevo movimiento comunista desligado por completo de la Unión Soviética y de las instituciones oficiales del comunismo actual. La otra posición, que defiende la Izquierda Comunista, niega que la burocracia soviética haya llegado a constituir una nueva clase y afirma, por consiguiente, el carácter proletario del Estado soviético y de todas las instituciones comunistas internacionales que de él dependen. Sin hacerse la menor ilusión sobre el porvenir del movimiento comunista, que inevitablemente se hundiría caso de persistir el burocratismo actual, cree la Oposición de Izquierda en la posibilidad de reformarlo, de reintegrarlo a sus verdaderas posiciones, asumiendo, naturalmente, la Oposición de Izquierda esta misión. La Oposición de Izquierda se incorpora como un factor en la regeneración del comunismo, y sólo en el caso de que una vicisitud histórica le impidiese cumplir su misión, que llegase a consumarse el fracaso del comunismo, es decir; que llegase a tener una significación distinta de la que hoy le atribuye, se sentiría la Oposición de Izquierda en la necesidad de adoptar posiciones nuevas.

Estas dos posiciones teóricas generales no excluyen, sino que, al contrario, presupone una serie de posiciones políticas intermedias, sin programa coherente y muy dispares entre sí. Tal es, por ejemplo, el caso del izquierdismo de Urbhans en Alemania, o del derechismo del Bloque Obrero y Campesino en España, que, sin un contenido programático claro, adopta en parte la primera posición, a la vez que acepta, también en parte, ciertas posiciones de la Izquierda Comunista.

El economista francés Lucien Laurat es, entre lo que conocemos, quien ha intentado darle una expresión teórica más acabada a la primera posición en un estudio sobre la economía soviética, que está traducido al español. Su crítica hemos visto que constituye también la base del Círculo Comunista Democrático, que orienta Boris Souvarine en Francia. El estudio de Lucien Laurat se refiere únicamente a la Unión Soviética, sin contener más que alusiones al comunismo internacional. En estas notas queremos contrastar las opiniones de Lucien Laurat sobre el burocratismo en la Unión Soviética con las de la Izquierda Comunista.

El stalinismo, como régimen político, es la expresión más perfecta del anquilosamiento burocrático. Bajo la dirección de Stalin, el Estado soviético ha seguido una evolución diametralmente opuesta a la que históricamente le correspondía como Estado obrero. Terminadas en Rusia las guerras civiles, más afianzado el régimen, la evolución del Estado en sentido proletario debía manifestarse en un mayor aumento de la libertad y de la democracia obrera. El rudimentario aparato de Estado que hubo de improvisar la revolución para mantenerse, debía afinarse y perfeccionarse ligándose cada vez más a la clase que representaba. El stalinismo desplazó el Estado soviético justamente en sentido contrario. Las imperfecciones que tenía el Estado en los primeros tiempos, explicables por la situación en que se encontraba el país, debían ser neutralizadas y vencidas apoyándose en la clase obrara. Si la evolución ha sido la contraria, es porque el stalinismo se apoyaba y encarnaba todos los gérmenes de corrupción. Las libertades de que gozaba la clase obrera han desaparecido por completo, ha perdido toda intervención en la dirección de la economía y de la política, en el Partido Comunista ruso no quedan ni restos de democracia.

Es una opinión muy difundida, aun en los medios obreros no comunistas, la de que la degeneración staliniana del comunismo era fatal, que forzosamente la revolución había de desembocar en una dictadura personal. Esta opinión se apoya en analogías históricas demasiado simples. Del hecho de que este peligro exista, se deduce que inevitablemente debía convertirse en una realidad. Otros, toda esa espantosa suma de escépticos y de cansados que han surgido en los medios comunistas, encuentra en el hecho de que ha vencido la prueba de que el stalinismo es bueno y el verdadero camino de la revolución. La Oposición de Izquierda, según esta opinión tan difundida, no representa más que un conjunto de ilusiones que la misma realidad se ha encargado de abolir por imposibles; la política stalinista representa, por el contrario, el «realismo» revolucionario.

A pesar de la autoridad que los confiere el uso, todas estas cábalas y opiniones son radicalmente falsas. La historia nunca es inercia, que es lucha. La realidad rusa, una vez terminadas las guerras civiles, suministraba los elementos para que el Estado soviético se desplazase en un sentido o en otro, según la política que se siguiera. Había el peligro de una burocratización del Estado, peligro que sólo podía vencerse vinculando cada vez más el Estado a la clase obrera. Esta tendencia la representaba la Oposición de Izquierda. El stalinismo combatió siempre a la Oposición de Izquierda apoyándose en la burocracia. La lucha entre trotskismo y stalinismo era, en realidad, la lucha entre los intereses de la clase obrera y los de la burocracia acomodada al régimen. En la historia de la revolución rusa, todas las victorias del stalinismo aparecen indisolublemente ligadas al aumento del burocratismo, es decir, al aumento del número de burócratas y de sus prerrogativas políticas, en perjuicio de los derechos de la clase obrera. Este proceso no ha dejado nunca de manifestarse, y hoy es clarísimo.

La escasez numérica y el bajo nivel cultural del proletariado ruso obligaron a la revolución a utilizar la burocracia del viejo regimen. Los mejores obreros revolucionarios, y los más conscientes, hubo que enviarlos a los puestos de combate, y luchando contra la reacción, muchos de ellos dejaron la vida. Aquella minoría de revolucionarios conscientes, diezmada en su mejor parte por las guerras, era numéricamente muy inferior a las necesidades del Estado. Este tenía que nutrirse de elementos extraños y hostiles a la revolución. A medida que se emprendía la reconstrucción económica del país se iba haciendo más necesario utilizar toda esa clase de elementos que, una vez incorporados—enchufados—en el Estado, habían de imprimirle su huella y de resistirse a ceder sus posiciones a la clase obrera. «Tenemos una cantidad enorme de funcionarios—decía Lenin en el IV Congreso de la I. C.—, pero no tenemos todavía dirigentes bastante numerosos e instruídos que puedan disponer efectivamente. En efecto, sucede muy a menudo que aquí, en la cúspide, tenemos el poder del Estado, el aparato funciona, mientras que abajo se administra arbitrariamente y se trabaja contra nosotros.»

Existían las premisas para una burocratización del régimen, apoyándose en estas fuerzas, que, en el mejor de los casos, se limitarían a acatar pasivamente todas las órdenes que viniesen de arriba. Sólo faltaba que surgiese una tendencia política que, sin ser intencionadamente contrarrevolucionaria, tomase la burocracia como base de sus operaciones. Esta política la representa el stalinismo. La clase obrera, que era quien tenía que dar la batida a la burocracia, se encontraba en las peores condiciones para ello. Reprimida, fatigada y hambrienta, a consecuencia de la guerra europea y de las guerras civiles, perdidas las ilusiones en el próximo triunfo de la revolución internacional después del fracaso de la revolución alemana en 1923, lo único que la clase obrera pedía era descanso. No se sentía con ánimos para reaccionar ni para comprender en toda su importancia las ideas de la Oposición de Izquierda. Se emprendía la reconstrucción económica del país, las condiciones de vida empezaban a mejorar, y aquello era lo que más importaba de momento. «En el país reinaba el hambre y las epidemias—dice Trotsky en su último folleto *¿Y ahora?*, sobre la situación alemana—. Las cuestiones políticas fueron relegadas a último plano. Todos los pensamientos se dirigían hacia el pedazo de pan. En la época del comunismo de guerra todo el mundo tenía una ración igual; pero una ración de hambre. El paso a la N. E. P. aportó las primeras ventajas económicas. La ración se hizo más abundante; pero no todo el mundo se beneficiaba. La instauración de la economía comercial llevó al cálculo de los precios de producción, a la racionalización elemental y al licenciamiento de las fábricas de los obreros que sobraban. Los éxitos económicos marcharon durante mucho tiempo al mismo paso que el crecimiento del paro. Y no hay que olvidarlo ni un instante: el reforzamiento del aparato se apoyó sobre el paro. Después de los años de hambre, el ejército de reserva producía pánico a cada obrero que tenía trabajo. El alejamiento de las fábricas de los obreros independientes y de espíritu crítico, las listas negras de oposicionistas, se convirtieron en uno de los instrumentos más eficaces e importantes en mano de la burocracia stalinista.»

Reconocidos la serie de factores que se cruzaban en la U. R. S. S. al empezar la lucha entre el ala izquierda y el stalinismo, creemos que se puede citar como una explicación—y no como una coincidencia

meramente casual—el que los retrocesos políticos de la Oposición de Izquierda iban aparejados, como advierte Trotsky en la cita que acabamos de hacer, al desarrollo de la economía soviética, es decir, al aumento de una burocracia, en gran parte extraña a la revolución, apoyándose sobre una clase obrera fatigada.

Según las cifras que aporta Lucien Laurat (1), la producción industrial de la U. R. S. S. el año 1923-24 (cuando empezó la lucha de fracciones), no era más que el 33,7 por 100 con relación a antes de la guerra (1913); en 1923-24, el 40,4 por 100; en 1924-25, el 61,3; el 89,7 en 1925-26, y en 1926-27, la U. R. S. S. alcanza el nivel económico de antes de la guerra. En estos años se va encrespando la lucha de fracciones, el poder de la burocracia se refuerza, y en 1928 llega a liquidar violentamente la Oposición de Izquierda.

En la U. R. S. S. han tenido lugar dos procesos diametralmente opuestos: un desarrollo de la economía sobre bases socialistas y, por lo tanto, un reforzamiento de las bases económicas del proletariado, y, por otra, una burocratización del Estado, que culmina en una dictadura personal y despoja a la clase obrera de toda intervención en la dirección de los destinos de la U. R. S. S. Esta contradicción entre el carácter de la economía soviética y el Estado burocrático staliniano, se agudiza cada año y está llegando a una tirantez tal que es evidente que no puede prolongarse mucho tiempo. En la evolución de la U. R. S. S. bajo el poder staliniano estamos observando esto: cada paso adelante de la economía va invariablemente acompañado de un retroceso político del proletariado y de un reforzamiento del burocratismo. No evolucionó en 1928, con la expulsión de la Oposición de Izquierda, la burocratización del régimen, sino que ha seguido desenvolviéndose y llevando todo el régimen soviético a una situación cada vez más tenebrosa. Puede citarse como ejemplo notable de este proceso el famoso discurso que pronunció Stalin el pasado junio, que acentuaba la diferenciación de los salarios y favorecía el trabajo a destajo.

No es que nosotros nos opongamos «por principio» a la diferenciación de los salarios y a la introducción del destajo en un momento dado. Pero, dentro de las fatalidades en que se mueve el stalinismo, este hecho tenía una significación especialmente grave. Se trataba de aumentar y mejorar la producción a expensas del trabajador, y reforzando el poder de la burocracia en proporciones monstruosas. Según las ordenanzas que han empezado a aplicarse en el mes de febrero último, se favorece en todo lo posible el trabajo a destajo. En muchas partes donde no es posible establecer el destajo, se establece un sistema de primas. La paga fija se ha reducido en un 10 ó 15 por 100, y con esto se constituye un fondo que el dirigente del trabajo reservará para «premiar» aquellos trabajos que, «a su juicio», estén mejor realizados. No habrá necesidad de decirlo: los mejores trabajos serán los de aquellos que sepan cepillarle mejor la chaqueta a toda la escala dirigente.

Este proceso es fatal, y se verá cada día más acentuado. El stalinismo depende íntimamente de la burocracia, y aunque lo pretendiera no podría mermar sus prerrogativas políticas ni disminuir el peso de la burocracia en la economía. Porque esto sólo puede conseguirse acabando con la dictadura personal, restableciendo la democracia, es decir, suprimiendo el régimen staliniano.

La afirmación más notable y profunda que hace el economista

(1) L. Laurat: *L'Economie Sovietique*, pág. 160.

L. Laurat es que, dado el carácter de la economía soviética, la democracia es un factor económico, el único modo de regular la economía. La democracia debe jugar en la economía socializada el mismo papel que el mercado juega en la economía capitalista. «En el capitalismo—dice L. Laurat (1)—estamos ante un regulador automático: la concurrencia. La concurrencia obliga al capitalismo a comprimir continuamente el coste de la producción en general y los gastos improductivos en particular.»

Pero las condiciones de la economía soviética son completamente distintas. Las fuentes principales de la riqueza están en manos del Estado. La economía de Estado no tiene más rival que el pequeño sector de la economía privada, que, en realidad, no es un rival. El Estado, valiéndose de los recursos de que dispone, económicos y políticos, puede imponer a la economía privada las condiciones que le parezca. «Se puede—como dice L. Laurat—reducir la capacidad de concurrencia del capital privado por medidas más o menos coercitivas.» «La ausencia de concurrencia, en general, permite a la burocracia gravar cada empresa de gastos improductivos desmesurados; la ausencia de la concurrencia de los capitales le permite, en el plan de conjunto, asignar a la circulación sumas desproporcionadas en detrimento de la producción.» La congestión burocrática de la economía soviética sólo puede curarse haciendo intervenir un factor que juegue el papel de la concurrencia en la economía capitalista. Este factor es el «control público», la «democracia».

La economía soviética no puede con el peso de la burocracia. En las condiciones del régimen staliniano, la burocracia, en conjunto, consume lo que antes consumía la clase capitalista en forma de plusvalía. Para cubrir, pues, las necesidades de la industria, para encontrar fondos que aseguren el desarrollo de la economía, hay que recurrir a una explotación reforzada de la clase obrera.

Ahora bien, es falsa, no obstante, la tesis principal de L. Laurat. A pesar de constituir una carga intolerable, que puede hundir todo el régimen, la burocracia soviética no ha llegado, ni puede llegar, a constituir una nueva clase, mientras subsista la misma estructura económica. Para los efectos inmediatos, la cuestión es la misma. Tanto tiene, en efecto, que la clase obrera sea explotada por la clase capitalista, como que su mala situación se deba a una hipertrofia burocrática de la economía. Sin embargo, para el porvenir de la Unión Soviética y para las posiciones políticas a adoptar, el caso es completamente distinto. Las clases sociales se miden por la estructura de la economía. La estructura económica de la Unión Soviética no se ha alterado a pesar del burocratismo. El régimen capitalista no es capitalista por los capitalistas, sino por las relaciones de producción. En cambio, L. Laurat, al pretender demostrar que la burocracia soviética es una nueva clase, sólo consigue demostrar que hay demasiados burócratas. No estamos, pues, en presencia de una nueva estructura económica, sino de vicios de organización de un tipo de economía perfectamente definido. Esa estructura económica es la verdadera base del Estado proletario, como la economía capitalista es la base del Estado burgués. Perder esto de vista un solo instante equivale dejar de pisar el terreno del marxismo. Del mismo modo que la burguesía, cuando se muestra enemiga de la dictadura fascista, por ejemplo, sabe muy bien que es una dictadura burguesa que priva de derechos a la burguesía misma, pero que no altera las bases

(1) *L'Economie sovietique*, pág. 182.

económicas del régimen, y sólo cabe, por lo tanto, presentar ante ella reivindicaciones de índole política; así el proletariado, ante la situación actual de Rusia, no puede olvidar que está en presencia de un régimen proletario, edificado sobre bases socialistas, cuyo régimen político hay que modificar. Si en lugar de ser una casta parasitaria, fuera, en realidad, una nueva clase la burocracia soviética, entonces habría que luchar en la U. R. S. S. por la instauración de un nuevo régimen social. Pero L. Laurat no acierta a decir, porque es imposible decirlo, en qué se diferenciaría la nueva estructura económica de la U. R. S. S. de su estructura actual.

Este mismo economista, después de haber perdido el pie, declara que «el trotskismo está retrasado» en las reinvindicaciones que formula para la U. R. S. S., pues sólo pide democracia interior en el Partido Comunista, cuando hay que restaurar la democracia en todos los organismos del Estado. ¡Afirmación grotesca! Tal como entiende las reivindicaciones de los trotskistas L. Laurat, se creería que éstas se limitan a pedir una situación de privilegio, dejando que persista el mismo estado de cosas en todo lo que no sea el Partido Comunista. La consigna que da L. Laurat, «más avanzada» que la de los trotskistas, es la de restablecimiento de la democracia sobre la base de los Soviets. ¿De qué se trata? ¿De suprimir, acaso, la dictadura del Partido? ¿Qué quedaría de las conquistas hechas, adónde iría a parar la Unión Soviética, si hoy restableciera allí un turno de partidos? De lo que se trata es de restablecer la democracia en todas las esferas—Soviets, Sindicatos, Partidos...—, pero manteniendo un solo partido gobernante. La desviación staliniana no nos obliga a modificar nuestras concepciones, las verdaderas comunistas, sobre el Estado y la revolución proletaria, sino que nos afirma más en ellas, como legítimos representantes que somos de la teoría y de la política comunistas. Las tendencias o personas que emprendan la revisión de nuestras concepciones sobre el Estado y pretendan hacerlo como marxistas, que lo hagan. Pero que no hagan garabatos literarios. Pues eso, y no otra cosa, es lo que hace L. Laurat en la cuestión del Estado. Actitud que contrasta notablemente con la profundidad de otras investigaciones suyas sobre la economía soviética.

L. FERSEN.

Este número extraordinario de 64 páginas se vende al precio de UNA peseta ejemplar. Los suscriptores lo recibirán sin aumento alguno de precio.

Fuerzas democráticas y fuerzas socialistas en el campo

El proletariado debe saber en todo momento cuáles son sus fuerzas en el campo, quiénes son sus aliados y quiénes son sus enemigos; debe saber diferenciar, dentro de la población campesina, aquella parte que irá hasta la revolución socialista, de aquella otra que aunque le acompañe un momento se ha de separar de él e incluso ha de pasar al campo de la contrarrevolución. Esta tarea de enseñar al proletariado las fronteras de su clase es la misma de darle independencia política, sacándole de las manos de la burguesía. Esta es la tarea del Partido Comunista.

En este sentido, las siguientes líneas señalan el principal error de la dirección del P. C. E., cuya política agraria confunde el ejército propio del proletariado con el de los aliados, y en consecuencia con esto sus consignas políticas están basadas en esta confusión (en el fondo oportunismo hacia el movimiento campesino), principalmente en la consigna central de «gobierno obrero y campesino». Decimos un error de la dirección del P. C. E., porque, aunque la responsabilidad plena de esta consigna la tiene la I. C., ha tomado cuerpo en sus fieles delegados de España, sobre la base de la revolución agraria.

¿Cuál es la situación del campo y cuál la política del C. E. del Partido Comunista español?

En general, hay por todas las regiones de España restos del régimen feudal; pero en las del centro tienen escasísima importancia: algún monte, parte de él arrendado a los campesinos pobres; parcelas provenientes de señoríos, que ya hoy se arriendan libremente, etcétera; en realidad, en estas regiones no hay gran masa de campesinos oprimida por estas cargas, que apenas sirven para recuerdo de los enormes tributos que pesaron hasta el siglo pasado sobre estos campesinos.

Donde el feudalismo tiene más importancia es en Andalucía, Extremadura y en algunas provincias limítrofes, casi en su totalidad en manos de una aristocracia ausente de sus dominios, cuyos «derechos» pesan sobre la masa campesina de colonos, arrendatarios, aparceros y, finalmente, sobre los campesinos sin tierra y sin trabajo. Todas estas clases sostienen a esos propietarios latifundistas y señoriales, cuya existencia traba el desarrollo capitalista de la propiedad o lo impide totalmente teniéndola inculta.

Es éste el principal problema hoy en el campo andaluz, pero no el único. Si, en general, el régimen atrasado de propiedad es el primer muro contra el desarrollo de la producción y contra el bienestar de los campesinos, es al mismo tiempo este régimen latifundista el que favorece la formación de una burguesía agraria que explota directamente o por arrendamiento grandes extensiones de terreno, ahorrándose el largo camino de levantarlas arrancando parcela por parcela a una masa de campesinos pobres que harían todos los esfuerzos (al fin, naturalmente, inútiles) por seguir con sus miserables trozos de tierra. Por esta razón, al lado del régimen más atrasado de propiedad inculta, o cultivada con los tributos más penosos, existen

las mayores explotaciones agrarias de España en el cultivo del olivo, cereales, etc. Esta es, al mismo tiempo, la razón de que exista un proletariado agrícola fuertemente organizado, con conciencia de clase y pensando, naturalmente, en la ocupación y explotación colectiva de las tierras. Otra prueba, que hay que tener muy en cuenta, del desarrollo capitalista en Andalucía son las organizaciones como la Confederación de Arrendatarios, dirigida por la burguesía de arrendatarios y colonos, que agrupa y dirige a una mayoría de arrendatarios pobres. Esta Asociación es la prueba de que parte de las fuerzas democráticas son arrastradas por el capitalismo, relativamente desarrollado, al campo de la contrarrevolución.

Esta situación plantea a los comunistas en Andalucía una doble tarea: de una parte, afirmar la alianza con las fuerzas democráticas, pequeños arrendatarios, aparceros y campesinos sin tierra y sin trabajo, a base del reparto de tierras incultas y de la tierra para el que la trabaja, sin tributos ni cargas de ninguna clase, desenmascarando las maniobras contrarrevolucionarias del Gobierno y propagando que la confiscación de los latifundios de los aristócratas sólo podrán llevarla a cabo los campesinos, apoyados por la dictadura del proletariado. De otra parte, respondiendo a su papel de representante de los intereses revolucionarios del proletariado agrícola, el Partido debe guiarles hacia la ocupación colectiva de las tierras y máquinas de los campesinos ricos y la explotación en común.

Esta doble tarea a seguir por el Partido como representante del proletariado agrícola y como aliado de los campesinos, no debe ser escondida en consignas confusas que quieran valer para las dos clases y que llevan en sí, no la alianza leninista, sino la confusión de clases.

Una consigna dada por el C. E. en el decreto «Tierra, trabajo y libertad», dice: «¡La tierra, para los obreros agrícolas y campesinos trabajadores, sin indemnizar a los grandes terratenientes y a los capitalistas!» ¿Quién es capaz aquí de encontrar la diferencia entre la clase obrera y campesina? ¿Quién de determinar si con esta consigna nos dirigimos a una revolución democrática o socialista? En ésta y en otras consignas, el decreto deja sin tierras, sin máquinas, sin ganado, a los capitalistas, y en unos artículos más adelante nos habla de que los obreros deben disfrutar de la jornada de ocho horas y recibir alimento de buena calidad. ¿Pero es posible que sin capitalistas haya obreros? A no ser que la revolución se dirija solamente contra los capitalistas «más crueles», como recomiendan Adame y Bullejos en su folleto *¿Por qué los soviets?*, página 29. Pero esto, camaradas, nos acerca demasiado a los padres de la iglesia.

Esto, por lo que se refiere a Andalucía; pero, por otra parte, Castilla, con su enorme masa de campesinos pobres, semiproletarios, ofrece una base firme a la propaganda socialista y exige del P. C. un cambio de rumbo.

El interés de los campesinos pobres (a quienes el capitalismo despoja de sus tierras y a quienes tiene sometidos a un régimen de castigo con cargas como la hipoteca, los contratos de ventas condicionales, de retroventa, etc., y toda la serie infinita de aspectos de la explotación usuraria que han substituído a las cargas y servidumbres feudales) está en contradicción con los intereses de la burguesía, con el capital. Pero esta contradicción, a la vez que es una base para la propaganda socialista en la gran masa de campesinos pobres, es la base del arraigo de la propaganda reaccionaria clerical en el campo. Las simples consignas contra la usura, contra los impuestos, etc., tienden a sanear y defender a la pequeña parcela contra el proceso de acumulación capitalista, mantiene las ilusiones de los «humildes», de los «pequeños», en sus pequeños e infértiles trozos de tierras, y constituye la base de la propaganda reaccionaria y la razón de su influencia en el campo. Si nosotros limitamos nuestra propaganda a hablar de la lucha contra los usureros, contra las hipotecas, embargos y toda clase de cargas (artículos 5.° y 7.° del Decreto), sin enseñar a esta masa de campesinos oprimidos y explotados, «colocados por el capitalismo al borde de la mendicidad», la salida liberadora del socialismo, entonces no daremos un paso adelante en la conquista de estas masas, y, por el contrario, nuestra labor abonará el campo al clericalismo agrario.

La importancia de este problema es tan grande, que de él depende la influencia efectiva del Partido en el grueso de la masa campesina del centro de España, sobre todo de Castilla la Vieja. Propagar entre los campesinos pobres—semiproletarios—la destrucción del poder de los campesinos ricos, ayudando a los obreros a llevar a cabo la ocupación colectiva de las tierras y la explotación en común, es la base de la influencia del Partido y de la incorporación de esas masas, castigadas por el hambre secular, a la lucha por el socialismo. Sin esa orientación socialista, esta lucha contra la usura, aunque se pida la cabeza de los usureros, no tiene nada de revolucionaria.

Es importante señalar el valor de las fuerzas socialistas en el campo, porque siendo la verdadera base del P. C. entre los campesinos, es lo más olvidado de la fracción que dirige el P. C. Desbrozando todo el confusionismo de la política agraria del C. E., se encuentra su posición oportunista, que puede expresarse así: «Si hablamos ahora de revolución socialista, los campesinos se asustan y hacemos imposible nuestra alianza con ellos. Ahora, revolución democrática, reparto de tierras para los campesinos y alojamiento sano, alimentación de buena calidad y salario suficiente para los obreros. Por ahora, sólo esto; después, ya llegaremos a la «segunda fase» de la revolución con dictadura del proletariado y socialización de los medios de producción.» En consecuencia, hablar ahora de dictadura del proletariado es querer separarse de los campesinos, lo cual, como se ve, aunque parezca muy izquierdista, es contrarrevolucionario. «Cada cosa a su tiempo», **dice Bullejos.**

Esta posición encierra dos errores que debemos examinar por separado: el primero es la negación del movimiento socialista en el campo; el segundo es el de negar la dictadura del proletariado. Por la experiencia rusa nosotros sabemos que uno y otro no van unidos, a pesar de que figuren como inseparables en la lógica del C. E. del P. C. E. En cuanto al primero, los dirigentes, a la vez que prescinden de las posiciones del capitalismo en el campo, que hemos señalado antes, ven todos los movimientos campesinos, huelgas económicas, luchas de los campesinos pobres, a través de su objetivo democrático, como luchas por el reparto de tierras, sin pararse en si están ya repartidas o en manos de la burguesía agraria esas tierras donde las luchas tienen lugar. La actuación del comunismo en el campo ha de desarrollarse sobre estas bases, socialistas en parte, que no pueden realizarse más que con la dictadura del proletariado.

Pero hay que advertir—y ya nos referimos al segundo error—que la lucha por la dictadura del proletariado (revolución socialista) no requiere que las masas del campo luchen por el socialismo. Aún más: en las condiciones actuales, dado el desarrollo del capitalismo, no sólo la dictadura del proletariado es posible mientras los campesinos luchan contra la opresión feudal, sino que, según las palabras de Lenin en *El renegado Kautsky*, la dictadura del proletariado es el único medio de que los campesinos puedan derrotar a sus enemigos y apoderarse de los latifundios de los aristócratas.

«Si el proletariado bolchevista de las capitales y de los grandes centros industriales no hubiera sabido agrupar a su alrededor a los pobres de los campos contra los campesinos ricos, entonces hubiéramos tenido la prueba de que Rusia no está «madura» para la revolución socialista; entonces la clase campesina hubiera seguido intacta, es decir, bajo la dominación económica política y moral de los acaparadores «parvenus» de la burguesía; entonces la revolución no habría salido de los límites de la revolución democrática burguesa. Pero digamos entre paréntesis que esto no sería suficiente para probar que el proletariado no debía tomar el poder; únicamente el proletariado puede llevar a su término la revolución democrática burguesa; únicamente el proletariado puede continuar apresurando seriamente la revolución proletaria universal; únicamente el proletariado era capaz de crear el estado sovietista (segunda etapa después de la Commune en el camino hacia su emancipación).»

El «entre paréntesis» de estas palabras parece escrito para nuestros A. Romero y Bullejos, que en el Congreso de Sevilla han puesto de relieve el izquierdismo contrarrevolucionario de los trotskistas y la «contradicción» entre el reparto de tierras (consigna democrática) y la dictadura del proletariado (consigna socialista).

En resumen, los stalinianos del C. E. de nuestro P. C. no llevan razón al negar las fuerzas socialistas del campo; pero aunque no fuera así, aunque volviéramos a los tiempos en que se podía hablar del pueblo sin preocuparse de las clases, esos tiempos que Bullejos y Adame viven tan apasionadamente en su folleto *¿Por qué los soviets?*; aunque así fuera, no podríamos concederles lo del «gobierno obrero y campesino», a menos de renunciar a la política de Lenin.

Nosotros debemos luchar incansablemente por la independencia política de la clase obrera. A los burócratas oportunistas puede parecer esto una división de las fuerzas revolucionarias en el campo, pero en realidad nosotros confiamos la victoria a la independencia política de la clase obrera y no a las amistades ventajosas. Si nuestra posición no es firme, no podremos ofrecer una alianza valiosa a los campesinos.

Nuestra alianza no es un truco para aprovecharnos del movimiento campesino. No es ayudar a los campesinos a vencer y después hacer nuestra la victoria. Nuestra alianza con los campesinos se basa en el valor de la revolución proletaria. Los obreros, que romperán todas las cadenas y destruirán toda explotación, pueden encontrar aliados en las demás clases oprimidas. Los aldabonazos de la acción revolucionaria independiente del proletariado deben ser la garantía de esta alianza. Precisamente esos mismos aldabonazos que la burocracia de nuestras filas comunistas llama *putchs* y que la Izquierda Comunista recoge y estudia.

MARINO VELA.

Agradeceremos mucho a nuestros lectores y camaradas que nos remitan direcciones de probables suscriptores para remitirles ejemplares de COMUNISMO de propaganda.

Las jornadas del 1 y 2 de mayo

Una de las armas más eficaces de la política revolucionaria es la crítica y el análisis de todas las acciones del proletariado, para de ello deducir la táctica más acertada en el futuro y en actuaciones posteriores. Antes de haberse anquilosado las secciones de la Internacional por los efectos de la política de la casta burocrática, la crítica era algo substantivo que servía para elaborar la estrategia revolucionaria. Pero es sabido que actualmente toda crítica honesta ha desaparecido de las normas de la Internacioanl y ha sido substituída por lo que se llama «autocrítica», que no es, en resumidas cuentas, más que un medio de sancionar la infalibilidad de la dirección. Importa más conservar el prestigio burocrático que inmunizarse contra nuevos errores. En último análisis, cuando por la fuerza de los hechos y de los resultados es preciso formular alguna crítica, nos encontramos con que siempre se deriva exclusivamente responsabilidad para la base, y nunca para los dirigentes. Así viven en plena irresponsabilidad los dirigentes stalinianos, tanto nacionales como internacionales.

La burocracia staliniana se ha hecho tan profundamente conservadora y enemiga de toda innovación, que puede decirse que los virajes que se llevan a cabo, casi siempre más en el papel que en la realidad, no se realizarían si no fuera por la crítica que realiza la Oposición. Desde el exterior del Partido, por habérsenos excluído de él, los oposicionistas somos en la práctica los que luchamos más por el crédito de los partidos comunistas ante las masas trabajadoras, porque con nuestra acción corregimos en parte los errores y evitamos que los proletarios caigan en el escepticismo. Nuestra acción evita que las faltas políticas se silencien, e incluso que se eleven a la categoría de dogmas. Por eso los funcionarios retribuídos, que tanto gustan del monólogo, lo que más odian es la crítica de los «trotskistas».

Oportunamente hemos señalado los errores que se derivaban de la acción del Partido durante los días 25 y 26 de enero. Para llegar a esto partimos en nuestro análisis del mitin convocado el día 8 del mismo mes en Madrid, y de la manifestación pública organizada para el día siguiente. En estos hechos se destacaron para todo revolucionario honrado grandes errores tácticos que convenía examinar para el futuro. Si, efectivamente, se hubiera deducido alguna conclusión estratégica de la forma en que se preparó la manifestación pública del 9 de enero, es seguro que no se hubieran repetido estos errores de preparación en la manifestación de Primero de Mayo. Tanto en una como en otra se evidenció palpablemente el espíritu heroico y resuelto de las fuerzas de choque del Partido; pero lo mismo en la primera que en la segunda se demostró también la misma carencia de preparación bolchevique de las manifestaciones de masas. Una discusión a fondo de la preparación de la manifestación del 9 de enero hubiera proporcionado al Partido las enseñanzas convenientes para la manifestación del Primero de Mayo; pero la dirección cree más cómodo silenciar toda crítica y amenazar con la expulsión al que la hace, calificándole de trotskista. Todo lo más que hace el equipo dirigente es calificar de cobardes a los militantes, cuando precisamen-

te de lo que siempre dan pruebas es de un heroísmo que llega incluso a ser temerario.

Una de las características de una dirección comunista verdaderamente bolchevique debe ser la de acertar a dar pocas consignas, pero concretas y claras. Esta noción tan elemental del bolchevismo es cosa que no han aprendido, ni creemos que aprenderán nunca, los dirigentes del Partido español. Es difícil encontrar un solo manifiesto del Partido en que se formulen consignas y que éstas no se eleven a más de quince. Lo mismo ocurre con las acciones de carácter revolucionario. ¿Por qué no haber limitado la acción del Partido al Primero de Mayo con la consigna de manifestaciones en las calles? ¿Por qué dar al mismo tiempo la consigna de huelga general para el día 2? No creemos que fuera propósito de la dirección poner de manifiesto las debilidades del Partido y sacrificar una vez más al proletariado sevillano, que con una abnegación extraordinaria responde a todas las acciones del Partido.

Seguramente que el Partido Comunista no ha dado hasta ahora una sensación mayor de vitalidad política nacional que el Primero de Mayo. Se observaron defectos de organización y dirección que luego examinaremos; pero se demostró que el quietismo revolucionario que la burguesía busca con la colaboración de los socialistas no lo conseguirá, porque el Partido Comunista recoge el sentir rebelde del proletariado. Frente a la vil traición de la socialdemocracia suprimiendo la manifestación del Primero de Mayo, el Partido Comunista cumplió con su deber de vanguardia de la clase obrera, invitando a los trabajadores a salir a la calle. Y casi sobre una completa escala nacional el Partido Comunista hizo acto de presencia, luchando frente a las fuerzas del Gobierno republicanosocialista. Lanzar al proletariado a estas acciones es la obligación más imperiosa del Partido. Los militantes de la Izquierda Comunista hicimos nuestra la consigna y respondimos al llamamiento del Partido.

Sobre los errores cometidos creemos, en primer lugar, que en algunas localidades no se aprovecharon todas las posibilidades de celebración legal de la manifestación. En este caso se encuentra Madrid. No hemos podido saber de una manera concreta si la dirección local del Partido hizo las oportunas gestiones para conseguir la autorización oficial. De una u otra manera ha procedido con error; si no solicitó la autorización, por no haber agotado este trámite; si lo gestionó y recibió una negativa, por no haber hecho la suficiente agitación en torno a este hecho, dándolo a conocer a la clase trabajadora para que se destacase así más aún la traición del socialismo. Para las capas obreras de educación política retrasada que todavía siguen al socialismo, estos hechos tienen tal importancia que contribuyen a separarlos del reformismo más que todos los ataques que les dirijamos nosotros.

Una manifestación en la calle no es algo que debe dejarse a la propia iniciativa de los manifestantes. Es cosa que requiere una preparación previa, que corresponde al Partido Comunista. Y esta preparación no puede ser meramente la de depositar toda la confianza en individualidades de gran temple luchador, sino en procurar arrastrar detrás del Partido a las masas obreras. Los bolcheviques rusos nos han legado una preciosa experiencia de cómo es preciso organizar incluso esas manifestaciones que, a los ojos de los ingenuos, aparecen como *espontáneas*. Si esto es así en lo que se refiere a las manifestaciones *espontáneas* del proletariado, con mucha razón exigirán una preparación concienzuda aquellas en que se invita con antelación a la clase obrera.

Al referirnos a la organización de la manifestación del 9 de enero en Madrid, decíamos que era un error, cuando se anuncia la manifestación en un sitio dado concentrar en él todas las fuerzas y no organizar el levantamiento de la manifestación en otros sitios de la capital. Podemos decir con satisfacción que en este sentido se corrigió acertadamente la estrategia, y así pudimos ver cómo después de los primeros encuentros fuertes con los guardias de asalto, las células se replegaron hacia los lugares marcados previamente para desviar hacia ellos la manifestación. En lo que se refiere a la acometividad de las fuerzas de choque comunista, no hay la menor objeción que hacer; vimos cómo jóvenes trabajadores hacían frente únicamente con los puños a las porras de goma de los cosacos de asalto.

De una manera algo más sistemática que hasta ahora se hizo algo por dar un carácter de masas a la manifestación. Se enviaron oradores del Partido a la salida de los lugares de trabajo, y el mismo Primero de Mayo, en los barrios obreros, principalmente en Cuatro Caminos y Tetuán, camaradas comunistas dirigieron en la calle la palabra a los trabajadores. Pero el reconocimiento de estas ventajas sobre las acciones anteriores, no resta valor a nuestras críticas respecto a los defectos observados.

El aventurerismo sigue siendo el rasgo más peculiar de toda la política de la dirección del Partido. A pesar de que en declaraciones escritas se formula la necesidad de la corrección de los errores, en la realización práctica siempre salen a la superficie los métodos anarquistas, de los cuales no pueden librarse. Y una característica esencial de la táctica anarquista es el realizar toda acción revolucionaria a base de grupos, sin acertar a movilizar las masas. Un partido comunista es la organización del proletariado, y no cumple su misión si no acierta a desarrollar una estrategia en virtud de la cual acuda en todas sus manifestaciones la clase trabajadora en general. De poco sirven los estudios en la Escuela leninista de Moscú si no se aprenden estas virtudes elementales de la táctica bolchevique.

No podemos hablar con conocimiento de detalles de la forma en que los hechos se desarrollaron en Sevilla. Pero, siendo ésta la población de España donde la influencia del Partido entre la clase trabajadora es verdaderamente efectiva, la más elemental concepción de la táctica comunista exigía hacer de la manifestación del Primero de Mayo una movilización de las masas obreras, y no concentrar toda la actuación en grupos aislados de camaradas. La táctica bolchevique de masas, a la que tanto gusta la dirección del Partido aludir, consiste precisamente en hacer participar a la clase trabajadora en todas las acciones revolucionarias en las que tenga la iniciativa el Partido. La concepción de luchas seguidas de minorías audaces y heroicas corresponde a un sentido poco leninista de la estrategia revolucionaria. Esta táctica es necesaria y obligatoria en lugares donde, desgraciadamente, la acción del Partido no encuentra todavía eco en los trabajadores; pero, allí donde el Partido es el guía del proletariado, es preciso hacer intervenir a las masas en todos los movimientos revolucionarios que éste propugne.

Si el Partido, acertadamente, recogió la fecha del Primero de Mayo, abandonada por los socialtraidores, y consiguió que su acción tuviera una repercusión nacional, ¿para qué complicarla con la consigna de una huelga general para el día 2? Aquí empieza el verdadero aventurerismo, del que ni por un solo momento puede prescindir la dirección del comunismo oficial. Parece como si el equipo Bullejos-Adame quisiera reiteradamente demostrar a los otros sectores obreros la debilidad, no sólo orgánica, sino de la proyección de su

influencia. Es ese afán de superación de las consignas revolucionarias por otras ultrarrevolucionarias lo que caracteriza todo el curso de su política. Es un prurito infantil de asustar a la burguesía, cuando a ésta es sabido que sólo se la impresiona cuando, detrás de las consignas, vienen los hechos.

Si la manifestación del Primero de Mayo halló un eco nacional en todo el país, no puede decirse lo mismo de la huelga general decretada para el día 2. Esta quedó limitada a Sevilla. Ya hemos señalado en otra ocasión lo perjudicial que es en el terreno político y de la organización, cuando no se tiene una fuerza nacional para desarrollar determinados movimientos, concretarse a plantearlos meramente en aquella localidad donde el proletariado es más adepto. Esta política se siguió primeramente con Bilbao, donde la clase trabajadora respondía magníficamente a todas las consignas del Partido. Al exteriorizarse allí cierto agotamiento por la repetición esporádica de movimientos, se reemplaza a Bilbao por Sevilla. Táctica profundamente equivocada, que puede tener fatales consecuencias, sobre todo, cuando las otras agrupaciones obreras están pendientes de todos los detalles para sacar beneficios. No puede ni debe ofrecerse al sacrificio reiterado a los camaradas sevillanos. Esto podrá servir, en todo caso, para justificar en el exterior victorias que sobre un plano nacional no se obtienen; pero, a la larga, originan el cansancio revolucionario de esos trabajadores, a los que constantemente se tiene en tensión, sin que vean que su acción es recogida y secundada en el resto del país. Y esto es tanto más lamentable cuando en la ciudad de verdadera tradición revolucionaria del proletariado español, Barcelona, está ausente de hecho en todas las manifestaciones revolucionarias del Partido Comunista. Esta es una verdad que no parece inquietar ni preocupar a la dirección del Partido.

Hemos visto cómo de los días 25 y 26 de enero, la única conclusión concreta que ha sacado el Partido ha sido la de que constituyó un éxito demostrativo de que los comunistas dirigen las luchas del proletariado español. No es aventurado suponer que a la fecha del 2 de mayo se la dará un significado idéntico. Esto demuestra una vez más la pereza peculiar de los burócratas, que, en lugar de mirar cara a cara a la verdad revolucionaria, tratan de encubrirla con frases. Esta es, por otra parte, la mayor deslealtad que se puede cometer con la clase trabajadora que secunda las acciones del Partido.

Efectivamente, las manifestaciones del Primero de Mayo han supuesto una indudable ventaja sobre las organizadas anteriormente por el Partido. Pero han evidenciado errores que hemos puesto de manifiesto. La obligación política del Partido no es engalanarse con plumas de pavo real, sino afrontar la verdad y deducir enseñanzas. No hay peor enemigo de la revolución que la verborrea demagógica.

JUAN ANDRADE.

Sobre la creación de un P. C. independiente

Hemos leído y oído decir distintas veces a los dirigentes del Partido Comunista oficial que ellos se encuentran políticamente mucho más próximos del Bloque Obrero y Campesino que de la Izquierda Comunista. Es curioso observar que esta afirmación se repite más a medida que el maurinismo liquida nuevos puntos de vista del Comunismo, para abrazar concepciones puramente menchevistas. Evidentemente, esto es otra prueba de la degeneración en que ha caído el Comunismo oficial y del pánico que la verdad histórica y teórica que defiende la Oposición Internacional inspira a la burocracia stalinista de todos los países. Pero el que los funcionarios retribuídos y agradecidos pierdan la cabeza, no puede conducirnos, a nosotros los oposicionistas, al delirio mental. Pueden ellos decir cuanto gusten y sembrar si quieren un confusionismo criminal por odio a los «trotskistas». Nosotros seguiremos afirmando reiteradamente que frente a toda tentativa de creación de partidos comunistas independientes, estaremos resueltamente al lado de la Internacional. No somos una organización que se deja llevar por estados pasionales, sino una fracción con una línea política bien definida.

Al proletariado comunista español le amenaza la aparición de un nuevo equívoco, que desde el primer momento es necesario denunciar y combatir implacablemente, para no permitir el desarrollo del error. Secundando los propósitos de Maurin y de sus secuaces de dar una extensión nacional a su organización, limitada hasta ahora a las fronteras catalanas, se prepara la creación de un Partido Comunista independiente; es decir, y para hablar en lenguaje político claro: independiente del Comunismo. El acuerdo recaído en el reciente Congreso de la Federación Catalano-Balear de fundar la Federación Comunista Ibérica, es un paso en este sentido; los intentos para la resurrección de la Agrupación Autónoma de Madrid es otro paso más. Taimadamente, tratando de ocultar los verdaderos fines para lograr contar en un principio con todos los militantes de la antigua Agrupación Autónoma, muchos de los cuales están resueltamente contra la política del Bloque, se han comenzado los trabajos preliminares a la constitución del nuevo Partido «Comunista». En su maquiavelismo oportunista, estos elementos hasta se han atrevido a invitarnos a secundar sus planes.

Del hecho de que esta tentativa de creación de un nuevo Partido pueda llevarse a cabo, es, en primer lugar, responsable el propio Partido oficial. Este fenómeno no se produciría, los eternos arrivistas que pululan en torno al movimiento comunista no encontrarían eco, si los dirigentes del Partido oficial no desarrollasen una política que repele a los trabajadores. Basándose en el descontento que se exterioriza en la base del Partido, y al mismo tiempo en el bajo nivel teórico de los militantes del Partido en general, los Maurin y Compañía, que aspiran a tener partidos a su imagen y semejanza, medran y llevan a cabo sus maquinaciones de politicastros vulgares. Son los dirigentes stalinianos los verdaderos responsables de este estado de cosas. Es conocido de todos que numerosos obreros comunistas, decepcionados por la política de la dirección oficial, abando-

nan el Partido, renunciando así de una manera cómoda a intentar corregir desde dentro los errores. De estos elementos tratan de nutrirse los líderes cesantes para plasmar organizaciones a su hechura, donde tengan libertad de movimiento y no se les pida acatamiento a la disciplina revolucionaria.

Aparte de haber alejado a estos elementos del Partido oficial con su mala política, principalmente por su aventurerismo, la dirección ha cometido otro error fundamental. Siguiendo la táctica imperante en su organismo internacional, no se han esforzado por demostrar a los trabajadores que seguían al Bloque y a la Agrupación Autónoma la política equivocada que ambas organizaciones propugnaban. No se ha hecho un examen teórico y profundo de sus errores; la crítica se ha limitado a frases gruesas y a insultos sin ton ni son. Ha sido únicamente la Izquierda Comunista la que de una manera consecuente ha formulado esta crítica. Puede decirse que hoy día la hostilidad que se observa en ciertos militantes de la Agrupación Autónoma hacia la política del Bloque se debe meramente a la crítica seguida y elevada que desde un comienzo ha llevado a cabo la Oposición. La táctica que debió haber seguido el Partido era la de separar a los militantes de los jefes. Lejos de esto, con sus ataques exclusivamente personales y difamantes, no ha hecho más que soldar a los militantes con sus dirigentes.

Por todas estas circunstancias nos encontramos con que hoy, aunque ello parezca imposible, nos amenaza la existencia de un nuevo Partido. Delegados del Bloque han recorrido distintos puntos de España tratando de echar los cimientos de la nueva organización; los antiguos dirigentes de la Agrupación de Madrid han emprendido la tarea de reorganización de la misma, secundados esta vez por algunos elementos desgajados recientemente del Comunismo oficial. Los elementos que en pleno período revolucionario no encontraban un programa que llevar a cabo localmente, quieren actualmente constituirse en organización nacional. El contrasentido no puede ser mayor. ¿Qué pretenden ahora, cuál es su programa, cuáles sus fines?

Entran en la arena política con la misma falta de concepciones que en el pasado. El que al parecer quiere erigirse en el exponente teórico en Madrid del nuevo Partido, ha dedicado varios artículos en *La Batalla* a definir el porqué de la vida y muerte de la fenecida Agrupación Autónoma. Para él, esta organización estaba desde un comienzo destinada a morir por el fervor unitario que animaba a la mayoría de sus componentes, unitarismo que se reforzó después del fiasco sufrido en las elecciones. Es lógico, se deduce de esta premisa que la actitud a seguir en el futuro será la de combatir implacablemente toda orientación unificadora. Es decir, el nuevo Partido, si llega a tener vida nacional, se colocará desde el primer momento en un terreno de puro escisionismo. La aspiración unitaria sinceramente sentida por los trabajadores comunistas es estimada por los dirigentes del nuevo Partido como el principal obstáculo para su desarrollo. Claro está, la práctica lo desmostrará, que no por eso renunciarán a utilizar de vez en cuando la plataforma de la unificación. Pero la utilizarán, al igual que el Partido oficial, como una maniobra de camarilla dirigente y no con el propósito sincero de trabajar por ella. Se demostrará una vez más que los oposicionistas son los únicos que luchan sin segundas intenciones por la unificación de todas las fuerzas comunistas.

Hay algo en estos artículos que nos sirve para conocer las ideas de los progenitores del nuevo feto. Siguiendo a sus inspiradores, los dirigentes del Bloque, el articulista a que aludimos no deja pasar la ocasión para arremeter contra los trotskistas. Invita a sus amigos a que en lo sucesivo se nos combata de una manera realmente encarnizada. ¿Por qué? Su definición sobre nuestro papel en el movimiento comunista general es justo, y no tenemos por qué rechazarla. Si aludimos a ello es únicamente porque en el fondo revela de una manera clarísima las intenciones que persiguen. Se nos caracteriza como una tendencia nefasta, porque nuestro papel consiste en mantener a los trabajadores en la creencia de que los partidos comunistas son organizaciones revolucionarias. Esa es, efectivamente, nuestra misión: no apartar a los trabajadores revolucionarios del Comunismo para llevarlos a partidos pequeñoburgueses, e invitarlos a que juntamente con nosotros luchen y batallen por acabar con el stalinismo en las filas de la Internacional.

Antes de la celebración del Congreso del Partido oficial en Sevilla, la emigración de miembros del Partido estaba contenida por la esperanza que había de que dicha Asamblea nacional reformase el curso político e interno y cambiara de dirección. Era una experiencia que por algunos se esperaba con bastante fe. Pero hay que reconocer que prácticamente el comicio de Sevilla sólo ha servido para crear el pesimismo en ciertos militantes, algunos de ellos pertenecientes al Partido, otros que esperaban los resultados para ingresar en él. Es precisamente este estado de espíritu el que tratan de utilizar los maurinistas y sus amigos de Madrid para dar cima a la fundación de un Partido Comunista independiente. En torno a este nuevo Partido se posarán todos los descontentos por sistema, todos los jefecillos sin empleo, todos los intelectuales individualistas, todos los confusionistas impenitentes. Abominan de la disciplina, no por lo que ésta tenga de mecánica en el actual curso staliniano, sino por lo que supone de severidad a las normas bolcheviques más elementales.

Como garantía de la solvencia que ofrecerá el nuevo Partido, se habla ya de que estará integrado por numerosos fundadores del movimiento comunista español. La perseverancia política es una cualidad estimable; pero siempre a condición de que haya ido acompañada de una conducta consecuente en la defensa de una línea política justa. Lo demás es meramente tener un concepto administrativo sobre los escalafones cerrados. No puede decirse, ciertamente, que a través de la actuación de esos elementos se pueda observar el acierto en las directivas políticas que defendieron en el interior del Partido. La mayoría de aquellos a quienes se alude llevan diez años de militantes en el movimiento comunista español; pero son diez años de lucha por hacer prevalecer en el Partido tendencias típicamente socialdemócratas. Ni se han curado ni se curarán nunca de su reformismo. Si hay algo que agradecer a la crisis del Partido que se produjo en 1925, y que elevó a la dirección al actual equipo director, es el haber acabado de una vez para siempre con la camarilla reformista madrileña, cuya nefasta tradición trata de reavivar el nuevo Partido. Se ha extirpado, o por lo menos se ha aislado, ese foco de cotillería impotente y abúlica que simbolizaban en el Partido esos elementos.

Por mucho que se esfuercen por ocultarlo, saldrá a la superficie el carácter francamente derechista, revisionista, del bolchevismo, que impregnarán los dirigentes al nuevo Partido. Forzosamente, por propia ley de inercia, caerán en la política que desarrolla el Bloque Obrero y Campesino de Maurin. Durante el curso ascendente de la revolución española, y a consecuencia de que la crítica de la dirección Bullejos-Adame-Pumarega enmascaraba aparentemente su significación, el Bloque y sus partidarios madrileños no se presentaban, para muchos camaradas, como una fracción derechista, socialdemó-

crata. En los últimos tiempos, el maurinismo, nacionalmente, nos ha ofrecido su verdadera fisonomía. En el último Congreso de la Federación Catalano-Balear, Maurin ha fundamentado sus críticas sobre la política comunista internacional en los escritos del renegado Boris Souvarine. Es más: Blanlerd y Thalheimer se adhirieron particularmente al Congreso y ofrecieron incluso la asistencia de un delegado de su grupo, que Maurin no aceptó únicamente por oportunismo. En el número de *La Batalla* correspondiente al Primero de Mayo, se ha insertado una salutación del Partido Comunista sueco. Estas son pruebas palpables de que el Bloque, verdadero inspirador del nuevo Partido independiente, está en relación con todos los partidos de derecha existentes en el mundo y que desde hace tiempo planean la constitución de una Internacional de derecha.

Las posiciones en el movimiento obrero internacional están tan claras y definidas, que no caben términos medios. El nuevo Partido no tiene la menor razón, y sólo se explica su existencia por el deseo de introducir la confusión en el movimiento comunista. Se hará forzosamente el intérprete de corrientes completamente hostiles al Comunismo. En este sentido nuestra posición no ofrece la menor duda: al lado del Partido para combatir enérgicamente todos estos engendros contrarrevolucionarios. Por la experiencia que se intenta actualmente en España ya han pasado algunos países europeos, y en todos con el mismo resultado. Primeramente, estas agrupaciones tratan de mantenerse en un terreno más o menos comunista, para no perder a los obreros que los siguen; pero después, poco a poco, se inicia su desplazamiento, hasta llegar a fundirse con la socialdemocracia. Es el destino que le está reservado al Bloque, y es, indudablemente, el que corresponderá también al Partido.

Ahora bien, paralelamente a la campaña de crítica política que hay que emprender sin demora contra el nuevo organismo, es preciso denunciar la política escisionista y aventurera que sigue el Partido oficial. Sin la existencia de los errores de la dirección bullejista sería completamente imposible la creación de estas organizaciones equívocas. Los trabajadores tendrían depositada su absoluta confianza en el Partido y no prestarían atención a estas intentonas de creación de nuevos partidos. De estos hechos se deriva también, cada vez más, la necesidad perentoria de llegar cuanto antes a la unificación de todas las fuerzas comunistas españolas. Retrasar esto, o inhibirse y dar la callada por respuesta, como hace el Partido oficial, es un verdadero crimen. Es preciso explicar a los trabajadores los peligros del nuevo Partido; pero, al mismo tiempo, hay que destacar la responsabilidad de Bullejos y compañía.

EMILIO RUIZ.

Trabajadores revolucionarios: No olvidéis a los 8.000 oposicionistas rusos deportados en Siberia; no olvidéis que el gran revolucionario Rakovsky se consume en la deportación.

REVISTA DE LIBROS

A. Neuberg: *La insurrección armada*. Editorial Roja, Madrid. 410 páginas, 5 pesetas.

Es éste un libro sin par en la materia. Su autor es, a no dudar, un profundo conocedor del marxismo revolucionario y demuestra una preparación especial en alto grado en cuanto a la técnica y dirección militar de la insurrección. Aunque esta obra debió publicarse antes, dada la poca atención concedida por los partidos comunistas al estudio de las insurrecciones proletarias y a su preparación seria para ejercer el papel director en las insurrecciones venideras, sin embargo, creemos que aun llega con oportunidad para la presente situación revolucionaria. Como dice Neuberg, recogiendo la frase de Lenin: «La influencia del factor militar es inmensa en la revolución. «Sólo la fuerza puede resolver los grandes problemas históricos; ahora bien, *la fuerza organizada*, en la lucha contemporánea, es la organización militar.»

Después de una introducción magistral, el autor consagra sendos capítulos de una importancia excepcional a las posiciones diametralmente opuestas de la II Internacional y del bolchevismo ante el problema de la insurrección. Seguidamente hace un estudio de las insurrecciones de Reval, Hamburgo, Cantón y Shangai. Analiza en todas ellas la situación política, la preparación de la insurrección, su plan y desarrollo, y termina con conclusiones prácticas que ponen de relieve las enseñanzas de estas grandes luchas proletarias. Merecen especial mención los capítulos V y VI, referentes a la insurrección de Cantón y a las tres insurrecciones de Shangai realizadas en el período heroico de la revolución china (octubre de 1926 a diciembre de 1927).

Hay que tener en cuenta, para la afirmación que luego sentaremos, que se trata de un documento irrecusable por estar autorizado por la Internacional, pues la edición francesa, de la que es traducción la española, es del Bureau d'Editions, editorial oficiosa, como es sabido. Pues bien; el estudio de esas insurrecciones confirma en todos sus puntos la plataforma de la Oposición de Izquierda y las acusaciones de Trotsky contra Stalin y la fracción centrista, por su política de estrangulación de la revolución china y de infeudación del Partido Comunista chino al Kuomintang. Naturalmente, el autor no carga abiertamente contra la Internacional (el libro no se hubiera publicado). No hay que olvidar que el Partido Comunista chino actuaba simplemente al dictado de la Internacional y de sus múltiples delegados, y la dirección staliniana, así, tiene la plena responsabilidad de la catástrofe de la revolución china. Ya el Bureau d'Editions, en el prólogo, recomienda al lector una «atención especialmente crítica» para estos capítulos y trata de desvirtuar—poniendo las cosas peor—la labor crítica de Neuberg. Tenemos entendido que los dirigentes del Partido Comunista de España pretendían censurar las pruebas de este libro con la mira puesta en su emasculación.

La obra es inestimable en cuanto se refiere al trabajo militar, características de las acciones militares en el comienzo y desarrollo de

la insurrección, planes, ofensiva y defensiva activa, reconocimientos y enlaces; en fin, todo lo que entra en el dominio de la estrategia y táctica de la insurrección propiamente dicha. Una cita de Trostky sobre la defensa de Petrogrado en 1919, tomada de una orden del día al Ejército rojo, le sirve al autor para resumir la idea esencial del plan de defensa de una ciudad en poder de los insurgentes. Otra cita del libro «1905», de Trotsky, relatando un episodio de los insurgentes moscovitas... No hay duda de que el autor repudia en su fuero interno las brutalidades y las falsedades de Stalin, esgrimidas continuamente contra nuestro camarada Trotsky.

¡Un gran libro!—*A.*

J. Maurin: *La revolución española.* Ed. Cenit, Madrid. 5 pesetas.

¡Libro absurdo! Nosotros no podíamos hacerle a Maurin la ofensa de suponer que cree sinceramente en la multitud de disparates que dice a cada hora. Si no tuviésemos el comprobante de este libro seguiríamos creyendo que, por oportunismo, Maurin se dedica a sembrar la confusión política, pero a sabiendas de que es confusión lo que siembra. Hoy, sin embargo, tenemos que rectificar el juicio. La confusión política que siembra Maurin no es todo astucia, sino que la padece él mismo. Con el título de *La revolución española*, Maurin publica un libro en el que dice sencillamente todo cuanto le da la gana, sin preocuparse de averiguar si es verdadero o falso. Si pretendiéramos registrar en detalle todos los errores del libro habría que escribir otro tomo, y como eso realmente no vale la pena, habremos de limitarnos a destacar ciertos rasgos que bastan para definir el libro de Maurin.

El materialismo histórico es cosa temible cuando lo utiliza Maurin. Ya conocíamos otro libro suyo, *Los hombres de la Dictadura*, que es modelo de ese materialismo de Maurin, del que mejor que definirlo será citar un ejemplo: «Observando bien las cosas—dice en *La revolución española*—se constata que quien descubrió América no fué España, sino la burguesía italiana. Colón, genovés, llevaba dentro de sí, concentrados, el ansia y el impulso de largas generaciones de comerciantes de las repúblicas italianas que necesitaban encontrar nuevos mercados. El Renacimiento, que comenzó en Italia, tuvo su coronamiento en el viaje de Colón. La España feudal hubiese sido incapaz de salir de su madriguera.»

Si Colón resultara ser de Pontevedra, como ha pretendido demostrar un anciano que consagró su vida a eso, se vendría por los suelos la original teoría. En el libro pueden encontrarse innumerables afirmaciones como la anterior, que, en el mejor de los casos, no pasan de ser rasgos de ingenio, pero otras veces se convierten en verdaderos desatinos. También, según el autor de *La revolución española*, Pedro el Grande de Rusia hizo una «verdadera revolución» con haber trasladado la capital de Moscú a San Petersburgo. «Si el zarismo hubiese continuado asentado en el Kremlin de Moscú, Rusia hubiera llegado con retraso a la fase capitalista.»

El punto donde esté asentada la capital, que tiene un gran valor sintomático, lo convierte Maurin en un criterio supremo, y, a juicio suyo, según esté en un lado o en otro varía totalmente la evolución del país. El que Pedro el Grande decidiese «sacar a su país del feudalismo, infundiéndole el espíritu del naciente capitalismo», le mueve a trasladar también la capital. Pero Maurin ha de reconocer con nosotros que Pedro el Grande tenía la posibilidad de obtener el mismo resultado histórico sin efectuar el traslado. ¿Cómo? Pues—una de las soluciones posibles—trasladándose todas las mañanas en bicicleta de Moscú a San Petersburgo.

Sería mucho mejor que el autor de *La revolución española* renunciase a ponerse tan sutil y haciendo un llamamiento a la propia modestia se limitara a desenvolver ciertas ideas justas y sensatas que también hay en su libro.

Pero no sabemos qué clase de fatalidad es la que impide a Maurin desarrollar ningún tema de una manera equilibrada. Aun de la insurrección de diciembre de 1930, tan rica en enseñanzas, saca Maurin conclusiones excesivas. ¿No es a todas luces falso afirmar que si «triunfara aquel grandioso movimiento obrero el poder lo tomaría no la pequeña burguesía, sino la clase trabajadora»?

Durante todo el período que media entre la caída de la primera dictadura y el advenimiento de la República, la burguesía no ha perdido la hegemonía del movimiento revolucionario. Todas las clases luchaban englobadas, teniendo la República como objetivo común, y sin que el movimiento obrero hubiera conseguído independencia y conciencia de clase. Debido a esto, aunque la monarquía hubiera caído a consecuencia de una insurrección popular, es seguro que el primer Gobierno lo formaría el Comité revolucionario de entonces. La insurrección en sí no habría disipado las ilusiones que padecía la clase obrera, pero la colocaría en pie de guerra y no ilusionada y desarmada como la dejó el 14 de abril. De haber caído la monarquía por medio de una insurrección, al disiparse las ilusiones primeras estarían los obreros mejor situados para la lucha. El triunfo de la insurrección de diciembre habría alterado notablemente la relación de fuerzas. El cambio pacífico de régimen fué lo mejor que pudo pasarle a la burguesía y lo peor que pudo pasarle a la clase obrera.

Una pregunta final: ¿A qué queda reducido el comunismo en este libro de Maurin? Concesiones al sindicalismo: «Nuestro sindicato es el segundo poder que espera que se le confiera esta misión. Todo el porvenir revolucionario está en él.» Otras veces el autor de *La revolución española*, envolviéndose en un trasnochado jacobinismo, se pone más terrible que el mismo Balbontín: «La solución no estaba en unas Cortes Constituyentes que habían de buscar soluciones intermedias, sino en una Convención que encarnara los ímpetus revolucionarios de las masas trabajadoras.» A todo este confusionismo acomodaticio, con más pliegues que un acordeón, le llama Maurin «adaptar el comunismo a las condiciones del país».—*L. F.*

José Bullejos: *El Partido Comunista y el trotskismo.* (Edit. *Mundo Obrero*, 150 págs., 2 ptas.)

El libro *El P. C. y el trotskismo*, que apareció en los días del Congreso de Sevilla, llegó a tiempo de subsanar la carencia de tesis y de dar al Congreso la principal significación que tuvo de lucha contra el trotskismo.

El *camarada* Bullejos, autor del folleto, no se da cuenta de que, al cargar el trabajo de la Oposición Comunista de Izquierda sobre siete trotskistas y medio, en vez de dar un argumento contra la Izquierda Comunista, le da a su favor, porque los obreros que presenciaron los Congresos regionales y el nacional tendrán que pensar en la calidad de esos siete trotskistas y medio, que, aun ausentes de los Congresos, hicieron pesar su influencia de tal manera en todas las sesiones.

El «ponderado y paciente» libro de Bullejos contra los «reptiles» trotskistas no significa que éstos «tengan fuerza real...» (¿verdad, camaradas, que en el Congreso no se ha aludido a ellos siquiera?), sino que «hay que prevenir a los obreros honradamente revolucionarios contra el peligro más grande...»

El libro es, en primer lugar, una repetición coleccionada de las calumnias que los burócratas vierten sobre el trotskismo «contrarrevolucionario», y que hacen valer con su «disciplina» en el interior del Partido.

Enumeraremos algunas: La de que si «a Trotsky enoja tanto la fórmula de social-fascismo, es pura y simplemente porque él mismo es una especie de socialdemócrata y siente su parentesco con sus auténticos representantes». (Para confirmar esto debe consultarse el trabajo de Trotsky que figura en este número: *Democracia y fascismo.*)

La del «cretinismo parlamentario de los trotskistas». Ejemplo: las elecciones de Berenguer, a las que, a no ser por la circunstancia de que el movimiento revolucionario hizo caer a Berenguer, y con ello malogró los planes de nuestro C. E., éste hubiera tenido una votación lucida al lado de las de los monárquicos. ¡Qué lástima! En esta ocasión la Oposición, naturalmente, estuvo contra la intervención parlamentaria.

La de que «deforman y frenan la revolución agraria y nacional». Evidentemente, no podemos comparar nuestro trabajo para dar una perspectiva clara a los obreros en las cuestiones agraria y nacional (núms. 11 y 12 de COMUNISMO) con la labor del C. C. del P. C., dedicado a escribir decretos sobre las nacionalidades y sobre la tierra. Ahora que, ¡aun reconociendo nuestro atraso!, queremos preguntar a los obreros: ¿Cuál será aquí lo cierto? ¿Que nosotros frenamos la revolución o que el C. C. está como el personaje de Calderón, creyéndose rey en sueños?

Por otra parte, el libro es una «paciente» deformación de todo lo que toca. Un ejemplo de los mil:

Dice *El Soviet*, núm. 1: La dirección del P. C., «con su política aventurerista y su régimen burocrático, que no es más que un reflejo de la política y del régimen de la I. C., ha constituído el obstáculo más considerable al desarrollo del comunismo.»

Dice Fersen: «Hay que llevar un ataque a fondo contra la burocracia.»

Dice Bullejos: «Ahora se habrán quedado ya convencidos los obreros de que no hay «mejores amigos» del Partido que los trotskistas, quienes le consideran *el mayor obstáculo para la revolución* y preparan *un ataque a fondo contra él.*»

Estas palabras, subrayadas por el mismo Bullejos, reflejan la moralidad de su autor en la exactitud de la transcripción literal.

En fin, debemos aludir a las «profundidades» del libro. Por ejemplo, aquella bella página donde, partiendo de la frase de Hegel: «La libertad es la conciencia de la necesidad», llega a que «la disciplina no es una cadena para ellos, como piensan los filisteos, sino el arma necesaria para combatir al enemigo». Ahora que los «filisteos» preguntan: ¿A qué enemigos se refiere Bullejos? Porque si se refiere a los de dentro del P. C. (la burocracia, por ejemplo), suscribimos la frase e incluso se la servimos en su propio plato. La disciplina —podemos decir—no es cadena, sino libertad; es decir, conciencia de la necesidad de luchar contra enemigos tales como la burocracia de los Partidos Comunistas.

Pero si se refiere Bullejos al enemigo de fuera, a la burguesía, esa «disciplina como arma necesaria para combatir» al capitalismo, ya sí que es una cadena, y no para nosotros, los «filisteos», sino para el Partido. El arma contra la burguesía es un Partido Comunista con una férrea disciplina interior y no una disciplina burocrática impuesta a un Partido Comunista.

¿Comprendéis, camaradas, a través de las palabras de Bullejos, la burda habilidad de la burocracia?

Otra «profundidad» es la de la página 136, donde Bullejos, apoyándose en la indicación de Lenin de que *si una verdad se exagera se extiende más allá de lo debido, se transforma en un error*, baila en la cuerda floja del «gobierno obrero y campesino» con un «sentido dialéctico» que envidiarían los mejores equilibristas. Porque si por una parte hemos dicho que... socialismo es igual a fascismo, que monarquía es igual a república, etc., etc., por otra, no se debe olvidar que... las diferencias, etc., etc. Quiere esto decir que Bullejos aplica la frase de Lenin en este sentido «para mantener un error como verdad es necesario no extenderle más allá de lo debido», es decir, aplica la dialéctica de recoger velas.

Sobre la consigna de «dictadura democrática» (gobierno obrero y campesino), véase el artículo de Arlen en este mismo número.

M. V.

M. Civera: *El Sindicalismo.* Valencia; 3 pesetas.—Marín Civera ha publicado ya varios libros de divulgación de las doctrinas sociales, en todos los cuales ha demostrado haber estudiado pacientemente el tema que trataba. Se podrán encontrar en ellos otros defectos, pero no se puede negar que el autor posee una copiosa información y honradez intelectual. Quizá se pueda acusar a este libro de «intelectualismo», es decir, de cultura de gabinete, en lugar de ser la expresión teórica de la marcha viva de la revolución. Pero el defecto no es sólo propio del autor, que desde luego lo posee, sino de la doctrina sindicalista en general. Es notable este resultado del sindicalismo: queriendo ser la expresión más pura y completa del movimiento obrero, librado de toda concomitancia con la burguesía, circunscribiéndose al sindicato, a la organización que refleja de la manera más directa los intereses de la clase, tiene que dejar circular bajo sus pies toda la realidad histórica viva, las oscilaciones, los flujos y reflujos de la lucha de clases, para quedarse en un doctrinarismo abstracto e impotente. «El sindicalismo está vacío de utopismo, en el sentido que subordina su triunfo a todo un conjunto de condiciones preliminares, jugando, entretanto, en el mundo un papel renovador», dice Marín Civera, cuando por esto precisamente es utópico el sindicalismo. Entrar en la fase actual de la lucha de clases pidiéndole a la clase obrera que aplace su triunfo hasta que reúna esas «condiciones preliminares», que exigen un largo período de preparación, que no miran cómo está el capitalismo y la burguesía, sino que se preguntan en abstracto si la «clase obrera está preparada para crear un mundo superior», y si no lo está que espere, equivale a creer que las condiciones de hoy permiten un desenvolvimiento armónico y progresivo de la lucha de clases. La situación real de la lucha de clases rechaza de lleno ese doctrinarismo beato. ¿Por qué los sindicatos no pueden jugar un papel renovador en cuanto no se alcanzan esas condiciones preliminares? Vamos a contestar de una manera tal vez chabacana, pero justa y clara: porque los

cierra la burguesía, como lo estamos viendo muy bien en España. La clase obrera está hoy en la disyuntiva de aplastar a su enemigo por los medios que sean, o de dejarse aplastar y crearse una situación cada vez peor. Si los obreros españoles no supieron triunfar en el período 1917-23, lo han pagado con siete años de dictadura de Primo de Rivera. En la segunda ocasión que se le presenta ya la burguesía no puede darle un plazo tan largo como el anterior; en los pocos meses que llevamos de República se ha visto cómo la clase obrera y la burguesía se tiran a matar, sin que quepa ese período en que los sindicatos han de «jugar un papel renovador». O la victoria o el descalabro. En esta perspectiva se sitúa el comunismo, y aunque sólo sea por esto tiene derecho a llamarse «vanguardia del proletariado», pues no hay ninguna otra tendencia en el movimiento obrero que sea una respuesta a las verdaderas exigencias de la lucha de clases. Cuando el comunismo habla de la preparación de la clase obrera se refiere a la organización técnica de la batalla revolucionaria, de una batalla que no se puede evitar. Si la clase obrera no está preparada, el enemigo no ha de perdonarla por eso, y en lugar de un período de renovación los obreros encontrarán un período de represión.

Prácticamente, el libro de Marín Civera conduce al pestañismo. La culpa es de la doctrina y de él, en la medida en que es sindicalista. De otros aspectos del libro, de su antipoliticismo y de su antiestatismo, es mejor no hablar.

REVISTAS RECIBIDAS

«La Federation Balkanique».—«La nueva ola de terror en Dobrudja», por Stidovsky; «La nueva careta de la dictadura militar fascista en Yugoeslavia», por Ulakhoff; «La debacle económica en Yugoeslavia», por Karacheevitah; «La crisis de la libra esterlina y sus primeros efectos en Grecia», por Mavros; «La colonización y la servización de Kossovo», por Novakovith.

«Labor Defender».—«USSR-1917-1931», por Sender Garlin; «A mis camaradas», por Tom Mooney; «Harlan y el negro», por Eugene Gordon; «Vía Manchuria hacia Rusia», por Harry Games; «En nombre de 7.500.000», por Louis Engdahl.

«Boletín de la Oposición Comunista Italiana».—«Las «directivas» fascistas para el décimo año»; «Trotsky y el plan quinquenal»; «Cuestiones sindicales diversas»; «Labriola y el socialismo»; «¿Reforzamiento o crisis de la concentración?»; «Carta al C. C. del P. C. I.»; «El viraje: respuesta de la R. P. al camarada Fosco»; «La enseñanza de Lenin».

«Lutte de Classes».—«El problema de la unidad sindical ante la clase obrera francesa», por la Redacción; ¿Quién es Christian Rakovsky?»; «Algunas reflexiones sobre la huelga de Barcelona», por Andrés Nin; «Carta de la Oposición española a los organismos del P.C.»; Circular del Secretariado del P.C. español a todos los organismos del partido»; «Carta del C. E de la Liga a los camaradas de la Oposición española»; «Tesis sobre la cuestión sindical de la Liga Comunista de América» «Discusión: Sobre el viraje del Partido», etc., etc

Imprenta Juan Pueyo, Luna, 29.—MADRID

Extracto del Catálogo del servicio de librería de EDICIONES COMUNISMO

OBRAS DE MARX Y ENGELS

Marx, Carlos: «El Capital», edición íntegra, 60 pesetas; «Crítica de la economía política», 2; «Miseria de la filosofía», 2; «Revolución y contrarrevolución», 2; «Discurso sobre el librecambio», 0,35; «Génesis del capital», 2,50; «La indiferencia en materia política», 0,20; «Precios, salarios y ganancias», 1,50; «El Capital» (resumido por Deville), 5; «La revolución española», 5; «Manifiesto comunista», 0,50. *Engels, Federico*: «El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado», 2,50; «Religión, filosofía y socialismo», 1,50; «Socialismo utópico y socialismo científico», 0,35; «Elementos de comunismo y testamento político», 1,50; «La violencia», 4; «Manifiesto comunista», 0,50.

OBRAS DE LENIN

«Estado y revolución», 4 pesetas; «El impuesto en especie», 4; «El imperialismo», 4; «Ideario bolchevista», 4; «El comunismo de izquierda», 4; «La revolución democrática y el proletariado», 2; «Estado y comunismo», 0,20; «Materialismo y empiriocriticismo», 8; «Cartas íntimas», 6; «Páginas escogidas» (dos tomos), I, 3; II, 4.

OBRAS POLÍTICAS DE DIVERSOS AUTORES

Bogdanov: «Economía política. Curso popular», 6. *Bujarin*: «A B C del comunismo», 2; «La economía mundial y el imperialismo», 4; «El capital bajo el manto del Papa», 0,40. *Deville*: «Principios socialistas», 7. *Grinko*: «El Plan Quinquenal», 7. *Nin*: «Las dictaduras de nuestro tiempo», 5; «El proletariado español ante la revolución», 0,50. *Luxemburgo, Rosa*: «¿Reforma o revolución?», 4; «Huelga en masa», 0,75; «Cartas de la prisión», 6. *Lasalle*: «¿Qué es una Constitución?», 4. *Plejanov*: «Las cuestiones fundamentales del marxismo», 5; «El arte y la vida social», 5; «Anarquismo y socialismo», 4. *Lafargue*: «El materialismo económico de Marx», 0,40; «La religión del capital», 0,40; «El derecho a la pereza», 0,35; «El ideal socialista», 0,20. *Laurat*: «La acumulación del capital según Rosa Luxemburgo», 5; «La economía soviética», 5. *Riazanov*: «Comunismo y matrimonio», 1. *Krupskaya*: «Lenin, recuerdos de su vida», 2. *Bauer*: «El socialismo, la religión y la Iglesia», 5. *Bebel*: «La mujer en el pasado, en el presente y en el porvenir», dos tomos, a 1,50 el volumen; «Socialización de la sociedad», 0,70. *Maurín*: «Los hombres de la dictadura», 5. *Beer*: «Historia del socialismo», 10. *Kolontay, Alejandra*: «La mujer nueva y la moral sexual», 5. *Liebknecht*: «Cartas del frente y de la prisión», 6. *Hecker*: «La religión en el país de los Soviets», 5. *Krylenko*: «El sabotaje del Plan Quinquenal», 5. *Louis, Paul*: «Panorama político del mundo», 5. *Calverton*: «La bancarrota del matrimonio», 5. *Crowther*: «La ciencia en el país de los Soviets», 4. *Slang*: «El acorazado *Potemkin*», 6,50. *Bonch Bruevich*: «En los puestos de combate de la revolución», 7,50. *Lewinsohnn*: «El dinero en la política», 15. *Vera Figner*: «Rusia en tinieblas», 6. *Liebermann*: «En nombre de los Soviets», 6. *Marx, Engels, Lafargue*: «Capitalismo y comunismo», 6.

El importe del pedido se nos debe enviar por anticipado o a reembolso. Pero advertimos que no servimos a reembolso más que pedidos que importen más de cinco pesetas. Toda la correspondencia a: Ediciones Comunismo, *apartado 918, Madrid. Rogamos a todos los camaradas que siempre que envíen algún giro procuren especificar bien por carta su destino.*

EN ESTE MES REAPARECERÁ

EL SOVIET

(Semanario de la Izquierda Comunista Española)

Doctrina, combate e información. Toda la actualidad política examinada a la luz del marxismo. Amplias informaciones sobre los principales acontecimientos políticos internacionales. Informaciones extensas sobre todos los movimientos económicos del proletariado español. Ecos de la fábrica, del taller, del campo.

Con **EL SOVIET** *semanal, la Izquierda Comunista (los trotskistas) tendrán la posibilidad de ponerse más directamente en contacto con la clase trabajadora para darla a conocer sus consignas.*

Frente a los errores y al aventurerismo de la fracción dirigente, errores que conducen a la derrota al proletariado, la Izquierda Comunista defenderá la verdadera política revolucionaria del marxismo en su órgano **EL SOVIET.**

EL SOVIET se publicará en Barcelona

Director: ANDRES NIN

REDACTORES Y COLABORADORES

Esteban Bilbao.—Justo Solozabal.—Bienvenido Pelayo.—Marino Vela.—José Loredo Aparicio.—Ignacio Iglesias.—Armando Alonso.—Emiliano Díaz. Manuel Luis.—J. Herrera.—Rafael Gallardo.—Adolfo Morilla.—P. Franco.—Luis Rastrollo.—José Soriano.—Manuel Sánchez Rodríguez.—Manuel Sena. Jesús Mendieta.—Juan Marey.—Metge.—F. de Cabo.—Molins y Fábrega.—L. Fersen.—José Teixidó.—Joaquín Bou.—Arlen.—Luis García Palacios.—Juan Andrade.—Henri Lacroix.—Florencio Liso.—A. González.—Camilo López.—Abelardo Ontiveros.

COLABORADORES EXTRANJEROS

L. Trotsky.—Wells.—Markin.—Treint.—Mill.—Siburu.—Naville.—Félix.—Frank.—A. González.—Camilo López.—Cannon.—Shathtnan.—Feroci.—Bauer.—Spector

Suscripción al trimestre, dos pesetas

Número suelto, 15 céntimos

Toda la la correspondencia, giros, donativos, etc., deben dirigirse a la siguiente dirección: Eduardo Azpelicueta. Riera Alta, 2, 2.°, 1.ª-BARCELONA